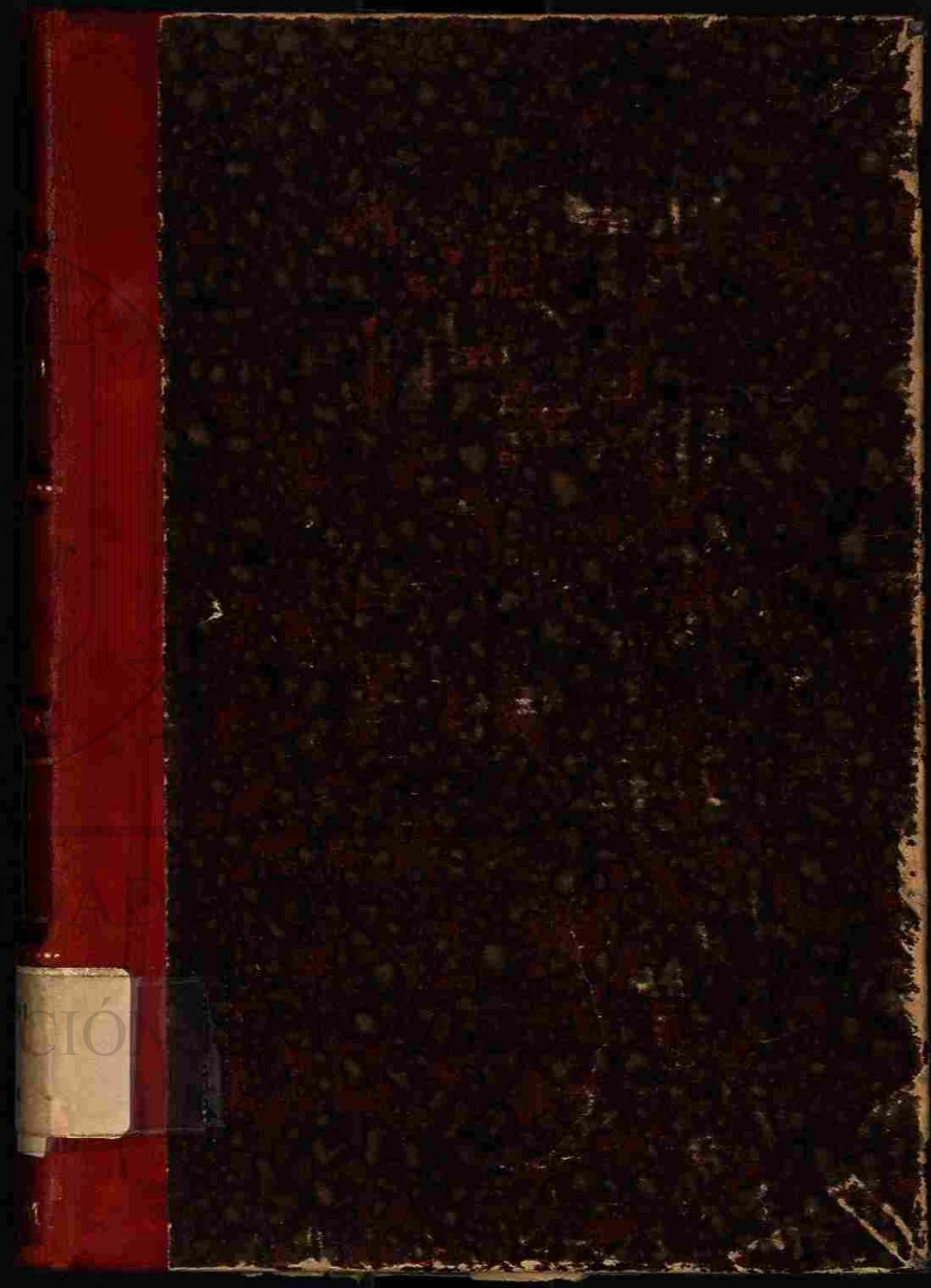




1892

1893

1894

1895

1896

1897

1898

1899

1900

1901

1902

1903

1904

1905

1906

1907

1908

1909

1910

1911

1912

1913

1914

1915

1916

1917

1918

1919

1920

1921

1922

1923

1924

1925

1926

1927

1928

1929

1930

1931

1932

1933

1934

1935

1936

1937

1938

1939

1940

1941

1942

1943

1944

1945

1946

1947

1948

1949

1950

1951

1952

1953

1954

1955

1956

1957

1958

1959

1960

1961

1962

1963

1964

1965

1966

1967

1968

1969

1970

1971

1972

1973

1974

1975

1976

1977

1978

1979

1980

1981

1982

1983

1984

1985

1986

1987

1988

1989

1990

1991

1992

1993

1994

1995

1996

1997

1998

1999

2000

2001

2002

2003

2004

2005

2006

2007

2008

2009

2010

2011

2012

2013

2014

2015

2016

2017

2018

2019

2020

2021

2022

2023

2024

2025

2026

2027

2028

2029

2030

2031

2032

2033

2034

2035

2036

2037

2038

2039

2040

2041

2042

2043

2044

2045

2046

2047

2048

2049

2050

2051

2052

2053

2054

2055

2056

2057

2058

2059

2060

2061

2062

2063

2064

2065

2066

2067

2068

2069

2070

2071

2072

2073

2074

2075

2076

2077

2078

2079

2080

2081

2082

2083

2084

2085

2086

2087

2088

2089

2090

2091

2092

2093

2094

2095

2096

2097

2098

2099

2100

2101

2102

2103

2104

2105

2106

2107

2108

2109

2110

2111

2112

2113

2114

2115

2116

2117

2118

2119

2120

2121

2122

2123

2124

2125

2126

2127

2128

2129

2130

2131

2132

2133

2134

2135

2136

2137

2138

2139

2140

2141

2142

2143

2144

2145

2146

2147

2148

2149

2150

2151

2152

2153

2154

2155

2156

2157

2158

2159

2160

2161

2162

2163

2164

2165

2166

2167

2168

2169

2170

2171

2172

2173

2174

2175

2176

2177

2178

2179

2180

2181

2182

2183

2184

2185

2186

2187

2188

2189

2190

2191

2192

2193

2194

2195

2196

2197

2198

2199

2200

2201

2202

2203

2204

2205

2206

2207

2208

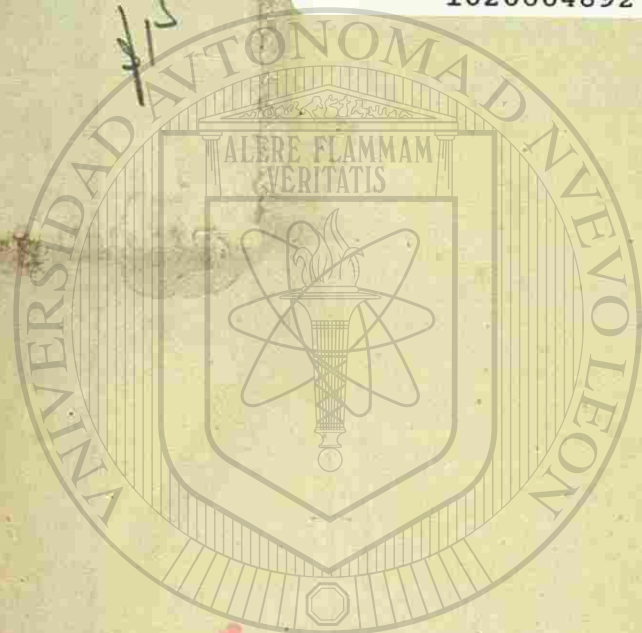
2209

2210

</



1020004892



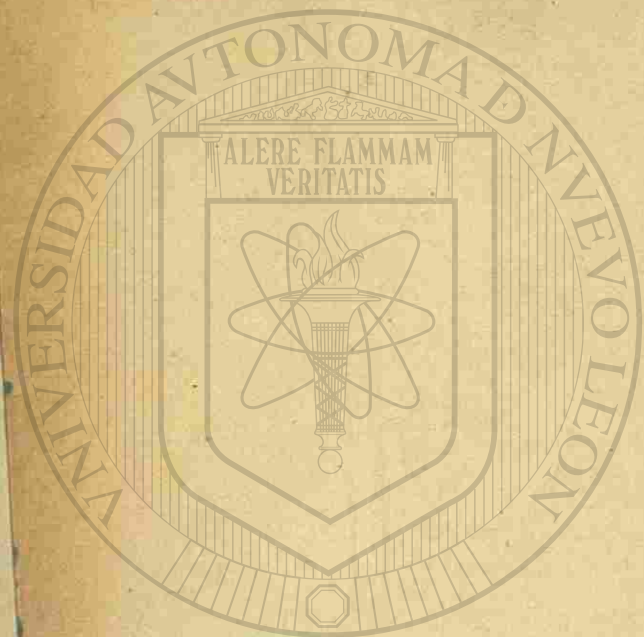
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



105276



EDITOR JESUS T. RECIO.

¡TOMOCHIC!

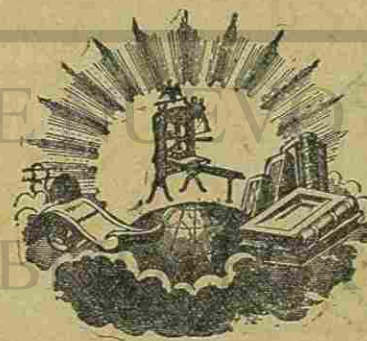
EPISODIOS DE LA CAMPAÑA DE CHIHUAHUA.

1892.

RELACION ESCRITA POR UN TESTIGO PRESENCIAL.

Segunda edición cuidadosamente corregida
y aumentada con detalles históricos.

[ES PROPIEDAD DEL AUTOR]



IMPRENTA DE JESUS T. RECIO---RIO GRANDE CITY, TEXAS.

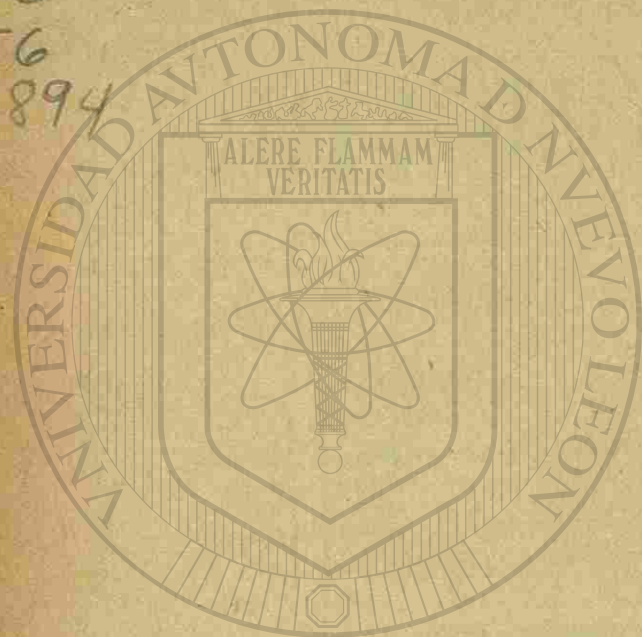
1894.

F1391

T6

T6

1894



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ



Un sol deslumbrante y abrasador caía á plomo, sobre la amplia y destartalada plaza, completamente desierta.

Eran las dos de la tarde.

En el extremo de una de las calles que desembocan en ella, Miguel Mercado, joven subteniente del 9º Batallón, uniformado de dril, los zapatos blancos de polvo y flotándole sobre la espalda el paño de sol, contemplaba perplejo los portales que se extendían á su izquierda; al frente tapias bajas, y á la derecha la iglesia con su atrio pequeño y sucio al lado de unas tiendas de paredes blanqueadas.

En el centro de la plaza, una banqueta en cuadro resplandecía al sol, entre ocho ó diez arbolillos escuetos que alargaban tristemente sus varejones.

Miguel con el rostro imberbe, quemado por el sol, contempló con aire de aburrimiento y cólera la desolación de aquella placita, la única que existe en Ciudad Guerrero.

Venía muerto de hambre y buscaba una fonda, una tienda ó cualquier cosa por el estilo donde saciar su necesidad; con movimiento rápido y brusco recommenzó la marcha hacia el portal, dando grandes zancadas y haciendo sonar su espada con un tintineo argentino y continuado.

En él, vió al fin muchos tendajos, cuyos arzones estaban poblados de botellas.

Entó en una tienda de dos puertas atestada de hombres de blusas blancas, pantalones de tela burda y calzando *teguas* de gamuza.

Pidió una copa de Tequila que le sirvieron al lado de un vaso con agua.

—Oiga, amigo, hágame favor de decirme, por donde hallaré una fonda.—le dijo á uno de aquellos hombres.

El interpelado, un gigante de melenuda cabeza y barba inculta, lo miró un minuto con desdeñosa curiosidad, luego alzando los hombros y volviéndole la espalda,—No sé,—contó y apuró un gran vaso de *sotol* (1)

Miguel no pudo contener un movimiento de desagrado al oír la respuesta. Encontraba la misma hostilidad de que habían sido víctimas los oficiales desde su llegada á Chihuahua; las mismas caras hurañas y el mismo gesto de desprecio.

Causado como venía, de seis jornadas durante las cuales no había comido sino tortillas de harina y carne asada, ávido de tomar caldo, frijoles y chile, ó cosas por el estilo, aquel día que no se había desayunado sino con una gorda, sintió Miguel inmensa cólera ante la ruda contestación del paisano.

No le quedó mas remedio sin embargo que tomar su copa de un solo trago; pues tambien estaba sediento.

En aquel momento, el ruido de unos acicates resonando en el pavimento, al par que el conocido tiquiteo de un sable le hizo volver el rostro.

Vió á Gerardo, un tenientillo del Estado Mayor, que conocía desde México.

Parecía el recién llegado un mocoso vestido de militar.

(1) Bebida muy usada en Chihuahua.

Chaparrón, de rostro sonrosado y ancho, llevando un kepi enfundado, *dorman* negro, pantalon blanco y botas de montar; arrastrándole casi el sable. Reconoció á Miguel y se le acercó gritándole con voz alegre:

—¡Hombre, Mercado, no esperaba que vinieras!

Se abrazaron, dándose grandes manazos sobre las espaldas.

—¿Que tomas, hermano?

—Ya no quiero tomar nada; dime donde hay que comer.

—Voy para la fonda precisamente; pero primero nos echaremos un *fajo* de *tequila*... ¡dos *tequilazos*, Don Pedro!

Gerardo entusiasta y desbordando en un torrente de palabras retuvo al oficial del 9º que lo escuchaba impaciente.

—¡Ya sabes; estoy en el Estado Mayor con el General Rangel; verás como ahora si nos lucimos... ya verás, ya verás que zurra les damos á esos demonios de *tomoches*... ¡Son valientes... hombre... no se puede negar! Palabra de honor, yo creí que eran *papas*... pero son si muy valientes... parecen venados, los ves aquí y de repente ¡zas! en la punta del cerro y.... "¡Viva el poder de Dios y mueran los pelones!".... y ran.... caramba, si ni apuntan.... al descubrir, hermano.... te recontramatan. Con decirte que cada cartucho es un muerto; no yeran.... ¡imagínate como estaría yo ese día en que nos *amolaron* al General y á mí!

Lo peor fué que después de que tomaron las copas, Miguel algo exitado, las mandó repetir—y el teniente continuó su charla, en tanto que él le escuchaba silencioso y sombrío recordando la historia que se refería de aquel muchacho.

El día dos de Septiembre, cuando intentó atacar el pue-

blo el General Rangel, después de ser herido el Teniente Coronel Ramirez y muertos el Mayor Prieto y el Teniente Manzano, en el momento de la derrota y confusión; mientras el general buscaba refugio en un jacal, á él le mataron su caballo, se le acercaron algunos temochitecos; lo desarmaron y le dijeron insultándole y dándole de nalgadas.—“Nosotros no peleamos con muchachos.... Vd. debe estar con su mamá,” y lo dejaron desmayado de susto.

—Es que,—le dijo Miguel—dicen que te dieron de *chanclos* el día dos de Septiembre.

—¡Mienten!.... que me iban á dar; lo que pasó fué que muerto mi caballo repentinamente de un balazo, caí yo hiriéndome la cabeza y quedando por muerto sobre el campo del combate!

—Pues es lo que nos contaron en Chihuahua; pero ya ves cuanto se cuenta.... en fin, vamos á comer porque ya se me está subiendo este maldito tequila.

—Buena, vamos, nada mas que allí han de estar comiendo tambien los del 11º y 5º Regimiento... ¿tu no los conoces, verdad?... ya verás que *chinaca*. Uno que otro oficial hay pasable.

Los dos oficiales, salieron de la tienda y conversando animadamente, atravesaron la plaza desierta y bañada de sol, bajo un cielo de un azul claro y límpido.



Detúvose Mercado en el umbral de la puerta de la fonda al oír un prolongado y confuso clamoreo de voces, gritos, y carcajadas mezcladas con un agradable ruido de vagilla removida y de cubiertos chocando con la loza de los platos y el cristal de las copas; pero no dejó de intimidarse algo al ver ante larga mesa instalados á quince ó veinte militares desconocidos, uniformados de dril, de rostros ennegrecidos y sucios, comiendo y bebiendo con gran algazara.

Era una tienda, lleno el armazón de botellas vacías; el mostrador servía de mesa, cubierto con un mantel, atestado de platos y cascotes de cerveza. Había allí oficiales del 5º Regimiento, del 11º Batallón y de “Seguridad pública” del Estado de Chihuahua, y pudo comprender Mercado al momento que eran gefes, por lo que dijo á Gerardo:

—Oye, tu, aquí hay muchos superiores—pero aquel lo arrastró, tomándolo del brazo, y como la mesa era extensa y había un hueco cerca de un extremo de ella se sentaron, gritando el tenientito chaparrón:

—¡Cuca, dos comidas!

La llegada de los jóvenes pasó inadvertida. Miguel pensativo prestó oído á la conversacion que se animaba.

Después de pasear su vista por los rostros animados reconoció á Castorena, Subteniente del 9º Batallón, su ma-

yor enemigo; que era un joven chaparro, cabezota de ensortijados cabellos azafrañados y voz cabernosa, lépero y cínico poetastro á quien sin motivo odiaba cordialmente.

Todos bebían cerveza que un capitán del 11º obsequiaba y Castoreña, bajo la exaltación alcohólica improvisaba brindis en verso, que unos cuantos aplaudían, en tanto que la conversación continuaba entre algunos militares mas graves.

Dos criadas, altas y blancas, vestidas de percal claro y *mascadas* rojas en el cuello, iban y venían, muy atareadas con los platos ó botellas de cerveza.

—Lo que es ahora sí,—decía un teniente de enormes bigotes grises y cara de corsario—ahora va en serio el negocio; todo está muy bien combinado; somos muchos, los vamos á hacer *pedacitos*; cuestión á lo más de una hora.

—De veinte minutos, compañero, decía un mayor,—el coronel Torres que viene de Sonora con cien hombres del 12º y con sus PIMAS, indios muy buenos para el *PLEITO* y que conocen muy bien la Sierra nos va á ayudar.

Después se puso á referir al capitán del 9º que tenía enfrente, las causas de la derrota del día 2 de Septiembre; ningún plan concebido, completo desconocimiento del terreno, y sobre todo, la traición incomprensible de Santa Ana Pérez que, con más de sesenta hombres de la fuerza del Estado, se pasó cínicamente al enemigo.

—Pero oiga vd., mi mayor exclamó Castoreña,—¿qué, son tan terribles esos hombres? En todas partes desde Chihuahua, no nos hablan de otra cosa, al grado de decir algunos, que no les entran las balas.

—Son terribles, compañero, conocen su carabina Winchester á las mil maravillas, han sostenido desde niños un

eterno combate contra los *apaches*, pueden correr vendados por la sierra sin dar un mal paso; pero son excesivamente ignorantes y altaneros; no se ha cuidado de ilustrarlos y quieren independizarse de los dos poderes á que hasta hoy han obedecido: el clero y el gobierno. Desconocen toda autoridad; ya se ha querido tratar con ellos y piden imposibles. Hay que acabar de una vez con ellos.

En aquel momento, Cuca, una muger gorda y risueña, de ojos negros y brillantes, llevó á Miguel y á Gerardo dos platos de humeante y sabroso caldo, el que al momento empezaron á tomar con estrepitosos sorbos. Cuando terminaron con él, esperaron con paciencia los demás platillos escuchando las palabras del Mayor, que seguía disertando sobre los enemigos á quienes iban á combatir.

A Miguel le gustó mucho la manera razonable como se expresaba aquel Mayor; sin embargo, no se daba cuenta aún de la cuestión, no podía penetrar la causa de aquel alzamiento obstinado de un pueblo ignorante, y su espíritu malicioso y desconfiado, entreveía algo obscuro en todo aquello.

Castoreña, con el rostro enrojecido escurriéndole la cerveza por el chaquetín empolvado, tomó un vaso lleno de cerveza y gritó, poniéndose en pie:

—Si señor, hay que acabar

Con el fanatismo necio

Vamos á bailar de recio

¡A Tomochic á triunfar!

Aquel brindis chabacano entusiasmó á todos, menos á Mercado á quien los chistes del guasón de Castoreña, no le caían bien.

Después se brindó por los que iban, como valientes á

defender al gobierno, mientras el novicio subteniente devoraba en silencio un trozo de carne asada.

El, aun no se acostumbraba á aquellas reuniones alegres tan frecuentes entre soldados, arrojados allí repentinamente por el destino y en vísperas de una catástrofe.

Tenía sólo dos meses de ingresado en el 9º Batallón, al que pasó del Colegio Militar en donde cursaba su tercer año de estudios á causa de un drama de familia que lo había conmovido hondamente. Su madre, casada en segundas nupcias, se había separado bruscamente del esposo que la maltrataba; enferma y sin recursos, iba á entrar al hospital. Miguel lo impidió saliendo voluntariamente al Ejército, ayudándola con su reducido sueldo. Quería continuar sus estudios en el cuartel en las horas francas; pero fué imposible.

Sufrió el contagio mal sano de la pereza que engendra la vida rutinaria y monótona de una guarnición y no pudo abrir un libro en mucho tiempo. Sintió decaer su espíritu elevado y de altas concepciones ante la rudeza de la disciplina; sin embargo, era preciso resignarse.

Todo lo que tenía de apto en las especulaciones intelectuales, tenía de inútil en las cuestiones triviales de la vida práctica. El, que resolvía con la mayor facilidad problemas de segundo grado ó debatía sobre derecho de la guerra, no podía mandar sin embarazo un pelotón de soldados, por lo que en realidad era un mal oficial. Además, su constitución física era muy delicada; extremadamente flaco, pálido y nervioso, á pesar de sus veinte años, con su cara larga de viejo y sus verdes ojos tristes, inspiraba lástima.

Era una planta exótica, con su eterna tristeza, entre la

alegre oficialidad del batallón, compuesta de muchachos bulliciosos y *paseadores*; pero en general cumplidos en el servicio.

En vano intentaba ser jovial y expansivo con ellos; que en el fondo lo apreciaban. No podía congeniar con seres que lo satirizaban cruelmente y cuyas conversaciones banales despreciaba, aun reconociendo su inferioridad como soldado, respecto de ellos.

Así es que, mientras la francachela subía de punto entre las detonaciones de los cascós de cerveza al destaparse, él contemplaba en silencio su plato ya vacío. Le pasaron un vaso lleno del líquido color de oro y tuvo que brindar poniéndose en pie diciendo timidamente con el vaso en la mano:

—¡Brindo, señores, por el triunfo de las armas del gobierno; la derrota de los revoltosos y por el orden que es la paz y el progreso!

Todos chocaron los vasos salpicando el blanco mantel.

En aquel momento, entró á la fonda una jovencita alta, delgada y ligera, de enaguas de lana guinda y *típalo* á cuadros rojos y negros, cayendole de sus hombros á guisa de *plaid*, cabellos negros formando una gruesa trenza.

No pudo Miguel ver su rostro, porque con paso rápido cruzó la estancia y penetró á la cocina.

Una criada retiró el plato vacío del Oficial, poniendo en su lugar otro con los frijoles, diciendole al oído:

—Esa muchacha es de Tomochic y dicen que es hija de San José.

Cuando Mercado iba á preguntar mas, un Oficial del Estado Mayor que charlaba cerca de la puerta con la fondera Cuca—Están tocando *llamada de honor*, en el cuar-

tel general,—exclamó—vamonos!

Hubo un gran movimiento de sillas y todos se levantaron limpiandose la boca con el mantel después de echar el último trago de cerveza, pagando cada uno, tres reales á Cuca.

Miguel que fué el último, se acercó á la puerta de la cocina, mientras esperaba lo vuelto de un billete de cincuenta centavos.(1) Pudo oír una voz de un timbre dulce y de inflexiones cariñosas y llegaron á sus oídos estas palabras, entre el ruido de los platos y cubiertos sucios:

—Si, Don Bernardo dice que pasado mañana nos iremos á Tomochic, ¡María Santísima nos valga!

(1) En el Estado de Chihuahua hay billetes de Banco hasta por la cantidad de 25 centavos.



El 3 de Octubre de 1892, en la tarde, Mercado, silencioso terminaba, después de comer, una carta á su madre, en una fonda del barrio de Peralvillo.

Aquella á quien tanto adoraba y por la que abandonaba sus estudios en el Colegio Militar, pasaba una temporada en Tacubaya en casa de una amiga suya. Su segundo marido, perpetuamente borracho estaba entonces entregado al juego, arrastrando una vida de aventurero soez y cínico.

El subteniente estaba triste y como siempre pálido.

Dobló la carta, puso la dirección y después de pegarle un timbre, permaneció, cruzados los brazos sobre la mesa, absorto en vaga meditación cuando llegó un cabo de parte del Ayudante del Batallón, comunicándole que le ordenaba se presentara al momento en el cuartel, que estaba casi enfrente de la fonda.

Cuando llegó, supo, estupefacto, que medio Batallón partiría por el Tren Central, esa noche, para Chihuahua. No indagó mas, y algunas horas después en un wagon atestado de soldados y maletas, caminaba á todo vapor devorando kilómetros, escuchando atónito el trueno del rodaje sobre los rieles, cuando abrían la portezuela.

Nunca había viajado y estaba contento de ser lanzado tan de improviso á nuevas sensaciones.

Llegado á Chihuahua despues de un camino de dos dias con sus noches, la última de estas, á las ocho se encontró formado en unión de sus dos compañías y por espacio de una hora frente á la Estacion.

Despues atravesando la ciudad llegó al Cuartel que ocupaba el 11º Batallón, situado á media legua de aquella.

Durmió tranquilo y al día siguiente, en conversaciones con Oficiales del otro cuerpo, pudo reflexionar acerca de lo que pasaba.

Se había sublevado contra el gobierno un pueblo lejano, en el corazón de la Sierra Madre; se habían mandado por dos veces fuerzas y habían sido derrotadas, muertos muchos oficiales y prisionero el Teniente Coronel Ramirez del 11º Batallón. Aquello era muy serio.

Además, la causa de los insurrectos parecía ser simpática, aunque nadie definía su bandera política. Su valor y destreza en el manejo de las armas de fuego, era proverbial en todo el Estado.

El pueblo chihuahuense, inculto pero valiente y altanero, mostraba á los oficiales una antipatía sorda que se declaraba en elogios estupendos de los de Tomochic. No hablaban de otra cosa... eran unos semidioses, invencibles, denodados, heróicos; unos tigres de la Sierra que derrotarían todas las fuerzas que se les enviara.

Sabía, en efecto, que eran verdaderamente temerarios, hasta lo inconcebible; su tactica consistía en dirigirse exclusivamente á los oficiales y jefes. Sabian muy bien que muertos éstos, las tropas se desbandaban indefectiblemente y ya se había visto en el combate del día 2 de Septiembre la verdad de ese principio; aquel triunfo los había hecho más orgullosos.

Cruz Chavez, el cabecilla, les predicaba una extraña religion, especie de catolicismo cismático que desconocía al clero, mezclado con extravagantes ideas de santidad, propias de un estado inculto.

Eso fué lo que hasta entonces pudo saber Miguel, aunque su espíritu investigador intentaba profundizar la verdadera causa de aquel alzamiento nunca visto.

¿Había algunos ambiciosos que explotasen el indomable valor de los serranos, protegiendolos, para lanzarlos luego contra las bayonetas federales?

En Guerrero, cabecera del Distrito del mismo nombre, debería efectuarse la concentración de las fuerzas, ya respetables, que tras la derrota enviaba el gobierno federal contra el pueblo de Tomochic, á sesenta leguas de Chihuahua.

Doscientos cincuenta hombres del 9º se enviarían allí con los piquetes de seguridad pública del Estado, 5º Regimiento y una compañía escasa del 11º Batallón que sobrevivía al desastre del 2 de Septiembre. Además y por vía de ensayo se había hecho venir de México una pieza de montaña, sistema Hoskiss de pequeño calibre, municionada con cien granadas y cien botes de metralla, y dotada de seis artilleros al mando de un teniente. Tomaría el mando de esta pequeña brigada, el General Rosendo Márquez, y como segundo en jefe el General Coronel José María Rangel, jefe de la 2ª Zona Militar, cuyo cuartel General está en Chihuahua.

Ordenóse al Coronel Gomez, jefe del 5º Regimiento, suministrase caballos ensillados á los oficiales del 9º, los que casi todos, recién salidos del Colegio Militar, no podrían por primera vez hacer las seis jornadas que hay

de Chihuahua á Guerrero.

El día 10 se emprendió la marcha, llegando las dos compañías á aquella ciudad el día 15, atravesando terrenos desiertos é incultos y lomas ásperas y pedregosas.

Tuvo que resentirse mucho la tropa, pues el 9º Batallón hacía más de ocho años se hallaba inmovilizado en la Capital de la República, luciéndose en las formaciones de parada por su corrección en las marchas y alineamientos y los uniformes aseados y lucientes.

Y había que ver aquellos oficiales, que en los pasillos de palacio y en las banquetas de Plateros, siempre abrochada la levita, acicalados y severos lucían los dorados del uniforme, suspendida del cinturón, la flameante espada; había que verlos por el árido y duro camino, empolvados y sucios, ennegrecidos por el sol á caballo, al lado de los soldados que á *paso de camino*, con gruesos *huaraches*, remangado el pantalón, debajo del que flotaban los extremos de los calzoncillos; mochila á la espalda, al aire el paño de sol y el fusil suspendido del hombro, marchaban entre el polvo del camino, que se extendía hacia el Ocaso, interminable y accidentado.

Ni un solo árbol en aquellas vastas soledades; solo las moles inmoviles y escuetas de los cerros, perfilaban el horizonte vasto, recortando con sus curvas el azul intensísimo del cielo.

Después de rendir la jornada, en rancherías pobres y escasas de recursos y víveres, se nombraba una guardia y se procedía á hacer el rancho para la tropa, la que se tendía en el suelo, feliz, con la fruición voluptuosa de estirar los miembros fatigados y sudorosos. Los oficiales se dispersaban en busca de alimentos que se los vendían de

mala gana con frias reservas y á precios bastante elevados.

A veces volvían con las manos y el estómago vacíos, mal humorados y frenéticos contra aquella gente, inhospitalaria en verdad, pero que había adquirido en otras ocasiones alguna experiencia con los abusos que siempre é inevitablemente comete la soldadesca hambrienta y cansada.

Miguel observaba que mientras mas se acercaban á la sierra, más se reconcentraba aquella odiosidad y aquel acaloramiento con que exaltaban á los "Tomoches" como les decían.

Las mujeres, que heroicamente seguían á "sus viejos" adelantándose para proveerse de lo posible, relataban á los soldados cosas maravillosas.

Aquellas mugeres sucias, empolvadas, con las enaguas hechas girones, calzadas tambien con *huaraches*, llevando á cuestras grandes canastas repletas de ollas y cazuelas, adelantándose muchos á la columna, parecían mas bien indias de alguna tribu de la Oceanía emigrando en bandadas.

Y sin embargo; en ellas, por miserables y degradadas que fuesen, se advertía, el heroísmo y sufrimiento que caracteriza á nuestros soldados de los que comparten la suerte, sin resistencia ni protestas.

Eran tambien estas soldaderas una horda devastadora y al pasar cerca de las milpas arrancaban mazorecas y elotes, dejándolas como si hubiese pasado una nube de langostas.

En el camino, daban gran quehacer á los oficiales que impedían que diesen agua á los soldados; pero no hacían

aprecio y obstinadas y tercias, vurlaban su vigilancia llevándoles las ánforas, llenas, las que los pobres hombres bebían sudorosos y jadeantes con gran envidia de los que no la conseguían.

Ellos en sus conversaciones, ignorantes, al grado de que algunos decían "que si á la misma maquina le daban agua para que siguiera andando, á ellos ¿por que se les prohibía?"

Las *viejas* estaban azoradas con lo que de los ranchos les decían y relataban las cosas estupendas á sus *juanes*.

—*Afigurese* vd. D. Chema, decía una tarde, una vieja alta y flaca á un mocetón de cara ancha y bronceada que engullía como un idiota enormes gordas que ella le había traído por todo alimento.—*Afigurese* quesque Teresita *mesma* bendice las carabinas y cada tiro que *avientan* es un muerto y que los *gringos* han *regalao* muchísima artillería... muchísima.

Don Chema dejó de mascar y reflexionó un rato sobre la gravedad de aquello; pero después continuó comiendo melancólicamente como un fatalista —Claro....? *paqué* hemos de ir?... nos mataran de una vez....no que, anda y anda....y luego á morir como chivos.

Pero otros se las echaban de incrédulos protestaban y mentían: habían derrotado al 11°—pero al 9° era muy diferente...no se dejarían agarrar en el río bañándose, ya verían si *defeicionaban* los del 9°

Al bajar una cuesta que serpenteaba penosamente por la falda de la montaña un marcado ángulo agudo, cuyo vértice era el fondo de un barranco, supo Miguel que allí hacía dos meses que estando parte del 11° en Guerrero y creyéndose necesarias más municiones se pidieron á la

matriz del Batallón quien las remitió con una reducidísima escolta. Los "Tomochies" lo supieron y en aquel mismo punto cuatro ó cinco de ellos pusieron en fuga á la escolta apoderándose de las municiones.

Más tarde en el cuartel del 11° se recibían, dirigidas al coronel, las cajas con los cartuchos....vacíos.

Muchas veces en el camino, Miguel recordó ésta anécdota, cuando se retrasaba la pieceta que venía á retaguardia de la columna. Dada la audacia de los montañeses, era en efecto, de temer un golpe semejante.

En Guerrero acamparon las dos compañías en la Alameda, prontas para internarse, á la primera orden en la Sierra Madre cuya obscura silueta desde allí descubre sus ondulaciones gigantescas.

IV.

De prisa atravesó Miguel la plaza desierta, para incorporarse á su campamento, en el extremo del pueblo, en la Alameda, donde se hicieron pabellones de armas, formando un cuadro dentro del que la tropa comía y descansaba.

Aquella alameda, poblada de unos cuantos pinos viejos y melancólicos, surcada por algunos caños de agua sucia, con bancas de piedra en su perímetro rectangular, estaba rodeada de algunas casuchas bajas y su aspecto era triste y desolado en extremo.

Los vientos frios de la Sierra doblaban las vetustas ramas que se lamentaban constantemente con sempiterno y monótono quejido.

Solo la llegada de las fuerzas federales había animado el desierto lugar y cerca de los pabellones de armas el cuadro del campamento había afluido una multitud de vendedores de carne, pan, tortillas de harina (*tortias* les decían) gordas, duraznos, manzanas y dulces.

Aquella misma tarde se recogieron á los oficiales sus espadas, dándoles en cambio carabinas Winchester, repetición, de á doce, iguales á las del enemigo. Medida prudente dado el terreno en que se iba á maniobrar y al enemigo que se combatía, que jamás se acercaba y que mientras más lejano, era más temible. Municionóceles con cien cartuchos colocados en dos cananas.

En la noche cuando todos reunidos llegaron á cenar á la fonda tuvieron una noticia de sensación: el teniente coronel José M. Ramírez del 11º Batallón que en el combate del día dos fué herido y hecho prisionero en Tomochic, había sido puesto en libertad incondicionalmente.

Aquello era estupendo, inverosímil ¿qué significaba aquella acción en los momentos en que se les preparaba un serio ataque? ¿No podía serles muy útil como rehenes en caso de derrota? ¿Era debilidad ó cobardía?

¡Eso no!

Las noticias que traía el mismo jefe demostraban que estaban más decididos que nunca á esperar el ataque, bien armados y aumentándose su número cada día con los descontentos de los pueblos de la Sierra y los perseguidos por las autoridades políticas y aún los bandidos que como Pedro Chaparro se incorporaban con gente y dinero, á la sola perspectiva del botín. Entonces, no podía ser otra cosa que una manera muy noble y muy digna de arrojar el guante y llamar al adversario.

Los detalles del suceso se comentaban de muy diversas maneras; unos decían que por promesas de dinero; otros que había hablado á Cruz, arrodilándose ante la imagen de la Santa de Cabora y permaneciendo en oración días enteros; que hizo creer milagro de ella su conversión y lo pusieron en libertad para que pregonase el hecho.

La version oficial era que, no pudiendo resistir al trato que se le daba, ni alimentarse con maíz tostado y agua, había llamado á Cruz y le había dicho que lo fusilara pero que no le matara así, que Cruz admirado, le había dado víveres y cuatro hombres armados que lo escoltaron hasta la entrada de Guerrero.

El hecho era que se encontraba allí, viniendo á confirmar las noticias que corrían respecto al aumento serio de los sublevados que se hacían subir á más de trescientos; pero que todo el mundo convenía en que, sin ninguna exageración, cada uno valía por diez. Una corriente de aire helado pasó por aquella atmósfera ardiente de alientos varoniles; algunos palidieron levemente; la conversación decayó; pero lo que más aumentó el desaliento fué que Rendón, Teniente del Estado Mayor contó que el General Márquez no tomaría el mando de la fuerza sino que lo cedería al Gral. Rangel, el cual solo llevaba instrucciones vagas de aquel, que permanecería en Guerrero á la expectativa á veinte leguas del teatro de los sucesos.

De suerte que era un General en jefe honorario, un hombre decorativo en los partes de campaña y nada más.

Y en verdad que era inútil la presencia de aquel jefe en la campaña; el telégrafo funcionando hasta la Capital de la República, permitiría al mismo General Díaz ordenar desde su gabinete las operaciones de la pequeña campaña.

¿A qué, pues, mandar encumbrados generales al combate?

Con el General Rangel que ya conocía bien el terreno bastaba para que dirigiese en jefe, llevando precisas instrucciones de su superior.

Así se explicaba aquel Mayor que en la comida razonaba sobre los *tomoches*.

—Además,—agregó—Guerrero es el centro de una base de operaciones en caso de una campaña formal, si se sublevasen, secundando el movimiento de Tomochic, algunos otros pueblos y minerales de la Sierra; entonces la

presencia aquí del General Márquez defendiendo con la fuerza que le quede la plaza, mientras llegaban refuerzos de Chihuahua, sería utilísima. Abandonar Guerrero sería imperdonable.

—¿Pero que, mi mayor,—preguntó con aire de desden el teniente Torrez, del 9º Batallón, guapo y altivo—sería posible que llegaran á tomar Guerrero?

—Teniendo al frente una persona inteligente y uniendo todos esos malditos ¿porqué no? lo bueno es que como no tienen planes, ni instrucción, se les destroza en un momento, aunque costando muy caro, porque son valientes *como todos los diablos*.

Mientras Cuca muy atareada llevaba platos á los oficiales que ya aseados y cepillados cenaban con mas calma, la conversación seguía un curso serio y tranquilo, sostenida por los mas instruidos mientras los demas cenaban, escuchando en silencio.

Castorena el subteniente chaparro y fornido, de rostro y pelo azafranado, siempre de buen humor, que bebía botellas de tequila con la misma facilidad que improvisaba malas cuartetitas que le valían aplausos y copas, echó todo á la broma y comunicó alegría á la reunión. Inició una suscripción para comprar tequila y alquilar una guitarra y cantando y bebiendo, tumultuosos y alegres, salieron todos á la plaza solitaria, donde un cierzo duro y frio doblaba los arbolillos escuetos del zócalo.

Al día siguiente 16, despues de la diana siempre alegre y entusiasta y que comunica al soldado algo como una fuerza galvánica que lo electriza y anima en el despertar alborozado del día; luego que se repartió el café caliente, que constituía el primer alimento de la tropa, desfilaron

las compañías. sin armas, al río á bañarse y lavar la ropa interior.

Previamente se les había repartido un jabón á cada individuo, y cuando marcharon *por el flanco derecho doblando*, iban muy contentos, haciendo encargos en voz alta á sus *viejas*, conversando y cantando, entre la bruma blanquisca de la mañana, mientras los oficiales á los flancos, encapotados, enrolladas al cuello las bufandas compradas en Chihuahua y caladas las capuchas, cuidaban del orden de la marcha.

Ya ante el río, poco ancho y nada profundo, que pasa al Oeste de la Ciudad, se mandó *romper filas* y los soldados se desbandaron buscando piedras a propósito para lavar la ropa.

Hacia un frío intensísimo y Miguel experimentó la imperiosa necesidad de tomar algo que calentase el estómago, un tanto irritado por el alcohol que había tomado en la noche; tenía además un vago dolor de cabeza y sintió desvanecerse al contemplar la corriente enturbiada por la espuma del jabón; así es que cuando un paisano que fué á dar agua á su caballo le indicó á lo lejos una casucha de adobes aislada del pueblo y en la margen del río, pidió permiso á su capitán Molina de separarse un momento, tiritando, envuelto en su amplio capote y calada la capucha, llegó y preguntó á una vieja que molía en un metate y echaba gordas junto á un gran fuego en medio del humo, si le podían hacer una taza de café que pagaría á cualquier precio. Una voz áspera y ronca de borracho le contestó precipitadamente.

—¡Como no! á ver Julia, un jarro de café, mucho café, bien caliente.... pero.... volando volando con un.... de-

monio! y una frase cruda y obscena terminó el mandato.

Entonces ya mas acostumbrado á la obscuridad de la baja estancia pudo distinguir Miguel sobre una ancha cama de madera, entre varios zarapes una cabellera encrepada y una larguísima barba gris que circundaba en sucios mechones, un rostro cacheton, de nariz curva y ojos enrojecidos y brillantes; en tanto que la figura de una mujercita limpia y airosa se alzó súbitamente del rincón opuesto, atravesó el cuarto, pasó junto á él temblando, con los ojos bajos y junto de la chimenea tomó un jarro que llenó de agua y puso á la lumbre, ante cuyo rojizo fulgor se iluminó su perfil de niña.

El hombre se incorporó señalando un taburete.

—Siéntese, mi jefe—le dijo—y mientras está el café dele á esa para el *sotol*. Pero como al oficial no le agradaba este aguardiente de Chihuahua respondió:

—Mejor tequila, no me gusta el *sotol*—y dió un billete de veinticinco centavos á Julia que se acercó tímidamente. Se fijó en ella por la gracia irresistible de la doncellita tan bruscamente maltratada por el viejo. Adivinó vagamente el sufrimiento hondo que albergaba aquella guardada de oso.

Luego recordó con sorpresa y hasta con delicia la *muchacha* que vió en la fonda la vispera y que tanto le había interesado. Era la misma, no le cabía duda ¡que coincidencia!... y que linda era con su enaguilla á cuadros y sus movimientos garbosos.

La vieja, de aspecto estúpido, que molía con regularidad de máquina preguntó al *viejazo* barbón:

—¡Ya se levanta, Don Bernardo! ¡Le llevo las *teguas*!

Sin esperar la contestación le llevó el burdo calzado

que usa la gente pobre de Chihuahua.

Don Bernardó se incorporó *resongando* algunas palabras, calzándose con perezosos movimientos las *teguas* en los pies negros y velludos.

Julia llegó con la botella del tequila, y en una taza de *peltre* sirvió el café presentándole à Miguel la taza, la azúcar y la botella.

Sirvió algo de tequila en la taza, muy pensativo, contemplando con un estremecimiento extraño aquella muger de catorce años tan ruborosa y tan linda; pero se quedó estupefacto cuando oyó su voz cadenciosa con ese acento tan dulce de la muger Chihuahuense, preguntar, —Tía ¿no ha visto vd. mi pañuelo? siempre lo pongo al acostarme debajo de la almohada?.... hoy no lo hallo....

¡Cosa estupenda, levantaba la almohada, la misma almohada que recibía la sucia melena de aquel oso ¡imposible!.... ¡aquella niña tan dulce, la hermosa criatura tan buena, tan casta y graciosa virgen, muger de un monstruo, y borrachon obsceno!

Pero era indudable.... reconocía sobre el colchón la huella de sus formas redondas y proporcionadas; luego la miró y miró à Don Bernardo que bebía con sorbos estrepitosos su café fuerte cargado de tequila.

En esos momentos ella levantó sus ojos grandes y negros, y su mirada parecía expresar melancolía y resignación, como comprendiendo la fatalidad sombría de su destino.

Miguel, no era un buen mozo; pero era joven, y los movimientos nerviosos de su cuerpo, y la manera altiva con que alzaba su frente espaciosa y blanca, produjeron agrado, atracción y vagos deseos en aquel ser sufrido y callado.

Soñó tal vez con placeres nunca experimentados á la vista de aquel oficial que venía de tan lejos, que hablaba palabras cariñosas y que la miraba con ternura como nadie la había mirado nunca.

Don Bernardo había salido á calentarse al sol á la puerta y contemplaba con mucha curiosidad y con un gesto de desprecio, á la tropa que á lo lejos se veía lavando ó secando la ropa que blanqueaba en la orilla del río.

—No quiere otra taza? hay más café; todavía hay en el jarro, dijo Julia llevándole al oficial una taza que él tomó de sus manos temblorosas.

—¿Es su mamá la señora que está moliendo? preguntó. Movió tristemente la cabeza ella y dijo bajando la vista:

—Mi madrastra, señor.

—Ah.... yo creía.... ¿entonces, Don Bernardo será su padre?

—Es mi tío, dijo suspirando y encendiéndose el rostro intensamente. Pero—y añadió muy quedo—es también... es decir.... no estamos casados.... porque ella es su mujer.... Y no pudo decir más, sofocada, al relatar con cierta ingenuidad tanta abominación.

¿Qué enredo repugnante era ese?—Se preguntó Miguel—aquella víctima soportando su desgracia en silencio, la pobrecita entregándose pasiva y sumisa, sin goce alguno, al hombre que la maltrataba con despotismo de corsario musulmán.

¡Oh infame! ¿El le pega á usted, verdad? Porque no se separa usted de él.... ¿porqué no habla al jefe político?

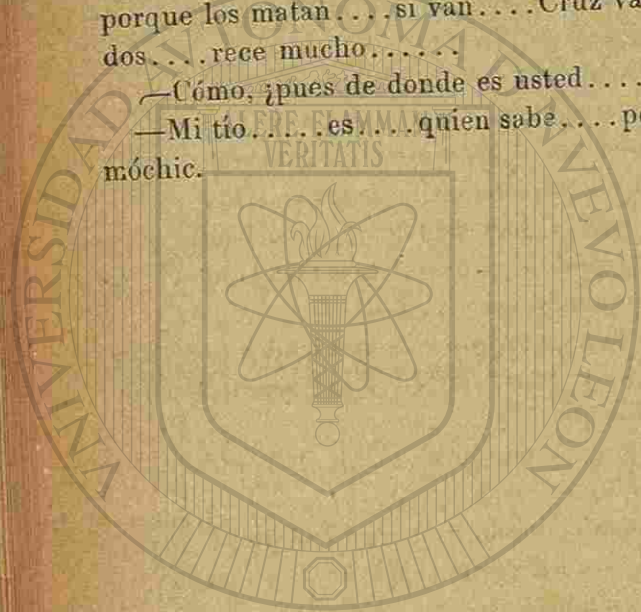
Ella se aterrorizó ante la indignación que fulguraron los ojos de Miguel.

—No señor.... no, mi padre lo manda.... y mi padre

es santo.... Teresita lo hizo santo.... lo fusilaron y resucitó como Nuestro Señor: figúrese; por eso, no vaya..... porque los matan.... si van.... Cruz va á acabar con todos.... rece mucho.....

—Cómo, ¿pues de donde es usted.... de donde son?...

—Mi tío.... es.... quien sabe.... pero yo soy de Tomóchic.



V.

Los pueblecillos de la Sierra Madre, al Oeste de Chihuahua, vivían en constante alarma por las excursiones barbaras de los apaches y sosteniendo entre los montes y en el fondo de las selvas de pinos, una constante guerra.

Todo el mundo tenía su carabina ó su fusil que los montañeses descolgaban á cada paso para organizar batidas y arrancar á viva fuerza los ganados robados por los feroces indios que tuvieron que ir cediendo lentamente hasta ganar el Norte.

Los de Tomóchic, cacerío situado en el fondo de un valle, y de unos trescientos habitantes, se señalaron por su valor y su audacia.

Pasado el peligro, volvieron á arar la tierra, á cuidar sus reces y á tomar patriarcalmente el sol á la puerta de sus casas, limpiando sus carabinas y engrasando los cartuchos. Eran libres, pagaban muy contentos sus impuestos cuando los empleados del gobierno de su Distrito iban á cobrar; oían misa cada tres ó cuatro semanas que llegaba en su robusta mula, el cura que en dos por tres despachaba, arreglaba algunos asuntos económicos, confesaba á alguna muchacha y al día siguiente se marchaba.

Calma profunda; aislamiento completo; una tribu desconocida en el centro del Africa. Ni un rayo de civilización sobre aquel pueblo trabajador y valiente. No había escuela, ni botica. El que se enfermaba se moría sin nin-

gún auxilio. Se le enterraba y se ponía una cruz de madera sobre su sepulcro en el cementerio del pueblo, pequeño y cercado de piedras amontonadas.

Los ricachos del lugar eran enterrados en el atrio de la única iglesia, la que á su lado tenía un convento fundado durante el gobierno colonial por los misioneros jesuitas que se establecieron en esa parte de la Sierra cuando se empezaron á explotar sus ricos minerales.

Aquel pueblo perdido en la República, ignorado y oscuro fué abandonado por su aparente insignificancia por el gobierno del Estado de Chihuahua y por el eclesiástico sin que ni uno ni otro, sin ilustrarlo dejase de cobrar los impuestos.

De repente una ráfaga de fanatismo religioso sopla y el nombre de la Santa de Cabora es pronunciado con veneración y sus milagros narrados de mil maneras exagerándolos.

Los viajeros que de Sonora pasaban por Tomochic contaron maravillas y los mismos Tomochitecos que con sus *recuas* se dirigían á ese Estado volvían como de una venerada Meca.

Entonces la efervescencia comprimida de aquel pueblo se resolvió en fervor religioso y político, que mal dirigido y sin cauce alguno se desbordó y estalló en explosión de volcán.

Un incidente aumentó el disgusto contra el Gobierno:

Habiendo el Gobernador, Lauro Carrillo, pasado por Tomochic, visitó la iglesia y enamorado de la magnificencia y real mérito de algunos cuadros trató de llevárselos para Chihuahua; pero aquella gente altanera y valiente, al saberlo se indignó á tal punto que el Gobernador tuvo

que dejar los cuadros en sus sitios.

Desde entonces el gobierno y sus empleados fueron considerados como enemigos por impíos é hijos de Lucifer.

Para colmo de males y para precipitar los acontecimientos, cierta autoridad de Guerrero al verificar una diligencia judicial en el pueblo, aprovechando algunas circunstancias, abusó del candor de una joven serrana, dejándola en cinta.

La mina estaba cargada y la mecha preparada; no tardó en llegar la chispa.

Se supo que en los pueblos vecinos se había declarado santo á José Carranza nacido en Tomochic, el cual pensaba residir en el pueblo natal para hacerlo feliz.

Naturalmente los ánimos se excitaban y el entusiasmo fué general, esperándose con impaciencia la llegada de San José.

La mas notable familia era la de los Chavez, que en realidad eran los que dominaban el pueblo por ese ascendiente irresistible que en todas partes tienen el talento y la fuerza, unidos á la ambición de mando.

Los tres Chavez salieron á recibir al San José un Sábado.

El viejo llegó con Mariana su mujer, acompañado de su hermano Bernardo, que con carabina á la espalda, lo seguía proclamándose soldado de Jesucristo.

Al día siguiente, domingo, hubo misa, llevándose á la Iglesia al santo en devota procesión. Terminada la ceremonia, el cura, que traía instrucciones de arrojar al santo y prohibir á aquellas gentes seguir en tan extrañas ideas, los exhortó, regañándoles con dureza y echándoles en cara su estupidez. Aquel pueblo, orgulloso por naturaleza,

protestó escandalosamente, y Cruz Chávez, muy popular y muy querido, y que hasta entonces les reprochaba sus exaltaciones místicas, tuvo un arranque que nadie esperaba y llegando hasta el púlpito le gritó:

—En el nombre del gran poder de Dios, yo, que soy policía de su Divina Magestad, te echo.

—¡Que muera!

—Sí, sí... afuera, gritaron todos, contaminados y exasperados por la rudísima alocución del cura.

En vano, este trató de calmarlos, todo fué inútil y tuvo que salir precipitadamente, huyendo a Guerrero, anatematizando a los extraviados.

Aquella misma tarde hubo una seria conferencia entre Cruz y Bernardo, hermano de San José.

La familia de Chávez era numerosa y de gran ascendiente en el pueblo, sobre todo Cruz, de treinta y cinco años de edad, alto, fornido, de barba negra y poblada encuadrando un rostro bronceado, de mirada dura y altiva. Se imponía por su acento de mando y su audacia tan grande como su ambición.

Bernardo, á los diez y ocho años había desaparecido del pueblo robando algunos pesos á los Medrano, ricachos del lugar; había vuelto varias veces, pero no era aceptado por sus incorregibles borracheras. Su hermano, un hombre bonachon y estúpido, que tenía algunos terrenitos, le daba siempre hospitalidad, la que pagaba robándole algo. Julia, hija de éste, había sido mandada á Chihuahua con su padrino, de quien él fué peón cerca de Cusihiuriachic, en una hacienda de su propiedad.

En la crisis de aquella exaltación religiosa fué contagiado el viejo en Cusihiuriachic, abandonó sus tierras y su

mujer y se lanzó á Cabora, donde Teresa le curó de un tumor y le dijo sonriendo que se parecía á San José. Una criada de la casa de Urrea que oyó algunas palabras, preguntó que era el mismo San José, y algunos días más tarde, el viejo estúpido, convencido ingenuamente de que no era otra persona sino el santo, resucitado por Dios, y que debía predicar y hacer feliz al mundo, se puso en oración y en penitencia constantemente, ayunó y ¡cosa increíble! mandó llamar á Bernardo y le entregó sus terrenos de Tomochic y... su mujer, con quien había casado por segunda vez y que pasó á serlo de su hermano.

Este y Cruz, aquel domingo memorable, convinieron hacer en Tomochic la nueva reforma, en lugar sagrado adonde todo el mundo peregrinase; se haría de su sobrina Julia una virgen milagrosísima; enarbolaban esta bandera: “¡Viva el poder de Dios y mueran los hijos de lucifer!”

Tendrían santos vivos y carabina en mano, y pasearían por todo Chihuahua su doctrina.

Corrieron los días y ni un espíritu sereno llevó la luz, ni un maestro ilustró, ni un misionero de la verdadera religión predicó á los ilusos; mientras que las autoridades políticas también se ausentaban. La pequeña Julia también fué devuelta á su padre en tanto que los Chávez, que habían fletado mulas, viajaban por Sonora vendían cargamento y acémilas y compraban en la frontera carabinas Winchester de á doce y diez y ocho.

El encargado de la conducta del mineral de “Pinos altos” á Chihuahua, cuyo camino pasa por Tomochic, temió por su seguridad y comunicó seriamente al gobierno la actitud belicosa del pueblo y mientras tanto evitó pasar por él dando un gran rodeo por la sierra. Pero aquellos alti-

vos montañeses no eran bandidos vulgares y requirieron al conductor asegurándole que no temiese nada.

Se envió al fin un destacamento del 11º Batallón que estuviese á la expectativa y contuviese cualquiera intento en tanto que tratóse al fin de calmarlos; pero los abusos de aquella fuerza los irritaron y en definitiva no hubo más que sorda cólera que estallaría en cuando se creyesen fuertes. Calmados algún tanto los ánimos se retiró el destacamento sin que se arreglase nada en definitiva. Pero los Chávez regesan, proveen de municiones, carabinas y ropa al pueblo; se apoderan de maíz y reses de un rico hacendado á quien todos odiaban, exitan y proclaman el augusto lema de religión é independencia y electrizan de nuevo á los sencillos habitantes, resolviendo oficialmente que no reconocerían más amo que Dios de quienes eran enviados; que solo en el caso que se fusilara á todos los que les habían hecho daño é insultado, entre ellos el Jefe político de Guerrero, se sujetarían.

Entonces fué cuando Cruz tomó sus primeras medidas de defensa enviando gente de su confianza á levantar los pueblos cercanos haciendo un llamamiento, él, *Papa máximo*, á los que quisieran ganar la gloria y defender el poder de Dios.

A Bernardo lo tenía siempre fuera del pueblo porque daba mal ejemplo con sus vicios, rarísimos en la sobriedad general; pero le tenía miedo porque sabía que era un terrible bandido; al mismo tiempo, no obstante, pensaba utilizarlo para que reclutase gente entre los de su calaña, perseguidos y hambrientos. Lo mandó por último á Guerrero con Mariana y Julia; quedándose con él, San José, embrutecido aún más, por el sotol que se le había ense-

ñado á tomar, con el objeto de espiar las disposiciones militares del gobierno en aquel punto situado en la entrada de la Sierra, base necesarísima de toda operación militar seria.

La noche, vispera de la partida, Cruz dispuso una peregrinación de los suyos, escoltando al nuevo San José por los pueblitos cercanos, mientras varios soldados de Dios recibieron á los filiados últimamente.

El viejo idiota, sujestionado por su hermano, llamó á su mujer y á su hija; les habló de Dios su hijo, y de la otra vida.

—Ya no son mi familia; mi muger es la virgen María les dijo; pero obedecerán á mi hermano; los tres serán esposos para que yo sea el Padre de la Stsima. Trinidad; tú el Padre y señaló á Bernardo; tú la hija y tú el Espíritu Santo é indicó á las dos mujeres. (1)

Fuè aquella noche, la noche lúgubre del atentado salvaje, del atropellamiento de la virgen tierna, la caída del angel, la inmolación de la niña en aras de estúpido fanatismo.

(1) rigurosamente histórico.

Julia tenía entonces 14 años; pero había adquirido como todas las mujeres del campo un gran desarrollo, y ya era por su cuerpo una mujercita hecha y derecha, limpia y hacendosa, que desempeñaba todas las faenas domésticas en la casa de su padre y tío. Ella molía, lavaba, remendaba los burdos pantalones de los dos hombres, daba agua á las bestias y hasta en las noches glaciales del duro invierno de la Sierra RAJABA LA LEÑA y encendía trabajosamente el fuego de la chimenea, donde asaba la carne de la cena y hervía el café para que su padre no se durmiera cuando Cruz convocaba á los principales vecinos á rezar el rosario intercalado con extrañas oraciones y letanías interminables. En verdad que casi todas las mujeres del pueblo hacían lo mismo; pero aquellas lo verificaban con la inconsciencia pasiva de las bestias de carga; ella nó, porque era soñadora y había conocido algo de la vida civilizada en Chihuahua, en la casa de su padrino, contrayendo allí estrecha amistad con la hija de éste, ya señorita, que la había hablado de cosas encantadoras, haciéndola saber que era bonita y que las mujeres como ella, son reinas.

En las noches de Serenata, cuando tocaba en el jardín de la Plaza de armas la música del 5º Regimiento ó del 11º Batallón, ella, niña aun, llevada por lástima, había entrevisto la sociedad aristocrática, lujosa y altiva de Chihua-

hua, la habían deslumbrado los trajes de las mugeres hermosas y la había fascinado la armonía de los walses, nunca escuchados por ella.

Vagos anhelos se despertaron en su ser y su curiosidad infantil, no satisfecha, se enardeció ante el espectáculo de la vida confortable de una ciudad.

Había conocido al novio de su amiga, que era capitán 2º del 5º Regimiento, bien puesto y ajustado, luciendo marcialmente sus relucientes acicates; y ella, la soñadora niña de catorce años, ya se había visto al espejo, preguntándose si podía merecer un hombre así.

Después, en Tomochic, lloró y suspiró por las horas tranquilas que había pasado y que nunca volverían. Comprendió vagamente que aquellos hombres estaban locos, pero se resignó y soportó sus dolores con heroísmo de mártir.

Al día siguiente de la noche de aquel Domingo, tuvo fiebre y sin saber cómo, desvanecida, delirante, ligada fuertemente al asno que la llevaba, después de tres días, llegó á Guerrero.

Quedó anonadada bajo el peso de su desgracia y lentamente una sombra de melancolía inmensa oscureció su cerebro donde llegaron á dormir por fin todos sus sueños y todas sus aspiraciones.

Convirtiose en bestia como su madrastra, y vegetó.

Bernardo, lejos del yugo de Cruz, se entregó á su vicio favorito; fué haciendo vender sus vacas una á una, para pasar la vida, al par que cumplía su misión espiando las fuerzas que el gobierno en el mes de Agosto envió decididamente á Guerrero para atacar la población. Componíase dicha fuerza de un piquete de veinticinco hombres

de la Seguridad pública del Estado, al mando del capitán Antonio Vergara; otro del 5º Regimiento, de treinta hombres, al mando del capitán 2º Lino Camacho y 65 hombres del 11º Batallón.

Como fuerzas auxiliares se reclutaron voluntariamente, 60 hombres de los pueblos de aquel rumbo, conocedores expertos del terreno y valientes á toda prueba, encomendándose su mando á Santa Ana Pérez, muy conocido por su temerario valor y su popularidad en todo el Estado. El mando en Jefe lo tuvo el General José M. Rangel con tres oficiales del Estado Mayor y acompañado del mayor del cuerpo médico militar, Francisco Arellano. Total, ciento treinta hombres.

Bernardo avisó inmediatamente á Cruz quien le envió un emisario que habló largamente con él. Los dos se dirigieron á ver á Santa Ana Pérez quien los filió y les dió armas y un grado nominal.

El 15 de Agosto partió una columna de ataque internándose en la Sierra, y avistando á Tomochic el día dos de Septiembre.

Cruz se aprestó á la defensa con cerca de sesenta y ocho hombres, en su mayor parte armados de carabinas, apostándolos en las cinco casas que limitan al pueblo al Este; les mandó aspilleraran de tal manera las paredes que pudiesen converger sus fuegos sobre el camino angosto, accidentado y duro que baja al valle, en el cerro del Cordón de Lino; ordenando que al escuchar un silvido agudo, tomaran los de la derecha por una ladera, remontándose hasta la cima, para allí cortar al enemigo su única retirada, descendiendo después sobre él, para aniquilarlo y dispersarlo en el monte. Bendijo las carabinas y aco-

sejó apuntar sobre los oficiales y jefes exclusivamente.

El general Rangel fraccionó su fuerza en dos columnas; una que bajase por el cerro del Cordón y atacase la iglesia, y otra por un cerro que forma con aquel un ángulo agudo en cuyo vértice se halla el cementerio. Esta fuerza lo debía ocupar y tomar después la casa de los Medrano, en la orilla del camino real.

Mientras se avistaban las fuerzas, los rebeldes oraron con devoción y serenidad admirables.

Pero cosa imprevista; Santa Ana Pérez con sus auxiliares en el Cordón permaneció sin recibir ni lanzar un tiro, en tanto que el general, en lo alto, se volvía loco de indignación y de rabia al ver que la confusión y el pánico lanzaban el desorden hacia el ala derecha de la segunda columna que se refugió en el cementerio, mientras Cruz y los suyos por la espalda, llegaron como tigres é hicieron prisioneros á los que ocupaban aquel punto entre ellos el teniente coronel José M. Ramirez.

Cayeron muertos el capitán Vergara; el mayor Prieto y el teniente Manzano; y derribado del caballo Vespaciano Guerrero, del Estado Mayor, que bajaba á transmitir una orden.

La derrota fué completa y la catástrofe irremisible. El general sin retirada, pero sereno, se refugió audazmente en una de las casas que el enemigo había desalojado.

En la noche, acompañado por algunos dispersos, atravesaba jadeante el monte, negro y silencioso.

Recojió el vencedor un gran botín, pero sólo los caballos, armas y municiones se utilizaron; lo demás fué guardado sin tocarlo, hasta un pequeño barril de tequila y algunos de harina.

Santa Ana Pérez había desaparecido y sólo Bernardo se presentó en Guerrero al general, diciéndole que aquel, herido en una pierna, huía al Norte del Estado.

Después el gobierno federal encomendó el mando de una segunda expedición al general Felipe Cruz y lo que paso fue increíble, inverosímil. Poco antes de llegar á Guerrero las fuerzas del 5º Regimiento cargaron por orden suya sable en mano, sobre una milpa. El destrozo fue horrible; las débiles cañas hechas pedazos al filo de los machetes cubrieron el suelo de despojos.

En Guerrero á un teniente del 11º Batallón se le ordenó posesionarse del cerro de la Generala á diez y ocho leguas de Tomochic lo que hizo sin encontrar resistencia.

El punto estaba desierto y el general telegrafió á México dando parte de haber atacado al pueblo, triunfando tras sangriento combate y haciendo veintisiete prisioneros.

Llegados estos hechos y otros por el estilo á conocimiento del Presidente de la República, hizo llamar al General Cruz, y según se dijo, lo reprendió muy severamente.

VII.

Miguel se sentía profundamente atraído hacia Julia; su infortunio la idealizaba á tal punto á sus ojos, que pensó seriamente en arrancarla de aquel hombre cuya historia no conocía, pero que adivinaba no ser muy limpia. Sin embargo, el porvenir le inquietaba; era probable que partiesen al día siguiente, . . . ¿y si no volvía? . . .

Le había dejado dicho que regresaría; que deseaba le hiciesen de comer porque en la fonda del pueblo le daban todo muy escaso y no lo atendían, por preferir á los oficiales superiores.

Bernardo acogió eso con muestras de placer y ordenó imperiosamente que matasen una gallina para obsequiar á su jefe; que mientras llegaba la hora, le suplicaba que lo llevara, él que podía, á ver la pieza de que le habían hablado; tenía esa curiosidad porque la verdad *ya mero* se decidía á acompañarlos para acabar con los fanáticos.

Miguel le contestó ingenuamente que fuese á las once del día á la alameda y lo llevaría para que la viera, aunque de lejos.

Volvió á su puesto en el río, muy silencioso, pensando en aquel golpe del destino que lo arrojaba tan lejos, enfrente de terribles acontecimientos; la víspera tal vez de su muerte. Pensó en su padre, humilde y honrado escribiente que pasó veinticinco años de su vida en una notaría; consagrando toda su actividad en hacer ricos sucesi-

vamente á tres hombres que lo abandonaron cuando fué inútil... su pobre madre, viuda, aún bella, vuelta á casar é infamemente maltratada... luego el escándalo horrible, la separación en que intervino la policía... su salida del colegio para ser un oscuro subteniente que algunos días más tarde estaría en algún punto perdido en los desiertos de Chihuahua á cuatrocientas sesenta leguas de México.

Meditó en el encuentro, no con una virgen, ideal, romántica, seres imposibles que suele forjar la imaginación juvenil; sino con una pobre muchacha infamada vilmente, manceba de un bandido; ser desgraciado y candoroso, que lo había visto con sus hermosos ojos negros, como demandándole auxilio y brindándole un amor sencillo como su alma pura y casta.

Y Miguel en el fondo de su alma juró protegerla y aún amarla.

El, espíritu nada vulgar y eminentemente serio, sintió nacer una afección por aquella mujer que se le presentaba con el prestigio de su inocencia y su infortunio.

Cuando regresó al campamento tuvo que tomar su carabina é ir como los demás oficiales, al ejercicio del tiro al blanco que el General había ordenado para que conociesen sus armas.

A la lista de doce, cuando él cepillaba el capote empolvado en que había dormido, fueron a avisarle que lo buscaban.

Era Bernardo que venía á recordarle su promesa. Tuvo que acceder y lo llevó á ver la piececita desde el viejo zahuán de la casa habilitada de Cuartel General.

Se separó de él, evitando su compañía; pero quedando

de verse en su casa, donde habían mandado hacer la comida.

Cuando estuvo solo, vaciló en ir, considerando una estupidez tomar una mala comida en el *covachón* de D. Bernardo, y respecto á Julia ¿no era atormentarse á sí mismo á la vista de una juventud desgraciada, que solo honda amargura podía inspirarle?

Se encaminó lentamente á la plaza, resuelto á comer en la fonda; pero encontró á Castorena que venía de la fonda donde supo que la oficialidad había dado fin con todo y nada quedaba para él ni para Miguel ni para los que se hubiesen retardado; pero que en revancha iba á beberse media botella de tequila y á comer una libra de queso, únicos víveres que pudo encontrar.

Invitó á Miguel á tomar una copa que este rehusó, y puesto que en la fonda no había que comer ya, tomó rumbo al río después de haber conversado un rato con él.

Julia había improvisado una mesa con dos bancos y una tabla vieja. Extendió una servilleta muy blanca con toscos dibujos y colocó un plato de peltre y una cuchara.

En la chimenea con un buen fuego hervía en una olla, la gallina, mientras en una cazuelita, chillaban en un mar de manteca, algunos trozos de tocino.

Mariana de rodillas ante el *metate* con la cabeza baja, molía el chile, con una regularidad de trabajo mecánico, mientras aquella iba y venía muy activa, poniendo todo en orden.

Dos gallos amarrados en un rincón del cuarto, cantaban alternativamente en tanto que un perrazo amarillo, flaco y peludo dormía con las patas estiradas, en el rectángulo de sol que entraba por la puerta.

Julia se conmovió cuando Miguel saludándola le estrechó suavemente la mano, y no pudo pronunciar una palabra.

Al poco rato salió de su turbación, se excusó porque aún no estaba la comida y al fin mirándolo con atrevimiento añadió que quería no se enojara por ello, que á ver si otra vez no sucedía lo mismo.

—D. Bernardo, no tardará, mucho, verdad?

—Sí señor, no ha de dilatar; siempre come á estas horas; ahora verá vd. como me regaña porque no está el almuerzo.

Había un acento tal de amargura en estas palabras, que el joven volvió á experimentar un sentimiento de atracción irresistible hacia ella. Sobre todo, lo que más le cautivaba eran sus miradas francas, ingenuas; de una dulzura encantadora.

—Pero....¿cómo lo quiere vd? Mire....y no pudo seguir porque le indicó con un movimiento de cabeza á la vieja que en ese instante vertía el chile en la cazuela.

Permaneció silencioso y luego manifestó querer obsequiar á D. Bernardo, con una lata de sardinas y un buen trago.

—¿No vá, doña Mariana, mientras hago la sopa?... ¡ah! también trae el amasijo; porque con ese no alcanza.

Mariana alzó lentamente la cabeza y con sus ojos vidriosos los contempló un momento; luego lentamente, sin decir una palabra, tomó su desgarrado chal de encima de un baúl y el billete que le alargó Mercado, con un gesto de desprecio.

Salió como una sonámbula, sin hacer ruido; sin la menor manifestación de voluntad propia.

Cuando quedaron solos, Miguel se puso en pié y se acercó á Julia que bajó la cabeza y dejó de cortar un pedazo de queso que tenía en sus manos.

—Mire vd Julia, Dios es bueno y no quiere, no puede tolerar esas cosas; vd. tan bonita....tan niña....con él....eso es malo.

Hubo un momento de silencio; él no se sentía capaz de continuar expresando su pensamiento atrevido y ella.... la pobre....advirtiendo todo con su instinto de mujer, no era posible que contestase, así es que hasta después de unos momentos balbuceó:

—No, no....yo también digo eso....pero ¿qué hago?....¿quién me va á creer á mi?....me mataría si—y se puso á sollozar.

—No llore....ándeale....no sea tonta....cuando volvamos se viene conmigo....qué me ha de hacer....en Chihuahua ya veremos.

—¿Si pudiera ir á Chihuahua ó escribir á mi padrino! puede que hasta me haya olvidado hacer las letras....pero no....no, déjeme, déjeme....¿ve....? también es vd. así....¡no!

Miguel enternecido, arrebatado, la había tomado del tallo y trataba de besarla en la frente.

Ella, encarnada de rubor, sorprendida por la audacia del oficial, temblorosa, extendía en el vacío sus manos, retrocediendo hasta la pared del fondo; allí Miguel rápidamente acercó su rostro al suyo, besándola en la mejilla, sin ningún ardor sensual, como hubiera podido besar á una hermana.

Julia, dió un ligero grito cubriéndose el rostro con el delantal, mientras Miguel, algo arrepentido la contemplaba en silencio y melancólicamente.

En aquel momento, agitando ruidosamente las alas y alargando su cuello orlado de plumas de rojo dorado, uno de los gallos cantó; el perro abrió los ojos, mirando perezosamente en torno suyo, mientras el otro gallo, completamente blanco y de enorme cresta cantaba también.

—¡Como te quiero Julia! le dijo al oído el joven enternecido, de pie á su lado, acercando á su rostro enrojecido sus labios candentes aún, por el beso con que la había súbitamente asaltado.

Aquel beso ardiente de Mercado la hizo estremecer inundando todo su ser con una alegría extraña hasta entonces para ella, despertando en su carne sensaciones dormidas por la misma brutalidad del hombre con quien vivía.

El se apartó y le dijo con dulzura y muy quedo:

—No Julia, yo la quiero... es muy diferente... oiga vd.

En aquel momento el perro gruñó estirándose y moviendo la cola; ella palideció, volvió á tomar el queso, diciéndole:

—Es que allí viene... ¡siéntese por Dios!

Tuvo que sentarse: una oleada de sangre, llevó la ira á su cabeza; pero después se serenó y esperó tranquilo á Bernardo que llegaba como siempre, borracho y que le dijo alargándole una botella á medio llenar:

—¡Ah!... ¡como es Usted bueno, mi jefe!... ¡mire *no mas* que tequila le traigo!... ¡Hepa! Julia, un vaso!... ¡pronto, condenada de Lucifer!

Julia humilde, atontada aun, se acercó temblando con un vaso. Miguel lo tomó apretándole amorosamente la mano; ella abrió los párpados y sus negras pupilas fulguraron una mirada impregnada de gratitud, amor y ternura, mientras el salvajón Don Bernardo, apoyándose en la pared tosía fatigosamente, con el rostro congestionado.

VIII.

La noche del 16 de Octubre hubo una gran animación en el campamento de las compañías del 9º Batallón.

La vieja alameda, estaba transfigurada; los vendedores hacían su agosto; el oficial de la guardia, que era el teniente Torrea energicamente presenciaba el registro de las *viejas*, no dándose punto de reposo para vigilar el orden del campamento.

Las cincuenta ó sesenta mugeres con sus fogatas en que guisaban, sus gritos y algazara, daban un colorido pintoresco al cuadro de armas en que se encerraba la tropa al rendir las jornadas.

Mientras el soldado tendido en su zarape descansaba de la ruda marcha, ellas acarreaban leña, robaban gallinas, compraban pan, queso ó lo que había, y á los diez minutos se elevaban del campo, espesas columnas de humo que envolvían todo en una bruma azulada, á través de la que se veían los pabellones de armas alifeados, los grupos confusos de hombres y mujeres, las maletas regadas y los montones de leña empezando á arder, rodeados de hambrientos que soplaban con los carrillos hinchados, y entre esta confusión y desorden los oficiales atravesando en todas direcciones, dando órdenes á gritos, en medio del barullo universal.

Las *chimoleras*, vendedoras de comida barata—platillos de á cuartilla—andrajosas y sucias, despeinadas y con los

brazos desnudos, ante las enormes cazuelas y las negras ollas, tosián gravemente, gritando y gesticulando, disputando con gran lujo de obscenidades con las compañeras.

Pero esa noche había aún más motivos para la animación. La tropa estaba descansada y relativamente había comido bien, por lo que estaba alegre. Las mujeres habían hallado carne y manteca barata, y no pedían más.

Algunas, las ricachonas, habían comprado sotol, con lo que más que suficiente era para que reinase un rebumbio de todos los diablos.

Todas y todos sabiendo que la partida era al día siguiente, habían reforzado con suela nueva sus *huaraches*, y ya frescos, se sentían dispuestos á atravesar el mundo si así lo ordenaban.

Aquellos pobres diablos que conducían allá, al fondo de la sierra, á morir como obreros ó á matarse como leones, estaban muy tranquilos, algunos hasta amorosamente recostados junto á sus mujeres, las que charlaban sempiternamente.

Y allá, á algunos pasos del campamento, en una casa aislada en la oscuridad de la noche, en un cuarto por cuya puerta, rojizo cuadro de luz se percibía, dos hombres paseaban hablando lentamente, acalorándose á veces ó á veces guardando silencio.

Era el teniente coronel Florencio Villedas y el capitán Eduardo Molina que hablaban de las disposiciones que tomarían, según el plan concebido por el General en jefe.

Y en tanto que el campamento se animaba más y más y que los dos comandantes de la fuerza, conversando fríamente pensaban en sus responsabilidades,—en una tienda amplia, en el portalito de la plaza toda la oficialidad,

jovial y expansiva á fuerza de beber, se mofaba del porvenir y entonaba un canto de triunfo anticipado.

Las tandas de copas de tequila se sucedían como descargas cerradas, en medio de aplausos y brindis.

Castorena, el poeta oficial, que por cada copa blasfemaba una estrofa, estaba en su elemento y completamente rojo, revuelto y erizado el cabello, con frases cadenciosas y retumbantes lanzaba dècimas y cuartetas á diestra y siniestra, tronando en aquel apoteosis de su genio.

—¡Que hable en verso Castorena! ¡Que brinde Castorena!

—¡Silencio! va á hablar el vate.... ¡que le den otra copa y brinde!

Tomó la copa con mano temblorosa vertiendo parte del líquido y vociferó, para dominar el tumulto que acrecía:

Aunque ahora es ya de noche,
La palabra humilde pido
Para brindar sin reproche,
¡Porque pronto sea destruido
El vil pueblo de Tomoche!

—¡Bravo, bravo!.... ¡Bien por el poeta!—y una tempestad de aplausos se desencadenó; mientras afuera, en el portal, algunos *paisanos* envueltos en gruesos cobertores rojos, miraban taciturnos al interior de la tienda llena de humo de cigarro, donde aquella oficialidad bisoña se alegraba con tequila.

Rayó en delirio el entusiasmo; fué demencia aquello... un capitán auguró espléndido porvenir al que hacía quintillas semejantes, y mientras un nuevo brindis preparaba el bardo y los demás conversaban cada uno de diferente cosa y un hombre de inmensa barba y descomunal

cabellera roncaba completamente ébrio, Miguel, sugestionado por la frenética y galvanica alegría de la reunión, bebía también, y ya exitado su cerebro débil, llevado por la avalancha de su compañía, trataba en vano de demostrar que aquello era estúpido y que la poesía debía desterrarse del mundo donde la realidad era horrible.

Por supuesto nadie lo escuchaba y su disertación pesimista pasó desapercibida.

Le habían obligado á beber y el alcohol lo enloquecía, despertando en él recuerdos amargos, después una alegría extraña y en el tercer grado, apetitos brutales, que lo transformaban en fiera. En aquel instante estaba en el periodo de la melancolía y filosofaba silenciosamente entre el fragor de aquella bacanal.

—Pero después de todo,—decía,—¿por qué no beber?... para aniquilar la pena.... ¡eh Martinez! yo no he bebido, yo también quiero brindar!.... una copa!....

—El frile Mercado quiere beber, ¡una copa para el filósofo!—aulló Castorena.

—¡Que repitan las copas por mi cuenta!; dijo el teniente Ramirez,—y que brinde Mercado.

Cuando el tendero colocó las copas en línea desplegada como decía Castorena, sobre el mostrador, Ramirez que era el obsequiante, fué dando á cada uno la suya, y todos habituados á las formaciones en orden, hicieron un círculo en cuyo centro se colocó Miguel, quien cuando se restableció el silencio, comenzó un brindis disparatado é incoherente.

—No vengo como Castorena—decía—á improvisar cuartetas.... yo desprecio el verso, y la poesía me repugna.... porque es mentira y todo lo falso debe proscribirse

de la sociedad, vengo, mis superiores y compañeros á demostraros lo noble de nuestra misión; somos las víctimas expiatorias de los extravíos sociales; somos los inmolados por el destino ó la casualidad en nuestra misión de soldados.... cumplamos con ella.... brin.... brin.... ¡brindo por el deber y la milicia mexicana!

Nadie, ni aun el mismo comprendió lo que había dicho; pero le aplaudieron, creyendo que decía muchas preciocidades.

La francachela seguía y la luz de las tres lámparas que colgaban del techo de la tienda alumbraba con reflejos amarillos los uniformes de dril de los oficiales gesticulando exitadísimos en aquel ambiente impregnado de alcohol.

Castorena, que tenía nombrado en el campamento un *rondin* de nueve á once se retiró, gritandole:

—¡No se te olvide, Mercado, que tu estás de *rondin* de 11 á una!

Sentado en una banca, en un rincón de la tienda, Bernardo roncaba, con la cabeza recargada sobre la pared y la boca abierta. El sombrero se le había caído á un lado y su sucia y alborotada melena de feroz bandolero.

Ya iba á darle un abrazo á Castorena á quien ya no despreciaba; cuando volvióse á fijar en el oso de la casa del río, y por su cerebro exitado pasó entonces una idea que le hizo erguirse y meditar; después ya no vaciló, y escapando de la tienda, atravesó corriendo la plaza, silenciosa y oscura; tomó por callejas desiertas hasta llegar al río y después de muchos rodeos y algunas caídas llegó hasta la puertecita baja de la casucha de Julia y allí tocó. Ladró el perro, pero fué callado prontamente; luego sin preguntar le abrieron.

1026004892

No eran aún las nueve de la noche, pero todo estaba ya en el más profundo silencio. Violentas ráfagas de viento glacial doblaban los arbustos de la orilla.

Miguel, aterido, al abrirse la puerta, entró precipitadamente; una lámpara que ardía en un rincón se apagó al instante; pero dejándole tiempo para distinguir como á la luz de un relámpago una visión magica.

Julia con los pies descalzos y una enaguilla corta; con su camisa blanca mostrando su seno y brazos desnudos; Julia en actitud de salir de la cama semi-revuelta, apareció tiritando á sus ojos deslumbrados. Después la oscuridad irritante arrebatandosela; la sombra negra interponiéndose, en tanto que ella se retiraba al fondo del aposento, asustada á la aparición de un hombre que no era su amo.

—Soy yo, Julia, ¿dónde está vd.?....no tenga miedo....yo, Miguel.

Al fin comprendió ella, y balbuceó con expresión de sumo terror:

—¿Usted, señor?....pero....cállese....mire....pero dígame por Dios dónde está D. Bernardo, va á venir....¿que?....¿que quiere Usted?

Miguel no escuchaba, ni atendía nada; sentía un arrebatado salvaje, y dominado por el vértigo extraño de su embriaguez, la buscaba á tientas, tropezando con miles de objetos y más excitado cuanto menos la encontraba.

En vano ella trataba de inquirir, de saber ante todo de Bernardo....por fin, él la tomó de un brazo y la besó con frenesí.

Suplicante, con las lágrimas en los ojos la infeliz, palpitando también de emoción cerca de él, que la acariciaba, le contó que debían partir á la mañana siguiente antes

que las fuerzas, para Tomochic, que no fuera tambien él malo, que comprendiera que no tardaria en venir y los mataría!.....

—Ah! como es Usted malo, como es Usted malo!.... murmuró sollozando, mientras él la besaba repetidas veces en el cuello desnudo, en las tinieblas, en las que resonaba el ronquido monótono y acompasado de Mariana que dormía en un rincón.

El toque de diana lo despertó de su sueño inquieto y mal sano; sentía horrible pesadez en su cerebro y su cuerpo todo adolorido en tanto que la garganta la abrasaba una sed angustiosa. Al incorporarse, aquella sensación insoportable se acentuó notablemente; pero el corneta que ya tocaba lista le hizo comprender que era preciso ir á pasarla como todos al frente de su compañía.

Había dormido sobre su capote, en suelo frío y duro al pié de un árbol, cuyas raíces salientes le habían maltratado mucho; apenas pudo estirar las piernas, hizo á un lado el cobertor y como estaba vestido, se puso violentamente el capote y el kepí, y corrió á colocarse al frente de su compañía, en el momento en que el sargento primero daba parte á los oficiales, de las novedades ocurridas.

—¿Y el subteniente Miguel Mercado no puede venir todavía?—preguntó el capitán impaciente y colérico á un teniente.

—Presente mi capitán, contestó Miguel acercándose.

—Sí, á buena hora llega vd., amigo, ya que se pasó lista!

Quedó aterrado y viendo á todos sus compañeros muy cumplidos levantarse, se asombró que fuesen los que en la noche hubiera visto en el desenfreno de la orgía, porque ya iba recordando todo lo que había pasado.

Después de la lista desfiló su compañía al rancho, ante

el caldero de café humeante. Los oficiales al lado del capitán observaban el reparto.

Mercado se puso sus guantes de lana, se caló la capucha y aterido con el frío de la madrugada, reflexionó, en pié apoyado en su carabina.

Se acordó de Julia, desconfiada, abriendo la puerta semi-desnuda; luego ella suplicante, el brutal y.... ¡oh men! guado!.... miserable, recordaba aquella posesión por la fuerza, la pobre con lágrimas en los ojos cediendo á su infortunio de mujer! Le había dicho que saldrían á las cinco de la mañana para Tomochic y con ese motivo con voz débil para no despertar á la vieja Mariana, le había contado su historia, la abyección y embrutecimiento de su padre proclamado santo por un cabecilla audaz y ambicioso, fanatizando un pueblo ignorante pero altanero y noble que desafiaba obstinado á las fuerzas federales.

Cuando se dieron el último abrazo y el último beso, el más dulce y el más amargo, se citaron para el pueblo fuera cual fuese el resultado de la campaña. Ah! y aquella escena extraña de amor en la oscuridad de la guarida del oso, la posesión de su hembra en el mismo lecho del monstruo, volvía á surgir en su cerebro, con detalles precisos, en tanto que presenciaba el reparto del café á la tropa que desfilaba lentamente ante los calderos.

¿Sería cierto? aquel hombre terrible habría podido emprender la marcha tan temprano después de aquella noche báquica?

Fué lo que quiso saber, y cuando se dió permiso á los oficiales francos para retirarse, se lanzó á la casucha que encontró cerrada.

De los animales que había en el corralito que quedaba

á un lado, solo encontró una burra vieja y flaca, con la cabeza gacha, inmóvil y meditabunda.

Volvió al campamento, triste y aniquilado por el horrible malestar que sucede á las noches de ciápula. Trató de tomar algún alimento y no pudo. Sintió náuseas atroces y desfallecido fué á sentarse en un extremo solitario de la alameda, evocando obstinadamente la noche anterior, estremeciéndose cada vez que pensaba en Julia, primera mujer casta que poseía.

Gran movimiento reinaba, las mujeres de prisa iban y venían cargadas de tortillas, pan, queso, carne y chorizos, y otras las que no se atrevían á seguir la marcha hácia el enemigo, se retiraban tristes y llorosas con la incertidumbre de la suerte de sus hombres.

La marcha debía emprenderse á las tres de la tarde. A las doce y media se dió el primer toque.

Los soldados uniformados de paño azul, hicieron sus maletas en tanto que también los oficiales sugetaban á los kepis los paños de sol ó empacaban sus provisiones de boca, sabiendo que en todo el trayecto de la Sierra no hallarían ningún alimento.

Algunos soldados del 5º Regimiento llevaron los flacos y mustios caballos de los oficiales, los que empezaron á colocar sus maletas y carabinas, fajándose las cananas que contenían 100 cartuchos cada una.

Por fin á las tres de la tarde, con un magnífico sol, desfilaron las compañías; atravesaron el río con los pantalones arremangados, y en la ribera opuesta *haciendo por el flanco izquierdo, alto*, esperaron el resto de la fuerza que se les incorporó á poco, fraccionándose todo, en tres columnas.

La primera, compuesta de la segunda compañía del 9º y una sección de SEGURIDAD PÚBLICA DEL ESTADO, la segunda, de la cuarta de ese batallón y una sección del 11º, y la tercera de 20 ginetes del 5º Regimiento y de los auxiliares reclutados accidentalmente en los pueblos de la comarca, con trajes de paisano, debiendo llevar como distintivo una ancha cinta roja.

Entre la primera y segunda columna marchaba la pieza sobre dos mulas. En suma 500 hombres.

El general José María Rangel seguido de su Estado Mayor y de algunos amigos de confianza de ese jefe, pasó á caballo ante la fuerza que le hizo los honores de ordenanza.

Después hubo que esperar que viniese el general en jefe Rosendo Marquez quien ordenó inmediatamente se rompiese la marcha por el orden de las columnas.

Y principió la ascensión lenta hácia el Oeste, trepando las primeras lomas de la sierra, dejando en el fondo á Guerrero cuyas casas blanqueaban á la orilla del río que serpenteaba incendiado por los últimos rayos del sol.

Era aquella, en verdad, una tarde espléndida, empapada en luz; al Este el río reverberaba y al Oeste el camino subía entre terreno rojizo cubierto de especisimas malezas.

Una nube de polvo circuía á la columna á cuyo frente empezaron á alzarse los inmensos bosques de la Sierra Madre.

Miguel se puso en pié sobre los estribos de su montura y miró hácia atrás. Aun se veía la casa de Julia.

Luego todo desapareció tras las primeras asperezas del monte que empezó á mostiar sus grandezas graníticas ves-

tidas con la regia magestad de la selva.

Quedó absorto ante la belleza de paisajes grandiosos nunca vistos por él y muchas veces tuvo que ser reprendido por adelantarse á su puesto abandonando la brida al caballo que subía tropezando por el sendero áspero y pedregoso.

El viento fresco de la tarde le reanimó y ya sereno se entregó á la voluptuosidad de una marcha lenta, al borde de los precipicios por donde trabajosamente y en cierto natural desórden pasaba la columna.

La enorme masa de las rocas inclinadas sobre profundos abismos y cubiertas de gigantescos pinos al borde de las estrechas veredas por las que se avanzaba, inspiraban una admiración terrorífica.

Se acampó en el punto llamado "La Generala" á solo tres leguas de Guerrero en un terreno apropiado para la instalación de la fuerza.

Esa noche aún hubo alguna animación; se encendieron las fogatas cuyas rojas llamaradas iluminaron á trechos las tinieblas, y haciendo proyectar á los enormes pinos sombras extrañas, dieron un aspecto muy pintoresco al campamento.

El 18 de Octubre la marcha tuvo que principiar muy entrado el día, á causa de un incidente curioso. La caballería del 5º Regimiento, relativamente cercana á sus cuarteles en Guerrero, burlando la vigilancia de la tropa, en tropel y á galope la emprendió por el camino recorrido en el día, hasta llegar á inmediaciones del pueblo de donde la hicieron volver.

Ese fué un día alegre para el espíritu regularmente triste del joven oficial y era que encontraba verdadera

fruición en aquella naturaleza ruda y vigorosa de la Sierra.

Se abandonó á una meditación dulce y tranquila que le quitó los temores del porvenir en el que tuvo confianza.

¿Por qué había de morir tan joven, cuando aún podía hacer mucho y ser útil y luchar por la existencia y experimentar los goces supremos del triunfo?

Saludable reacción se verificaba en él. Tenía el presentimiento de asistir á un drama terrible que templaría su ser con sus escenas conmovedoras que no olvidaría jamás, y cuyo recuerdo le fortalecería en las horas críticas de la vida.

El prodigioso espectáculo de la Sierra Madre se desarrollaba lentamente; á veces era la subida penosísima por agrias cuestas, dejando á los flancos negros abismos que causaban vértigo; á veces el descenso atrevido por pendientes cortadas casi á pico ó sinó, la marcha en una fila; soldado tras soldado; por desfiladeros estrechísimos; largos cañones en el fondo de dos formidables paredes.

Miguel, aterrado se preguntaba ¿porque no los aniquilaba el enemigo en aquellos lugares donde diez hombres podrían destrozarse una división?

En efecto, el enemigo que iban á combatir, conocedor perfecto de aquellas montañas, ¿porque no los sorprendía cuando diseminados hasta en un espacio de una legua se arrastraban en el fondo de los barrancos en un terreno guijarroso y abrupto?

No se necesitaba mucha audacia para eso. Pero se sabía de fijo que los valientes de Tomóchic, esperaban en su propia casa la agresión, repugnándoles salir de su sagrada tierra donde tenían la conciencia de ser invencibles.

Por lo tanto muy pocas precauciones se tomaban.

A veces los nacionales eran destacados á los flancos por donde trepaban con facilidad, para explorar el terreno; pero era evidente que en caso de ataque solo habrían sido los fatídicos anunciadores de la catástrofe.

A la una de la tarde se hizo alto en "Peña Agnjerada" donde, matada una res, se repartió carne y harina por todo alimento del día á la tropa.

A las cuatro la columna prosiguió la jornada que no se pudo rendir, sino hasta las 11 de la noche, atravesando varias veces el río.

Aquella caminata nocturna tan atrevida, en las tinieblas produjo terrible impresión en el ánimo de Miguel.

Había que marchar casi á tientas entre los pinos y las rocas agigantadas por la sombra.

Los soldados, agobiados de fatiga, con la mochila y municiones, destrozados los pies por la viva roca por la que caminaban, seguían silenciosamente en las tinieblas pavorosas, tropezando y cayendo.

El fondo de los precipicios tomaba en la sombra, proporciones ingentes, cuando se escuchaba el medroso rumor del agua de los ríos ó arroyos.

Los caballos del 5º Regimiento y de los oficiales avanzaban con los ojos fosforescentes, espantados, marchando, abandonados á su propio instinto, resistiéndose á pasar el río, resoplando ruidosamente y produciendo bajo sus cascos una explosión de chispas.

Llegaron á Rio Verde, donde se instaló con grandes precauciones el campamento.

Se había recorrido más de la mitad del camino y se dictaron más serias providencias, estableciéndose algunas a-

vanzadas en donde fué nombrado de guardia Miguel, por lo que le fué imposible dormir.

Sobresaltado estuvo paseando toda la noche, carabina en mano, recorriendo los puestos, temiendo una sorpresa y abriendo los ojos, espantado ante la negrura de la noche.

Al día siguiente, todos los paisanos ó militares no uniformados, ataron, por orden del General, grandes cintas rojas á sus sombreros, para no ser confundidos en el combate.

A los oficiales se les obligó á quitar las espiguillas é insignias de sus uniformes.

Se trataba de esta manera de evitar ser los principales blancos del enemigo que como ya sabían, cazaba inexorablemente á los oficiales y jefes distinguiéndolos perfectamente entre la tropa.

La jornada del 19 fué muy corta, de "Rio Verde" á "Las Juntas," tres horas de marcha, á dos leguas solamente de Tomóchic, frente al enemigo.

Esa jornada, muy breve en verdad, pero pesadísima por ser toda una gran ascensión en caminata y por no encontrarse agua en todo el trayecto y no haber los alimentos suficientes, fatigó demasiado á la fuerza, la víspera del ataque.



En la tarde de ese día, hubo en el campamento, situado en una alta meseta desde cuyos bordes podría dominarse fácilmente todo el rededor, una gran calma sorda que encubría la exaltación de los ánimos, á la expectativa de la batalla.

Se hablaba quedo y se conversaba poco. Los rostros pálidos por la fatiga y el escaso alimento miraban con ojos inquietos el horizonte limitado por las rocas y los pinos.

El General Rangel, en persona, que era el primer jefe [pues Márquez había regresado á Guerrero antes de llegar á la General.] ordenó y vigiló el servicio de avanzada.

A las ocho de la noche, se apagaron las fogatas y reinó el más profundo silencio. Solamente allá á lo lejos una gran luminaria lanzaba fantásticamente, resplandores rojizos; de allí partía un incesante murmullo. Era el Cuartel General.

—Se conoce que cenan y que aún beben algo,—decía Castorena, sentado á la tarco, con su carabina á un lado, á otros oficiales tendidos sobre la yerba.

—Pero tú ya cenaste, lo que te preocupa es beber, borrachón, contestó el teniente Torrea que procuraba colocar cómodamente su cabeza en una almohada de piedra.

—A mí, sí; de veras me preocupa beber; algo diera por un trago de agua,—dijo Miguel, al cual la carne asada,

único alimento que probaba hacía dos días, le producía una sed insaciable y más cuando había escaseado tanto ese día el agua.

—Yo diera un poco más por un trago de sotol, hasta un verso—agregó Castorena.

—Hombre! . . . á ver si ahora puede hacer versos el poeta!—dijo Torrea ya acostado.

—Mañana los haremos todos cuando nos chamusquen los *tomoches*.

Un silencio helado siguió á esta conversación que en un ángulo del campamento tenían los oficiales francos, después de una frugal cena de carne asada.

—Charlaban lentamente esperando la hora del *rondin*.

—Bueno . . . y ¿por fin cómo entraremos?—preguntó Miguel—¿cuál es el plan? ¿Vendrá el Coronel Torres ó es una *papa* nada más?

—Creo, explicó el capitán Servin, que la primera columna bajará por el Cordón mientras nosotros entramos por el camino real y el coronel Torres ataca por el otro lado. El Hoskiss va á hacer primero pedazos la iglesia, y ahora verán como salen las mujeres azoradas y se vuelven *bola* y . . . sí . . . cuestión cuando ménos . . . cuando ménos, de un par de horas . . . Ya los veremos . . . ¡los veremos!

—Al fin . . . siquiera que comamos gallina al medio día.

—Oh! quién sabe; . . . quién sabe, muchachos . . . no sea que . . .

—Pero . . . y qué! mi capitán; si nos matan, siquiera comer bien antes.

En aquel momento, entre la sombra avanzó envuelto en su capote el capitán 1º de la segunda compañía, quien con voz firme y serena, les saludó dándoles las buenas noches;

charló animándolos con su conversaci6n y les recordó que eran oficiales salidos del Colegio Militar, que tenían que demostrar que tan bien sabían estudiar como batirse.

—Hasta mañana, señores.... mucho cuidado.... voy á dar una vuelta.... muy Lien hehecitos esos rondines! jeh!....

Se alejó con sus pasos medurados, alta como siempre su pequeña cabeza.

Era el capitán Eduardo Molina. Todos en el fondo lo querían por su buen corazón, siempre dispuesto á salvar de cualquier apuro á sus oficiales; pero era muy severo y por esto solían sus inferiores motejarlo; y como cuando daba la acamedia á estos, se complacía en explicar toda clase de combates á fuego ó bayoneta, le llamaban NAPOLEONITO, porque como el Grande, era bajo de cuerpo y amaba la guerra.

—Ya veremos mañana *de que cuero salen más correas*,—dijo el poetastro,—y como nadie le contestó, fastidiado y sin sueño, se puso de pié, con el firme propósito de *ver si echaba la sierra* á algun oficial del Estado Mayor.

A las cuatro de la madrugada del día 20 de Octubre el campamento fué conmovido por el toque de *levante* que el clarín de ordenes del General hizo repetir, uno tras otro á los cornetas de los jefes de las tres columnas.

En la Sierra, á esas horas y en esa época del año, la obscuridad es profunda.

La fuerza se levantó silenciosamente; los sargentos primeros de las compañías no pasaron lista, sino contaron simplemente las *hileras*; los puestos avanzados se incorporaron á su fuerza.

Llevaban los soldados puestos sus capotes y sobre ellos

cruzadas las cananas y la bolsa de combate.

Media hora estuvieron todos en pié, impacientes esperando la hora de marcha; media hora y sin que el alba asomase tras las agudas copas de los pinos que limitaban la meseta del campamento.

El general recorrió varias veces las columnas; hasta que al fin los *nacionales* se desprendieron entre las sombras para formar los exploradores de la vanguardia.

Un oficial del Estado Mayor previno á los jefes que se iba á principiar la marcha; los oficiales montaron en sus caballos y ocuparon sus puestos; hubo un murmullo de voces y choque de cascos contra las piedras..... de repente se empezó á marchar á través de la sombra espesa, bajo un cielo negro constelado con esas brillantísimas estrellas.

Al principio fué penosísimo, casi pavoroso el descenso..... ¡la tropa creía encontrar en lo bajo de la plataforma por la que descendía, al pueblo de Tomochic y creía batirse allí en plenas tinieblas!..... Bajaban lentamente hacía un valle que no parecía tener fondo..... bajaban tropezando..... y se oía el ruido metálico de los cañones de los fusiles chocando con las ánforas..... los caballos de los oficiales resoplaban y sus cascos hacían saltar chispas contra la roca dura.

Al fin llegaron á una parte plana por la cual siguieron oblicuando ligeramente á la izquierda; atravesaron un arroyo casi seco y cuando la columna remontaba otro cerro, blanqueóse el cielo y palidieron las estrellas y al encontrarse después de hora y media en la nueva cima..... la aurora esplendía anaranjada y roja tras los picachos de los cerros que á su espalda dejaban.

Entonces los oficiales echaron pié á tierra, dejando los caballos á soldados de Seguridad Pública.

¿A qué horas llegaban? ¿Dónde estaba Tomochic? Después de descender iba á principiar el ascenso á otro cerro..... mas repentinamente la columna se detuvo... después hubo una evolución que equivalía á contramarchar y la fuerza se dirigió sobre su flanco derecho; mas como por allí las rocas se alzaban cortadas á pico, se hizo más á la derecha y se remontó el mismo cerro por el cual habían descendido!

—¡Con un caramba!—gritó Castorena—¿estamos jugando?

—No, mi capitán, *habrán* equivocado el camino.

Y se continuó la marcha; el sol empezó á calentar y el cansancio hizo cojear á algunos soldados á causa de que el terreno se hacía asperísimo y se marchaba en la viva roca.

—¡Entren! ¡Entren! gritaban como siempre los oficiales, aun cuando ya ellos iban jadeantes. Mercado que iba en la primera columna, cerca de una sección del 11°, sentía una fatiga atroz. De repente vió correr en diferentes direcciones á los *nacionales*..... la vanguardia se replegó á la columna.....

En aquel momento se escuchó lejano, muy lejano, á través de las montañas, el toque de *atención, parte y rancho*—la contraseña de la columna del coronel Torres que venía por el camino de Pinos Altos y que debía estar frente á Tomochic al par que la fuerza del General Rangel.

A toda carrera siguió luego la columna hasta llegar

á un claro en el monte..... se escuchó un rumor lejano, algo como un desgranamiento traqueteante.

—¡El Coronel Torres se está batiendo ya,..... muchachos, *nos quedamos sin tajada!*—gritó un oficial.

A cada momento el tiroteo se acentuaba más y más..... algunos soldados se aproximaron al borde de unas rocas entre las que había pinos y arbustos pequeños.

En las lejanías del horizonte se veía el extremo de un valle, vasto como un colosal anfiteatro.

—¡Allí está, allí está!—murmuraron señalando con el dedo un punto lejano algunos soldados.

Se acercaron otros al borde de la cuesta; pero los oficiales los obligaron á volver á sus puestos.

Los artilleros llegaron á aquel lugar y mientras descargaban de las mulas el cañón, el teniente Méndez bajó por una pendiente abrupta con el objeto de dominar el valle y con su carabina hizo fuego sobre él para calcular la distancia.

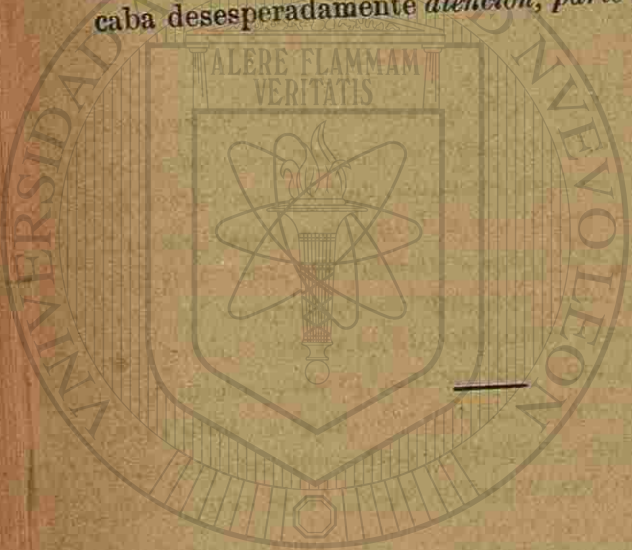
Todos siguieron aquella operación con mucho interés.

Ajustado el cañón sobre su montaje el oficial de artilleros apuntó minuciosamente é hizo fuego. Sonó una gran detonación y el proyectil partió silbando en el espacio describiendo una gran parábola. Segundos después se oyó la explosión de la granada.

Una gritería de entusiasmo acogió en las filas al primer cañonazo asestado á Tomochic.

—¡Viva México, viva el general Díaz!—gritaron algunos, creyendo que aquel cañón era el triunfo de ellos y la derrota del pueblo.

La pieza siempre apuntada por el teniente continuó sus disparos, mientras las columnas esperaban órdenes y se oía más vivo el tiroteo allá en el otro lado donde el Coronel Torres se batía y su corneta de órdenes tocaba desesperadamente *atención, parte y rancho*.



XXI.

La ansiedad había llegado al paroxismo, el terreno accidentado no permitía un orden correcto en las *columnas de compañía* que se habían formado como si se tratase de maniobrar en terreno plano, por lo que era imposible que hubiese entre las fracciones, las *distancias* e intervalos que para este orden de formación previene la táctica.

Así es que Mercado en lo alto del cerro, tras la segunda sección de la segunda compañía, (primera columna,) sofocado y aun mas tras del subito *alto*, tuvo la idea vaga de lo inconveniente de esta disposición, considerando que el enemigo, en *guerrillas* los podía batir muy ventajosamente.

Los oficiales del Estado Mayor vestidos como paisanos, flotandoles tras el ancho sombrero la cinta roja, atravesaban entre las filas apartando bruscamente á los soldados, llevando órdenes del General en Jefe, quien cerca de la pieza que cada dos minutos hacia fuego, rodeado de *nacionales* y soldados del 5º Regimiento, se instalaba á retaguardia.

—¡Que avance la primera columna!—llegó gritando un ayudante, al Teniente Coronel Gallardo que la mandaba.

La columna se puso en marcha desplegando su primera sección en tiradores y cargando las armas.

El joven se estremeció sintiendo una poderosa impresión de frío.

Y empezaron á bajar lentamente la falda accidentada y cubierta de pinos. La segunda sección esperó en lo alto, para tener la distancia reglamentaria, porque seguían ajustándose abiertamente á los principios de la táctica.

En cuanto á la segunda columna, desplegó sobre la izquierda, mandada por el Teniente Coronel Florencio Villedas. La tercera quedó como reserva y escolta de la pieza, que empezaba al fin á regularizar sus fuegos.

Al frente de esta fuerza, se destacaron á los voluntarios de la cinta roja, quienes cautelosamente y con la carabina preparada, se adelantaron, para explorar el terreno abrupto y boscoso, que mientras mas descendía mas dificultades presentaba. ¡Y era aquella la parte mas practicable!

El *cordon* ó vereda que descende á Tomochic, no fué ocupado, pues allí harían al enemigo, un buen blanco las fuerzas.

El cerro por donde bajaban era el famoso del "Cordon de Lino."

Los soldados, diseminados, bajaban lentamente, con el oído atento y los ojos muy abiertos, explorando á través de los árboles y las rocas; los oficiales se habían intercalado en la línea de tiradores y avanzaban resueltos; pero muy pálidos.

Ya habían cesado de oír el tiroteo que se escuchaba del otro lado del Valle.

De repente, á poca distancia, claras, y con admirable precisión y con estruendo que á todos hizo estremecer se oyeron precipitadamente algunas detonaciones.

Entonces algunos de los nacionales regresaron corriendo al puesto de la primera sección que se detuvo, repentinamente.

—¡Ay vienen! ¡ay vienen!—gritaban.

Las detonaciones se multiplicaron al frente de la primera sección.

Los soldados de esta, esparcidos en un gran espacio sinuoso tras de los pinos y de los pedruzcos, llevaron las culatas de los fusiles al hombro.

—¡Muy buena puntería y mucha calma! ¡cuidado con desperdiciar el parque!—gritó el capitán Alcérreca.

Empezóse á escuchar á lo lejos un gran murmullo en el que dominaban gritos ininteligibles. Sin embargo, aun no se veía nada y nadie disparaba permaneciendo la sección á la expectativa. Es decir, tomaban la defensiva pasiva en un terreno desconocido para ellos y conocidísimo del enemigo que debía avanzar velozmente sobre ellos. Luego los gritos pudieron al fin distinguirse.

—¡Viva el gran poder de Dios!.... ¡Viva María Santísima!

Al fin se rompió el fuego al frente, aun sin ver á nadie, sin apuntar, sino hacia allá de donde venía el griterío.

—¡Con que aquí vá á ser el combate; como quien dice, en medio del bosque, en la falda de un cerro!—pensó Miguel aterrado, comprendiendo lo grande del peligro y lo difícil de la situación.

Las primeras balas enemigas empezaron á silbar por entre los árboles. El combate principiaba. Preparó su arma, muy pálido y esperando sobresaltado ver al enemigo que se sentía oculto y que contestaba el fuego; sus gritos redoblaban, gritos salvajes que aterrorizaban á la tropa desesperada de no ver al enemigo; sin poder avanzar, ni retroceder; obligados á aceptar el combate en tan desfavorables circunstancias.

A cada momento los gritos se multiplicaban acentuándose más y las balas enemigas con más puntería, tenían silbidos más agudos, empezando a pasar á la altura de los kepís.

—¡Viva el gran poder de Dios! ¡Viva la Santísima Trinidad! eran las voces y alaridos que las ráfagas llevaban á los soldados, á veces muy distintamente.

Un soldado, herido mortalmente en el pecho, abrió los brazos, dejó caer el *remington* y murmurando dolorosamente un ¡ay Jesús! cayó muerto boca abajo. Era la primera víctima.

Y entonces, un cabo joven que se inclinó para levantarlo, dió un grito, cayendo á su lado, herido en una rodilla.

Primero, los cercanos á este grupo quedaron consternados; pero un grito del teniente Torrea los reanimó y furiosos siguieron haciendo fuego, hacía bajo sin apuntar.

En aquel momento Miguel vió entre la espesura un hombre alto, de gran barba, con blusa blanca y pantalones oscuros; en su sombrero de palma flotaba un pañuelo blanco. Levantó su carabina y gritó desaforadamente, al tiempo que casi sin apuntar hacía fuego.

—¡Viva el poder de Dios! ¡Mueran los hijos de Lucifer!

—¡A ese!... Allí, allí... cazenlo!—gritó un sargento.

A la derecha de Miguel, un cabo herido en una mano, empezó á quejarse.

Muchos apuntaron hacía el claro en que él de rodillas, estupidamente heroico, hacía fuego y acababa de atravesar con una bala la boca de un corneta, cuyo instrumento, rebotó entre las piedras. Un momento después, se desplomó aquel valiente, cayendo de costado.

Ya la pólvora de los disparos había enturbiado la at-

mosfera con una nube blanca y espesa y su olor acre y excitante llenaba el espacio donde resonaban desordenadamente las detonaciones, entre los gritos del enemigo que subía el cerro y las voces de mando de los oficiales.

—¡Viva la Santa de Cabora! ¡Muera Lucifer!—y nutridas descargas acompañaban á estas extrañas palabras.

El capitán Molina iba de un lado á otro animando, animando á todos y gritando enronquecido para contestar dignamente:

—¡Viva el supremo Gobierno! ¡Viva la República Mexicana!

—¡Adelante, muchachos! ¡Adelante! ¡Viva el 9º Batallón!

Un momento de ánimo hizo avanzar atrevidamente las secciones; todos se entusiasmaron.

—Sí, sí, adelante para que vean que el 9º nunca pierde!... ¡Viva el General Díaz!

Hubo un momento de calma, los soldados recobrando su sangre fría después del primer estupor, bajaban agazapados, sudorosos y jadeantes, deteniéndose instintivamente ante los grupos de árboles y las altas rocas.

Un soldado que iba á hacer fuego tras de una de ellas, soltó repentinamente su arma, rodando él, completamente ensangrentado. Era que el proyectil enemigo dió con el borde granítico de la piedra, hiriéndole en el cráneo, las astillas que hizo saltar.

El fuego enemigo menguó un poco, y al fin, encontraron el primer cadáver tomochítico, con dos anchas heridas en el vientre y la cabeza, la boca entreabierta mostrando fuerte y blanca dentadura; sujetando nerviosamente la carabina.

Sucedió que el relativo alineamiento que al principio llevaban las secciones se perdió por completo en las asperezas del terreno; los soldados ya sin ninguna cohesión, demasiado separados, se hallaron abandonados á sí mismos y en vano algunos oficiales, también atarantados, intentaban ordenar otro avance.

Pero sucedió que á sus espaldas sonaron descargas. Aquello heló de pavor á todos. ¿Qué sucedía?

Los tomaban por la retaguardia. ¿Pero cómo se había verificado aquello? Se encontraron entre dos fuegos y un soldado herido en la espalda cayó muerto.

Hubo un terrible instante de indecisión y algunos intentaron retroceder.

En vano los oficiales se esforzaban conteniendo el principio de la desbandada; pero también á ellos se comunicó el pánico.

—¡No corran, no corran!.....¡Cobardes, á donde van! —les gritaban.

A su retaguardia el fuego aumentó. Algunos, volviendo la espalda, contestaron; pero Castorena, que venía á todo correr, bajando á saltos, les gritó:

—¡No tiren atrás, no tiren para allá; son los nuestros. es la segunda compañía que no sabe dónde estamos! ¡Que no tiren!

Pero como muy pocos oían sus palabras, perdidas en el estruendo precipitado de las detonaciones y los gritos, nadie atendió y se empezó á tirar en todas direcciones como si súbita locura hubiérase apoderado de aquellos hombres, combatiendo contra enemigos invisibles en aquella Selva-Montaña que parecía encantada.

Ah! lo que mas angustiaba en aquella difícil situación

mas que la atroz incertidumbre del enemigo, respecto á su fuerza y número, era la falta de dirección y de órdenes superiores, por lo que la vacilación aumentó; y un verdadero pánico reinó, cuando se oyeron á la espalda aquellas malditas descargas que acabaron con el resto de moral que quedaba!

XIII.

Miguel estaba aterrado, estupefacto. Creyó volverse loco ante aquel suceso inaudito, inverosímil.

Cada soldado, oyendo silbar las balas en torno suyo y caer compañeros á su lado, disparaba su arma sin saber á donde, creyendo tener el enemigo á su alrededor, en todas partes; y lo peor era que no había ni por donde huir, perdidos como estaban en el fondo de la selva.

En tanto á su frente reaparecía el enemigo y tornaban á alzarse feroces y terribles aquellos extraños gritos de guerra:

—¡Viva el gran poder de Dios! ¡El poder de Dios nos valga!

Un joven, apenas de 18 años, agazapado tras de un árbol, se batía y gritaba también furioso y heroico:

—¡Viva el 9º Batallón! ¡A nosotros que nos valga nuestra Señora de Guadalupe!

El enemigo oculto perfectamente tras de los árboles prosiguió avanzando de árbol en árbol y de roca en roca, saltando con una agilidad prodigiosa, precipitándose como tigres en medio de la granizada que tronchaba las ramas y hacía saltar en astillas las piedras.

Ya se empezaba á ver al enemigo, hombres altos y melencidos, de pantalones remangados y blusas blancas cruzadas por cananas, y sombreros de paja con lienzos blancos.

Se les descubría al frente, saltando de un lado á otro; á veces solo se veían asomar entre el ramaje los cañones de acero de las carabinas que envolvían el árbol en una nube de pólvora.

Aquel heroico soldadito de 18 años, apuntó á un hombre que á unos 8 pasos de él hacía fuego; pero éste de un gran salto quedó á su frente y allí á boca de jarro le disparó en el pecho la carabina. Cayó el soldado de espaldas y en ese instante una bala rompiendo la rodilla de su enemigo le hizo caer á su lado; inmediatamente se incorporó este, preparando su arma; pero al ver que el moribundo, haciendo el último esfuerzo le apuntaba aún vagamente si poder tirar del llamador, le apuntó á su vez, descargando de nuevo sobre él su carabina en el instante en que el otro lograba disparar también su fusil.

Los dos valientes quedaron muertos instantáneamente, uno al lado del otro.

Si hubiesen entonces seguido el movimiento de avance, los combates cuerpo a cuerpo hubieran seguido, con ventaja de los federales; pero ya la desorganización era completa.

Las tres secciones de la primera columna estaban mezcladas y ocupando un gran espacio, por lo que no escuchaban las ordenes, sino unos caantos.

Era imposible verdaderamente seguir adelante en aquel desorden, aunque se conocía que el enemigo, escasísimo en número podía ser arroyado, si se intentase un empuje; pero el desaliento y el cansancio eran inmensos, y sobre todo hacían fuego sobre ellos á su retaguardia, silbando las balas en todas direcciones.

En el momento en que el capitán, jadeante de fatiga,

con el rostro enrojecido; con voz apenas inteligible por la cólera gritaba dando órdenes, un sargento le comunicó muy conmovido, que el teniente Pablo Yopez que mandaba la primera sección, estaba herido de muerte.

Casi al mismo tiempo se retiraba del combate el subteniente Delgadillo, con una pierna atravesada por una bala.

Castorena enfurecido, corría de un lado á otro, haciendo volver á su puesto á los que lo abandonaban multiplicándose en medio del desorden, sublime verdaderamente en la ira noble que manifestaba.

—¡Pero con una caramba, que no nos sigan tirando aquellos brutos!

—Oh! nos estamos fusilando nosotros mismos! ¡Qué sucede pues!—le contestó Miguel admirado de aquel valor que no le suponía. Y era, en efecto, que aquello se convertía en una catástrofe espantosa.

El fuego á retaguardia aumentó y como caían heridos y cadáveres y como no se obedecía á nada ni á nadie, se hizo sentir un terror pánico.

Los soldados en dispersión principiaron á huir arrojando las maletas.

¡Era el sálvese el que pueda!

La consternación de la derrota contagiando á los más animosos, hizo retroceder á toda carrera y sin rumbo fijo á los soldados, que se reunían temblando y azorados, en los sitios mas lejanos del cruce de las balas.

Miguel en aquel instante crítico sintió un arranque de suprema indignación y suprema cólera.—Ah! con que así se perdían las batallas y era la explicación de las hecatombes! ¡No era esa la guerra con que había soñado al leer la historia de las grandes campañas históricas!

Tuvo al fin que retroceder, él también, contaminado por el temor, en tanto que allá en lo alto, la sección que les hacía fuego se retiraba en desorden, suspendiéndolo.

Castorena, de pié sobre una roca, sin kepí, agotados sus cien cartuchos disparados pródigamente, blandiendo feroz su carabina, loco, amenazaba *romperles el alma* á los que corrían, los que no le hacían caso, perdida toda moral y disciplina en el vértigo de la derrota.

—¡No corran, no corran,! ¡Media vuelta y á ellos! ¡Viva el noveno!

Miguel, enternecido y avergonzado, pasó junto á él abrigándose tras de la peña que le servía de pedestal, tratando de convencerlo de su inútil temeridad. El no le hizo caso y llorando de rabia:

—Vengan, vengan acá, en campo raso, cobardes!—repetía, completamente ronco.

El capitán Molina había logrado reunir entre los que retrocedían, algunos valientes que formaban tras compacto grupo de arbustos, un núcleo de defensa, una fortaleza heroica que acogía á los que quisiesen resistir.

—Eh! Castorena, Mercado, por aquí, *agáchense, agáchense!*—les gritó.

Los dos, uno tras otro, con la carabina en la mano, corriendo de abrigo en abrigo, remontaron el cerro, oyendo los gritos salvajes de ¡Viva Nuestro Señor Jesucristo! ¡Viva María Santísima!

En el improvisado reducto en que se defendía aquel pelotón de soldados, se hacía con ventaja muy dura resistencia; cerca de él había tres cadáveres de *tomoches*.

Por entre las piedras y rocas amontonadas naturalmente entre los troncos de los pinos que se elevaban recta-

mente hacía el cielo, se veían los kepis y las puntas de las bayonetas, que centelleaban á los rayos del sol que penetraba á través del alto ramaje, cuyas hojas descendían despedazadas por las balas enemigas.

Al fin lograron llegar y Miguel, extenuado, se echó en el suelo decidido á que lo mataran allí, pero descansando un poco.

Sentía un calor de infierno y sudaba á chorros. Hubiera dado su porvenir en ese instante por un trago de agua.

Eran las once del día.

Allí arrodillados, ó *pecho á tierra*, quince ó veinte soldados, cuatro oficiales y el capitán hacían fuego, cazando á los enemigos que podían ver; pero estos ó habían retrocedido ó cargaban sobre la 2ª columna que debía estar á un costado, pues hacía ese rumbo el traqueteo de las detonaciones redoblaba.

Un grupo de hombres de la segunda columna, pasó á lo lejos huyendo entre los árboles; un oficial á la cabeza gritaba en el estruendo decreciente de las descargas:

—¡Viva el once fino!... ¡viva el once fino!

—¿A donde va Vd. compañero?—le gritó el capitán, corriendo para ir á cortarle el paso.

—Señor, á tomar mejor posición posible á retaguardia, porque....

—Vaya Vd. á su puesto inmediatamente!

El oficial, avergonzado, regresó lentamente, agazapándose entre los árboles.

Era el que en la mañana se lamentaba de *quedarse sin tajada!*

La segunda columna que quedó á retaguardia de la primera avanzó tomando la izquierda de ésta, dejando entre

ambas un intervalo considerable, recibiendo orden de desplegar en tiradores *unicamente* su primera sección; sus otras dos secciones permanecieron en lo alto, mientras aquella adelantaba sus alas para proteger un ataque de flanco.

Y en efecto, mientras la primera columna era asaltada de frente, la segunda lo fué por la izquierda.

Los mismos accidentes del terreno, la misma naturaleza salvaje y abrupta dió á este combate el mismo aspecto del que se libraba á la derecha.

Aquellos valientes montañeses lanzaban sus gritos terribles y con certeza prodigiosa repartían la muerte.

—¡Mueran los pelones! (1) ¡Viva María Santísima!—también gritaban por aquel lado.

Las dos columnas paralelamente debían descender por el cerro y desde la base de este dirigirse á tomar las primeras casas del cerro, llevando como reserva la tercera columna, protegidos todos por la pieza.

Los tenientes coroneles que mandaban cada una de estas, daban ordenes á retaguardia de ellas, recibíendolas á su vez, del General en Jefe por conducto de los *nacionales*.

Pero el intervalo entre las dos primeras columnas fué demasiado grande, por lo que sucedió que un pelotón de audaces tomocheques logró intercalarse en el intervalo haciendo fuego sobre sus flancos y tomando en parte la retaguardia de la sección desplegada que al verse batida por tres fuegos, desesperada contestó en la angustia de su situación en el bosque, haciendo fuego á todos lados.

Las secciones de retaguardia sintiendo llegar á través

(1) Así suelen llamar en los pueblos de la Sierra de Chihuahua á los soldados federales.

de la espesura, un huracán silbante de balas, desplegaron en desorden y en desorden dispararon hacia abajo aniquilando las secciones del frente.

¡Aquello fué el caos de la muerte, el momento de la desesperación infinita! Ni una voz de mando que se escuchara, nadie que se comprendiese.

Había heridos en la espalda, muertos con las sienes atravesadas, cadáveres con las frentes hechas pedazos.

La confusión era espantosa, la pólvora cegaba por completo y los hombres rodaban entre las piedras; mientras los enemigos, sin llevar las carabinas al hombro, sino colocándolas bajo el brazo rápidamente descargaban.

Mandaba la primera sección de esta columna, el capitán 2º Emilio Servín, joven delgado, de rostro huesoso, bigotito castaño y ojos pequeños y brillantes, sumamente bilioso y colérico.

Al ver aquel gran desorden y a su gente corriendo en todas direcciones, sin saber a punto fijo por donde estaba el verdadero enemigo, lleno de rabia renegando y golpeando con su carabina a los que huían, estaba furiosísimo.

¡Entren cobardes!... Viva el Gobierno!... ¡No corran ca... nallas!—vociferaba, rojo de colera y con los ojos saliéndose de las orbitas.

—Siganme, no sean cobardes,—y sin refleccionar, impulsado por una rabia inaudita, saltó temerariamente por entre los matorrales, llegó a un gran claro que se hacía en el monte y allí, á descubierto, soberbio, hizo fuego sobre uno de dos enemigos que saltaban hacia lo alto.

No tuvo éxito y cayó atravesado de una bala en el pecho, y como al pasar junto á él, aun moribundo, les lanzara una blasfemia, le dispararon otro tiro que le atravesó

una pierna.

¡Rara coincidencia! Domingo Alcérreca, capitán 2º de la primera columna, impulsado por el huracán de dispersión que en ese momento también soplaba sobre ella, había llegado al mismo punto y allí junto a su infortunado compañero cayó atravesado el cráneo por tres proyectiles.

También los Tenientes Coroneles de las columnas, Gallardo y Villedas eran casi al mismo tiempo y en diferentes puntos, el uno atacado ferozmente de cerca y salvado por su asistente y el otro herido en la cabeza, cerca de la frente.

La dispersión fué inevitable y fatal, cada uno escapaba por donde podía, sin rumbo fijo, sin dirección alguna, saltando por entre los cadáveres y abandonando los heridos, que retorcian los brazos, incorporándose desesperados en las mas lamentables posturas.

El campo erizado de rocas enormes, poblado de altos pinos, quedó regado de armas, cadáveres, heridos y maletas.

Un quión tirado cerca del cabo que lo portaba, semejava con su lienzo rojo, un gran charco de sangre escarlata, que hacia aun mas palido el rostro del cadáver que yacía á su lado, con la boca abierta y los ojos mirando inmóviles el cielo.

Cesó el estruendo de las descargas; solamente uno que otro tiro que repercutían los ecos de la sierra ó la detonación tremenda del cañón que aun vomitaba proyectiles sobre el pueblo, se escucharon.

Había terminado el combate.

XIII.

Cuando aquella noche del 16, salió Miguel dando el último beso á Julia, y prometiendo verse allá en Tomochic, ella temblando se echó en la amplia cama y allí bien arropada esperó temerosa la llegada de Bernardo.

Sentía la candente impresión de las caricias de Miguel y le parecía un sueño aquella hora de delicias supremas, aquel despertamiento de su ser á las primeras impresiones del amor. El recuerdo de todo eso fué una delicada fruición, un tanto amargada por el temor, de su partida para el pueblo, en donde tanto había sufrido.

Inquieta y febril dió vueltas en el lecho, sobresaltada á cada paso con los ladridos lejanos de los perros que llegaban hasta ella como fatídicos rumores.

La pobre muchacha en su cerebro inculto é ignorante, pero vasto y sólido, intentaba resolver el problema de su vida y meditaba sobre el porvenir, ya formando cuadros risueños de amor y de ventura, ó pintándose con negros colores panoramas sangrientos, escenas trágicas y cuadros de muerte.

Amaba ya con todo su corazón juvenil y virginal á Miguel, aquel joven que se le presentaba hablándole de amor y de ternura, realizando el mejor de los sueños de su vida y arrojando en la noche de su infortunio un rayo esplendoroso de esperanza. Pero.....y precisamente por eso, también pensaba con terror en que ella iría á Tomo-

chic con su padre, con Bernardo, con Cruz, que combatirían contra él; que lo matarían indudablemente y que acaso á la puerta misma de su casa, vería su cadáver ensangrentado, con los ojos abiertos ligeramente como ante la postrera visión de la mujer amada!

Y en vano aquella hora de fiebre y de espera trataba de dormir....¡imposible! con tenaz obstinación tornaban á su mente las imágenes halagüeñas ó fatídicas que le presentaban y le volvían á presentar arcángeles de gloria protegiendo sus amores ó espectros monstruosos señalando cadáveres!

Por fin, á las tres de la mañana empujó Bernardo brutalmente la puerta; había desaparecido en él la embriaguez que le había postrado en la noche y venía á preparar la partida hacia el pueblo para avisar la llegada de las fuerzas con un día de anticipación, pues sabía que hasta en la tarde emprenderían éstas su marcha.

—Eh! levántese, amiga, á qué hora piensa que nos vamos!

—Ahorita; mande, señor.

Se levantó precipitadamente, tiritando un poco con el frío duro de la madrugada; se puso las enaguas y el saco y empezó á ayudar a empacar la ropa, mientras él iba al corral á sacar las bestias y á amarrar las gallinas y gallos que empezaron á alborotarse. Mariana como siempre mecánicamente hacía los trabajos más duros yendo y viniendo con la vela en la mano.

Después, cuando estuvo ya todo listo, los dos asnos cargados con ropa, ollas, algunos envoltorios de café *torrificado*, unas botellas de sotol, las gallinas sujetas de las patas y algunos cachivaches más, Bernardo mandó hacer fuego quemando una tabla vieja y todos tomaron café hir-

viendo con unos tragos de aquel aguardiente.

A las cinco de la mañana emprendieron la marcha, él en una mula y las dos mujeres en fuertes asnos.

Durante el camino, Julia sumamente excitada no pronunció una sola palabra, sometida como siempre á su destino de víctima.

Bernardo, que conocía perfectamente todos los caminos de la Sierra, atravesó atrevidamente los montes, tomando uno apenas transitable, bordeando los precipicios, silencioso en su mula; empujando cada cuarto de hora la botella de *sotol*, sin volver el rostro hacia las dos mujeres que lo seguían, sentadas en los jumentos los que con los cascos herrados, hollaban con firmeza las gigantes asperezas de aquellos montes.

La infeliz muchacha, envuelta en un grueso poncho americano á causa del viento glacial de la Sierra; sentada habilmente en su cabalgadura; abiertos y sin fijeza sus grandes ojos negros, suspiraba de cuando en cuando, saltándosele gruesas lágrimas que no enjugaba.

Ah! aquella criatura de precós inteligencia, natural vivacidad y sensibilidad exquisita, no debía haber nacido en aquel medio ambiente en que se agitaba un pueblo semi salvaje del que no tenía sino el supremo heroísmo y el raro valor de saber soportar dignamente la adversidad!

El día 19 á las tres de la tarde llegaron á Tomochic, adelantados una jornada á las fuerzas que al día siguiente intentarían el ataque.

Encontraron el pueblo en la mejor actitud de defensa; claraboyadas las casas de los extremos, lo mismo que las paredes de la torre, vetusta y de un solo cuerpo y que se erguía al pie del Cerro de la Cueva el que á su vez la do-

minaba, situada como estaba á pico sobre el valle.

Tomochic en realidad pequeño en población era sumamente extenso, por hallarse estas diseminadas, ligadas solo por veredas que serpenteaban á través de las milpas y terrenos donde pastaban los ganados.

Quince ó veinte familias, desde hacía algunos días habían huido hacia los otros pueblos de la Sierra, lo mismo que los raros que no quisieron tomar las armas.

La casa de Cruz Chavez, sobre todo, era una verdadera fortaleza, perfectamente atrincherada y en tres líneas de espalleras.

Allí vivían también sus hermanos José y Manuel con sus mujeres y cuatro niños.

Un gran cerco de empalizadas solidamente revestidas de alambres con puas, encerraba dos grandes jacalones de adobe durísimo: en el intermedio de estos había un horno, y al lado sobre un pedestal blanqueado, una alta cruz de madera de cuyos brazos pendían listones blancos.

Uno de los jacalones contenía cincuenta y uno de los prisioneros hechos en el combate del día 2 de Septiembre.

El otro, mas grande y mas sólido era la casa propiamente dicha, compuesta de tres cuartos unidos entre sí. Una sola puerta daba entrada al del centro, por el que se pasaba á los dos de los extremos.

En aquel vivían las familias de los tres hermanos, y de los otros, uno servía de bodega y deposito de municiones, y el otro, de oratorio particular de aquel nuevo pontífice del desierto, *Sancta Sanctorum* á la que raros penetraban al par que gabinete de trabajo del caudillo y alcoba del jefe de la familia.

Julia fué muy bien recibida por las mujeres de ambos

que la querían mucho.

Bernardo contó á Cruz todo lo que sabía de las fuerzas que en la mañana del día siguiente atacarían el pueblo, bajando por el camposanto ó tomando el cerro de la Cueva que dominaba el pueblo.

Cruz, sentado cerca de la chimenea donde hervía una gran olla de café, meditó bajando sobre el pecho su cabeza melenuda, después la levantó con fiereza digna y con los labios plegados por leve sonrisa, contestó:

—No importa!... los soldados de Jesucristo no pierden... los derrotamos de nuevo. Mira, hoy nos llegaron de Yopomare seis más, de suerte que tenemos, contando á los muchachos, 113. He formado cinco guerrillas; le he mandado matar su última res á Reyes Domínguez y las mujeres ya están cocinando gallinas y maíz. Dios nos proteja. ¡Vamos á la bendición!—y saliendo, se dirigieron por una vereda á la iglesia, cuyo atrio cercado de paredes, estaba completamente lleno de hombres que lo esperaban, todos con sus carabinas y las cananas provistas de cartuchos.

Los que estaban sentados en las gradas que servían de pedestal à una gran cruz que se hallaba en el centro se pusieron en pié respetuosamente à la llegada del caudillo.

El atrio cubierto de lápidas fúnebres y algunas cruces pequeñas, estaba completamente invadido por mas de noventa hombres, vestidos de blusas blancas ó azules, pantalones de piel ó de pana y *teguas* altas, hasta las rodillas; una *canana* cubierta de cartuchos engrasados les atravesaba el pecho y otra les ceñía la cintura. A los sombreros de palma de alas recojidas estaban atados pañuelos ó lienzos blancos, que caían sobre las cabelleras incultas som-

breando rostros barbudos de ojos negros y centelleantes.

La alta estatura de Cruz, sus anchas espaldas y barba espesa, negra y encrespada encuadrando su rostro varonil de frente espaciosa, no obstante los mechones de pelo que caían sobre ella, le daban un aire de magestad imponente y salvaje.

Los grupos se abrieron pasando él entre ellos y entrando en la vieja iglesia; sin quitarse el sombrero, subió al altar donde había un gran crucifijo; le volvió la espalda y allí, en pié, esperó que entrase su gente. Cuando todos estuvieron dentro, apoyando en las lozas las culatas de sus carabinas en actitud de escucharle, Chavez con voz sonora, clara y limpia, dijo:

—Hermanos, hijos de Jesucristo y de Nuestra santa madre María, preparéense mañana confiados siempre en *el gran poder de Dios*, á destruir y mandar á los infiernos á los impíos hijos de Lacifer que quieren gobernarnos con sus leyes y quitarnos nuestra libertad!

Nos tratan como á bestias; nos quitan nuestros santos; nos quitan el dinero y el gobierno nos manda soldados que nos maten . . . ; Pero nosotros peleamos por el Reyno de Dios! María Santísima nos ayudará.

Nosotros no moriremos porque los que llevan la Cruz no pueden morir, si caemos heridos y al parecer muertos, resucitaremos como Nuestro Señor, al tercero día, para poder acabar con los enemigos de Jesucristo.

¡Venceremos gritando: viva el gran poder de Dios!

Luego sacó de la bolsa de su blusa, unos papeles, los desdobló y continuó en un tono familiar:

—He dispuesto cinco guerrillas, la primera la mando yo y se quedará aquí en la iglesia; la segunda la manda

Manuel, aquí está la lista,—se la alargó á su hermano que estaba á su izquierda,—y se vá con la tercera y cuarta que mandan vds. (señalando á Carlos y Víctor Medrano, tendiéndoles sus listas que estos tomaron) al camposanto; la quinta la manda Pedro Chaparro y tú,—y señaló á Bernardo,—y vá al cerro de la Cueva. Ahora á hincarse!

Todos se arrodillaron bajando las cabezas; él se irguió, puso el brazo izquierdo en jarra, echando hácia atrás con un movimiento de hombros el poncho á cuadros negros y rojos que llevaba como un manto y que cayó á sus piés y contempló á todos con esa mirada irresistible, acerada y dura que caracteriza las grandes figuras militares de la historia.

Estaba impotente con su aire de conquistador y pontífice, exitando á los suyos al combate en el nombre de Dios y sus santos; resplandeciendo deslumbrante ante el fanatismo de aquella gente heroica, formidablemente armada con aquellas carabinas Winchester, en sus manos tan terribles.

Solo Bernardo permaneció en pié, sonriéndole maliciosamente; pero el pliegue que se formó en el entrecejo de Cruz acentuó de tal manera la dureza de su mirada, que palideciendo ligeramente se arrodilló y bajó también la cabeza.

Y entonces el caudillo extendió magestuosamente la mano derecha y los bendijo en el nombre de Dios y de la Santísima Trinidad!

Todos salieron á hacer sus últimos preparativos quedándose él solamente con los jefes designados, para explicarles su plan y darles instrucciones.

Este estaba habilmente basado en la táctica que conocía intuitivamente. El fraccionamiento en guerrillas lo im-

ponía la naturaleza del terreno; comprendía que el enemigo bajaría al pueblo por el Cerro del Cordón de Lino, ó apoderándose del Camposanto, ó tomaría el cerro de la Cueva, llave de la posición por dominar la iglesia, y el núcleo de las casas en cuyo centro estaba la de Cruz que había convertido en arsenal y en depósito de víveres; dos únicos reductos que en caso apurado podrían tener. Así es que por eso guareció el Camposanto con tres guerrillas que destacarían algunos hombres inteligentes en el cerro para avisar la aproximación del enemigo, al cual en extensa línea de tiradores batirían en la espesura del monte, en tanto que la quinta guerrilla, establecida en el cerro de la Cueva á la izquierda del de Lino, mandada por Pedro Chaparro, atacaría al enemigo de flanco, mientras este se batía al frente.

La primera guerrilla compuesta de veinticuatro hombres, se fraccionaría en dos, una en su casa y otra en la torre, desde donde él observaría las fases del combate, trasmitiendo sus órdenes por medio de un Estado Mayor de quince ó veinte muchachos, vivos, audaces y ágiles en correr y trepar por los montes.

Previno estrictamente tomar, en cuanto el enemigo se encontrase en la difícil bajada del cerro, tomar la ofensiva, demostrando en esto una intención maravillosa del moderno arte de la guerra.

Comprendía perfectamente que allí podría aniquilarlos.

Encareció la importancia trascendentalísima de suprimir los oficiales y jefes enseñando como debían reconocerse estos.

A las mujeres impuso la dura faena de hacer aspilleras, moler el maíz, hacer *tasajos* de carne, preparar hilas para

los heridos y otros trabajos de esta índole.

A las seis de la tarde, se reunieron todos los hombres, en el patio de su casa, dentro de la empalizada; allí se cercioró de que todos estaban listos, bien municionados y provistos de *pinole* (maíz molido) gordas y *tasajo*; reconoció los escapularios é imágenes de la Santa de Cabora, y después cada jefe seguido de su guerrilla, marchó á su puesto.

Entonces las mujeres, niños y siete ancianos enfermos y achacosos se trasladaron á la Iglesia, donde debían pasar toda la noche rezando. Solamente su familia y la mitad de su guerrilla, quedó en su casa, convertida en cuartel general.

Visitó á los prisioneros, escogiendo entre ellos á cinco de los que manifestaron querer tomar las armas para defender su causa; á los demás hizo que se les llevase carne, harina y una tinaja con agua; después salió, yéndose á sentar muy pensativo cerca de la chimenea donde ardía un buen fuego que su mujer atizaba, silenciosamente, sin atreverse á mirar el rostro sombrío y huraño de su marido.

Sus cuñadas lo contemplaban tristemente, sentadas en el borde de sus camas.

—¡Faltan tres minutos para las ocho!—dijo Cruz repentinamente, viendo la carátula de su viejo reloj de plata que llevaba en la bolsa de su blusa—rezaremos el rosario.

Se arrodillaron delante de una sucia imagen en papel, clavada á la pared y allí murmuraron un extraño rezo, compuesto por Cruz.

Cuando este terminó, sin decir una palabra, pasó á su cuarto cerrando tras sí la puerta, dejando á las mujeres inmóviles y absortas, contemplando vagamente el fuego chisporroteante de la chimenea.

XIV.

Sentada en un cajón forrado de cuero estaba Julia, a-brumada por la fatiga de una larga y dura jornada, por el recio camino de la sierra.

Se hallaba muy pálida y solo sus hermosos ojos negros reflejaban los rojizos resplandores de la chimenea; tenía las manos caídas con abandono y la boca contraída por un gesto nervioso.

Mariana dormitaba acurrucada en un rincón sobre una piel de venado, en tanto que las otras cuatro mujeres, las tres de los Chávez y la hija de Cruz, sentadas dos en cada cama, intentaban contener los sollozos que les arrancaba secreta angustia.

Había un silencio profundo, ese silencio enorme que precede á las grandes catástrofes y que prepara el desenlace de todas las tragedias. Ni siquiera los perros ladraban, habiendo cesado ya todo movimiento nocturno.

—Tú estás cansada, hija, acuéstate, dijo á Julia la mujer de Cruz, compadecida del dolor que la niña manifestaba, pero ésta contestó vivamente:

—No, señora, tenemos que velar, así lo quiere el señor

... y después de suspirar añadió:

—Tengo mucho que rezar á la Virgen,—y sus ojos preñados de lágrimas se dirigieron al cielo como demandando misericordia.

Y de nuevo el silencio volvió á pesar fatídicamente so-

bre tanta amargura.

De pronto se alzó un gran murmullo y vagos rumores llegaron mezclados con detonaciones que prolongó el eco de las montañas. Luego todo cesó, y pasados algunos minutos llamaron á la puerta. Julia abrió, entrando un hombre envuelto en gran cobertor rojo.

—¡El poder de Dios nos valga! ¿Está Cruz? preguntó descubriéndose y descubriendo su carabina cuyo cañón brilló á los reflejos de la chimenea.

Pero Cruz, sereno y tranquilo se asomó á su puerta y con voz firme dijo al recién llegado:

—Entra, Pablo,—y este pasó tras él al oratorio.

Era Pablo Calderón, que venía de Pinos Altos, donde se hallaba en observación del destacamento del 11° que guarecía ese punto cerca de la frontera de Sonora; traía terribles noticias. De aquel Estado venía una fuerte columna de más de quinientos hombres al mando del Coronel Torres, traía más de 200 hombres de Guaymas y Navajoa, terribles indios de la sierra de Tarahumara, y de las tribus opatas muy temibles por su arrojo y su audacia; una sección del 12° Batallón; otra del 24° y el destacamento del 11° que se le incorporó. Debían atacar el pueblo á las 7 de la mañana del día 20 de Octubre bajando del camino de Pinos Altos. Pero lo más alarmante era que "San José" había sido hecho prisionero y fusilado acaso en aquellos momentos.

Cruz, entonces, le hizo comprender que guardase un absoluto silencio, y sin inmutarse, pues ya sabía la primera parte de las noticias aunque no que el Coronel Torres atacase el mismo día, y adivinando que el asalto sería simultáneo, cambió sus disposiciones y él mismo fajándose

una canana y tomando su carabina, seguido de Calderón, á pasos de lobo, se encaminó por las veredas sinuosas del valle, al camposanto, en el extremo del pueblo, despertando los perros de las casas cuyos ladridos se multiplicaron á lo lejos en el silencio de la noche.

Allí comunicó á su hermano Manuel y á Jesus Medrano, que con sus dos guerrillas ocupasen en el extremo las casas, junto á un río poco ancho y profundo en aquella época y que pasa al Oeste del pueblo.

Así se hizo, quedando al pie del Cerro del Cordón de Lino solo una guerrilla, y las otras dos tras el río, cuyo paso debían defender de las fuerzas que venían por el lado del Oeste.

Al rayar el alba extendiéronse las dos guerrillas á lo largo del río, entre las milpas hasta cubrir todo el frente de los cerros del Norte y N. O. A retaguardia Cruz con la primera guerrilla permaneció de reserva dependiendo su actitud de las circunstancias en que se presentara el combate.

En tanto, los hombres acampados en el cementerio se desplegaron al pie del cerro del "Cordón de Lino," mientras Pedro Chaparro disponía también en tiradores los suyos en el Cerro de la Cueva á derecha é izquierda de este, dispuesto á dar frente ó por su derecha al general Rangel, ó por su izquierda al Coronel Torres.

A las seis empezáronse á distinguir algunos hombres de las columnas que venían de Pinos Altos y ocupaban los cordones de los cerros. Después se detuvieron y esperaron sin duda la señal de las columnas que venían de Guerrero. Pero estas no llegaban aún y se repetía por el corneta de órdenes del Coronel la contraseña, *atención, parte y rancho*, sin obtener al otro extremo del valle, otra respuesta que el

mismo toque contestado y multiplicado inmediatamente por el eco.

Cruz comprendió instantáneamente todas las ventajas que podía sacar de aquella situación, si se provocaba de cualquier manera el combate en aquel momento.

Así es que recorrió la dilatada línea de sus tiradores extendidos tras el río, en las milpas y tras una gran loma; les hizo avanzar ordenándoles que con el alza á 600 metros, apuntasen á los *cordones* ocupados por el enemigo, haciendo fuego con mucha calma, para obligarlos a bajar, aniquilándolos en aquellos terrenos accidentados y cubiertos de sembrados y rastros al pasar el río.

Así se efectuó y media hora después las columnas ya casi en la falda, contestaban los fuegos.

Al frente, al pie del cerro de la Cruz, los bravos *pinas* de Sonora armados de *remingtons*, apenas se podían contener escuchando los gritos con que los tomochitecos los desafiaban enviándoles de paso algunas descargas.

Aquellos indios de Sonora, acostumbrados á la vida de la Sierra, á la caza y la carrera entre sus asperezas son terribles. Altos, fornidos y audaces, armados de *remingtons* ó fusiles viejos, vestidos con blusas y pantalones azules y zapatones amarillos, se enardecían, dando también feroces gritos, haciendo fuego tras las rocas y los árboles.

Los de Tomochic, comprendiendo que eran los más temibles de sus enemigos, los exitaban á bajar y á trabar el combate en el llano, gritándoles:

—¡Bajen esos *pinas*! ¡Bajen esos valientes de Sonora! ¡Aquí estamos, aquí los esperamos! ¡Viva el poder de Dios! ¡Muera el Gobierno!

Sin embargo, había órdenes severísimas de no llevar

aún un ataque á fondo sobre el pueblo hasta que contestasen las fuerzas de Chihuahua, que con gran desesperación del valiente Coronel Torres, que había sido puntual, no llegaban.

Pero el destacamento del 11º que mandaba el Capitán Castro y donde iba precisamente el mismo sargento Zavala que con aquel Capitán había derrotado hacía un año á los montañeses aún débiles, había principiado, sobre la izquierda el combate atacando muy de cerca y ferozmente á los serranos. Los federales contestaron haciendo fuego, animados un tanto con los gritos de:

—¡Viva el Supremo Gobierno! ¡Viva el undécimo Batallón!

Por fin, se escuchó ya en medio de las primeras descargas, la ansiada contraseña que de el otro lado de los cerros débilmente repetía el toque de *atención, parte y diana*.

A paso veloz y por tramos fueron avanzando las columnas de la sección del 24º, *pinas*, y 11º, en tanto que el 12º subía el cerro de "La Medrano" que con su alta cima domina perfectamente el valle.

Los del pueblo se retiraron lentamente haciendo un fuego vivo y certero que contenía á los asaltantes á buena distancia.

Solo aquellos famosos indios de Sonora avanzaban audazmente como dignos adversarios de aquel terrible enemigo. Pero era desventajosisima la posición de aquellos que á descubierto en lo alto de lomas peladas, eran cazados desde la torre de la iglesia ó por los tiradores ocultos en las milpas, que retrocedían por táctica, para anonadarlos ante las primeras casas.

Una vez allí, haciendo fuego por las claraboyas practi-

cadadas en las paredes, contuvieron á los asaltantes, quienes después de pasar el río, viendo más peligro en volver la espalda que en arrojarse hacia adelante, con ímpetu, jadeantes, arrodillándose á trechos para hacer fuego y continuando después la carrera tronchando las cañas y saltando por piedras, se estreillaron contra los fuegos certerísimos de las casas convertidas en *blockhouses*.

Un sargento 1º del 11º en el momento en que arrodillado apuntaba á una cabeza que á lo lejos sobresalía de una roca, cayó herido de muerte en la frente, y lo extraño fué que en la misma posición quedó, con el arma entre las dos manos, apuntando con las cuencas de los ojos vacías, el cañón del fusil salpicado de sesos.

El combate generalizado ya en toda la línea tomó en aquel momento un aspecto imponente. El humo de la pólvora exitaba, todos gritaban enronquecidos con gritos que dominaba el estruendo de las descargas; pero allá en el cuarte General del Coronel Torres partió el toque siniestro de *media vuelta* y hubo que retroceder, tras el heroico ataque.

El Capitán 2º Francisco Corona, del 12º Batallón, de bigotes grises de verdadero veterano, tronaba animando á su tropa á aproximarse á las casas.

—¡Adentro, muchachos!—les gritaba!—¡Adentro muchachitos! ¡El que se muere, se muere! ¡No hemos de morir de parto! ¡Viva el Coronel Torres!

—Viva el gran poder de Dios! ¡Viva la Santísima Trinidad!—contestaba el enemigo dentro de sus casuchas, cuyos adobes de un lodo duro como piedra, saltaban en pedazos al choque de las balas de los fusiles.

Cruz, seguido de la turba de muchachos que trasmitía sus

órdenes, iba y venía corriendo agazapándose, gritando, dando órdenes, reanimando á todos y multiplicándose en todas partes.

Al amanecer, sus exploradores le avisaron que las fuerzas que venían de Chihuahua estaban en marcha, por lo que la guerrilla que estaba al pié del cerro del Cordón de Lino seguía á la expectativa en cuanto el enemigo intentara bajar. Pedro Chaparro en el Cerro de la Cueva cerraba el valle por el Sur, esperaba también al enemigo para flanquearlo entre el monte.

Replegarónse los tomochitecos, y tras las paredes de sus casas continuaron disparando y haciendo estragos en las filas enemigas. Los apostados en lo alto de la torre no erraban tiro alguno y ya la carnicería era espantosa. La sección del 12º Batallón que intentó llegar hasta la iglesia fué hecha pedazos y dispersada. Los *pinas*, mas cautos, avanzaban á saltos, trabando luchas terribles cuerpo á cuerpo dando salvajes alaridos entre el estruendo fragoso de las descargas crepitantes que se multiplicaban mas y mas.

El Coronel Torres en la falda del cerro de la Cruz observaba con su anteojo de campaña aquel desastroso combate, trémulo de cólera y de impaciencia.

Ah! comprendía que la impuntualidad del general Rangel costaba la derrota completa y la horrible efusión de sangre que estaba presenciando.

Se repitió el toque de media vuelta y empezó una desastrosa retirada mas peligrosa que el mismo ataque. Se dejó una huella de heridos y cadáveres.

El Capitán 1º Luis Telles cayó muerto; pocos momentos después el Capitán Corona era herido en un brazo, y al poco tiempo lo fué en el pié derecho.

Un subteniente era hecho prisionero al mismo tiempo que un cabo que corrió en su auxilio fué atravesado en el pecho por tres balas.

Un sargento segundo, llorando de rabia, loco de furor con el fusil tomado con ambas manos por el cañón, gritaba, sin que nadie le hiciera caso, temblando su *piocha* cana de escasos pelos plateados:

—¡Viva el 12º Batallón, viva el Coronel Torres, viva el General Rocha, los que estuvimos en la Bufo no corremos, ¡viva el Gobierno!

Una bala le rompió la pierna y cayó de rodillas junto al cadáver de un corneta que tenía cuatro balazos en el pecho.

Dos soldados que volvían corriendo á incorporarse con el resto que pasaba el río, bajo una lluvia de balas, trataron de llevarse, y entonces él frenético dió un culatazo en la cabeza de uno de ellos gritándole enronquecido y ebrio de furor:

—¡Cobardes! los que estuvimos en la Bufo no *corremos* ¡Viva mi General Ro.... —En aquel momento, y antes de que acabara la palabra, cayó de espaldas, atravesado el cráneo por una bala que debió haber venido de lo alto de la torre.

Entre tanto el corneta de ordenes del Coronel Torres continuaba tocando desesperadamente, la contraseña convenida: *atención, parte y rancho*. Al fin se oyó en los cerros del Oriente la contestación, *atención, parte y diana*. El General Rangel llegaba una hora mas tarde, cuando las fuerzas de Sonora se retiraban diezmadas por completo.

A la sazón, allá tras los montes del Cordón de Lino, se oía la furiosa detonación del cañoncito asestado sobre el

pueblo.... pero.... la granada estallaba muy lejos. Después en su falda se oyó un vivísimo tiroteo que fué aumentando progresivamente.

Principiaban á batirse allá, al otro lado, en tanto que acá terminaban.

XV.

Miguel siguió el grupo de valientes que encabezaba el capitán Eduardo Molina, recogiendo los dispersos que, anonadados por la fatiga descansaban al pie de los árboles, respirando ruidosamente, con el rostro congestionado.

Iban en dos filas, pensativos, silensiosos, mirándose tristemente como compañeros de infortunio encontrados por casualidad, después de ser barridos por el mismo huracán de la derrota.

¡Tantos esfuerzos, tanta perseverancia en formar y educar un buen batallón ¡para qué?... Una orden mal dada ó mal entendida, y media hora de valor inútil, desparrramando mucha sangre, y quemando mucha pólvora, y no quedaba sino un girón informe y sangriento del bien organizado batallón.

¡Ah! con que esa era la guerra? Necia, ciega, formidable, inconcebiblemente trágica!... Y ¿quién tenía la culpa de aquella catástrofe? ¿Para quién las responsabilidades tremendas de la derrota?

Así pensaba Miguel mientras marchaba maquinalmente, siguiendo las pedregosas veredas que faldean por aquellos cerros.

Regresaban al Cuartel General, que se había situado en lo alto del camino real de Guerrero en un gran claro, una especie de alta meseta donde se podía acampar. Allí estaba la pieza ya silenciosa y se había establecido la am-

bulancia. El general Rangel con sus nacionales al rededor, con los anteojos en una mano, miraba consternado, sin decir una palabra, los grupos de soldados que iban llegando poco á poco y que se echaban en el suelo al lado de sus compañeros.

Un oficial del 12º con veinte hombres había llegado también, no habiendo podido retroceder con los suyos por haber sido cortado por el enemigo. Casi había tenido que atravesar el pueblo y se encontraba vivo como por milagro.

Habían llegado ya los oficiales heridos, así como algunos empezaban á llevar soldados que chorreando sangre y quejándose lastimosamente lograban acercarse.

El médico cirujano que llevaba el cuerpo expedicionario, iba y venía, daba órdenes, gritaba en medio de los ayes de los heridos y de la sombría tristeza de aquel puerto, tras el naufragio.

Miguel sin esperar orden alguna, aniquilado se echó en el suelo apoyando su cabeza sudorosa contra el tronco de un árbol y hubiera dormido si no experimentase la sensación espantosa de una sed infernal.

Ya no pensó en otra cosa sino en beber un trago aunque fuese del agua más inmundada que se le presentara.

Sentía fiebre intensísima y una cólera sorda le invadía y hacía crispár involuntariamente sus puños. Así permaneció durante una hora de angustia infinita hasta que se durmió. Lo despertaron bruscamente cuando apenas acababa de cerrar los párpados.

—¡Eh, Mercado, levántese; vamos á pasar lista á la compañía.

Despertó sobresaltado volviendo rudamente á la triste

realidad de su situación. Miró en torno de sí y vió casi frente de él á lo que quedaba de su compañía. ¡Menos de la mitad! Vió soldados en dos filas, casi sin alineamiento, desgarrados los uniformes azules, con rostros macilentos y ojos hundidos y miradas vagas.

Y entonces á pesar de su debilidad, tuvo plena conciencia de lo enorme del desastre!

Apoyado en su carabina que no había abandonado ni un instante, presenció la lista que pasaba el sargento primero, anotando á los que faltaban, que eran los más. Pero todavía no podía saberse si eran muertos, heridos, dispersos ó desertores. Aun no se levantaba, ni se podía levantar el campo ocupado por el enemigo.

Después supo Miguel que se habían mandado varias camillas escoltadas convenientemente, para recoger heridos; pero solo se habían traído los más cercanos al cuartel general, pues al intentar aproximarse al campo del combate, habían sido recibidos con nutridos tiroteos á los cuales contestaron por dignidad pero retirándose prudentemente. Entre aquellos heridos solo recogieron dos del enemigo. Tenía uno el vientre atravesado, y sea que su gravedad no lo permitiese, ó que no quisiera, se negó obstinadamente á pronunciar una sola palabra. El otro espiró en el camino.

Al fin se les permitió penetrar al campo á las mujeres angustiadísimas, cargadas con ánforas con agua, gordas de harina y carne asada. Levantóse un gran murmullo compuesto de gritos de alegría y de dolor, sollosos y juramentos y disputas por un trago de agua.

¡Agua, agua!... Miguel vió el agua y se precipitó sobre una vieja desarrapada que se defendía de un grupo de

soldados que le pedían una poca, suplicantes unos y amenazadores los otros. ¡Oh, felicidad! llevaba una ánfora llena, y apartándolos con todas sus fuerzas, aulló desafortadamente:

—¡Abranse! ¡Abranse! ¡Qué canastos sucede! ¡Un peso por la ánfora! Mira, aquí está; y le enseñó cuatro billetes de á peseta.

—¡Ay, mi subteniente... es para mi viejo que viene muy mal!

No hizo caso y se la arrebató ferozmente, dándole los papeles.

Soltó entonces la carabina que llevaba en la mano, apoyando la culata en el suelo, con el cañón contra sus piernas, y tembloroso, y agarrando la ánfora con las dos manos, echó la cabeza hacia atrás y bebió ansiosamente; y la hubiera vaciado si una mano vigorosa no la hubiese tomado por el asiento, impidiéndole beber.

—¡Hombre, Mercado, déjame una poca, te va á hacer daño!

Era Castorena. Miguel, satisfecha su sed, le dió el resto del agua, que éste sorbió de un enorme trago; y como la vieja había desaparecido y llamaban á formar, arrojó á lo lejos el ánfora, que rebotó ruidosamente entre las piedras.

La fuerza que quedaba del 9º debía dar un puesto avanzado de observación sobre el camino real que bajaba á Tomochic, una gran guardia y un número de parejas suficientes para rodear el campamento, protegiéndolo en la noche contra toda sorpresa.

A los oficiales francos se les nombraron rondines de una hora en la noche, á partir de las seis. Se dió también

una escolta para la pieza y otra para el parque.

Mientras tanto, los nacionales destrozaban una res y se repartían harina. Ya era necesario, pues hacía veinticuatro horas que no se daban provisiones.

Miguel, que debía cubrir al mando de un teniente la avanzada sobre el camino, mandó asar un gran trozo de carne que se pudo conseguir, y mientras esto se verificaba, fué á visitar á los oficiales heridos, instalados bajo una gran tienda improvisada en el centro del campamento. Allí, recostados sobre unos zarapes, vió muchos soldados que se quejaban tristemente.

Saludó con respeto y muy conmovido al Teniente Coronel Villedas, cuya herida en el cráneo pudo haberle costado la vida; tenía además las manos ensangrentadas de la furiosa caída que aquel golpe le ocasionó, rodando sobre las piedras. Charló un rato con el teniente y el subteniente, surgiendo la conversación sobre los capitanes muertos uno al lado del otro, en circunstancias excepcionales. Luego, fatigados, cesaron de hablar los heridos entrando en vaga somnolencia. Los contempló silencioso un momento, y ya se marchaba, cuando se fijó en que el general, á algunos pasos de allí, interrogaba colérico á unos soldados de "seguridad pública" que acababan de llegar al campo en esos momentos. Al instante se enteró de lo que pasaba. Un oficial de aquel cuerpo, incorporado á la segunda columna, había mandado dar media vuelta á su fuerza, separándose, no sólo del teatro del combate, sino abandonando decididamente el monte, consumando desertión al frente del enemigo y durante el combate. Miguel se separó de la tienda del general para ir á recoger su carne, la que devoró con ansia, casi cruda y sin sal.

Y volvió después á atormentarle vivamente la sed, pero tuvo que soportarla, y fué á ver la fuerza que debía cubrir el punto. Después, con el teniente á la cabeza, desfilaron por el camino real, hasta llegar á un lugar donde éste descendía bruscamente.

A un lado, sobre un gran montón de piedras, había una cruz de madera. Fueron allí apostados tres centinelas al frente.

Obscurecía tras una tarde sin crepúsculo, y principiaba una noche fría y profundamente negra.

Allá, en lo alto del monte, en la meseta del campamento, se veían brillar las fogatas como rojas estrellas, mientras al frente alzaban gigantescos sus masas, como nubes negras, los cerros erizados de rocas y de pinos. Subieron al montículo sobre el que estaban las piedras que servían de pedestal á la cruz y desde allí, en la semi-obscuridad de la tarde agonizante, contemplaron el vasto anfiteatro que forma el valle de Tomochic. ¡Ni una luz en el pueblo que se adivinaba en el fondo; nada que pudiera indicar la vida en aquel hueco, en aquel nido de águila colosal, en plena Sierra Madre!

El teniente, sin pronunciar una palabra, cansado de aquella terrible jornada, se sentó al pié de un árbol y al poco rato principió á dormir, no obstante los esfuerzos que hacía por abrir los párpados que se obstinaban en cerrarse.

Miguel á su lado, apoyó la cabeza contra el tronco del enorme pino, abandonó la carabina entre sus piernas doloridas; aflojó un poco la canana que le ceñía sobre el capote la cintura, y con los brazos cruzados y los ojos abiertos en la sombra meditó. ¡Ah! conque ya se encontraba frente

al enemigo después de sangriento combate y tras no imaginada derrota! ¡Conque allí, perdido en el fondo de la sierra, à muchos centenares de leguas de su hogar querido, había encontrado como siempre, tras todos sus ensueños y ambiciones, la decepción de la amarga realidad! Desvanecidos todos los ideales románticos de su vida, ni siquiera quedaba en pie la poesía elevada y grandiosa de la guerra! ¡La guerra como la comprendía, como la había leído; grande, noble, heroica, épica! ¡No... no! Aquello que había pasado no era ni una sombra ni una parodia, no ya de los combates clásicos de la antigüedad, ni de las batallas legendarias de Europa, pero ni siquiera de las habidas recientemente en las revoluciones que ensangrentaban la patria! ¡Oh, y sin embargo reconocía toda la barbarie trágica de la catástrofe! El número de muertos y heridos había sido relativamente enorme. Pensó en ellos, los pobres, abandonados inicuamente en el monte silencioso, retorciéndose, gritando, blasfemando en la sombra; contemplando muertos de sed, con sus ojos de moribundo, cintilar las estrellas en la fría desnudez del cielo! Se estremeció de horror y trató de apartar de su mente la fatídica visión de aquellos infelices; pero no pudo; su cerebro calenturiento y exitado por la debilidad y la fatiga, le delineó en plena vigilia escenas sangrientas, con todo el horror negro de la pesadilla. Formósele un nudo en la garganta y tuvo miedo. Miedo de la sombra, de la noche, de los vagos rumores que ascendían del fondo del valle, de sus pensamientos, de su conciencia, de su mismo ser... ¡miedo de todo! Era un principio de demencia en su organismo débil, un pavor invencible, algo como el *delirium tremens*.

Fuè una hora de angustia mortal y de horrible congoja. Al fin la reacción lo postró y durmió profundamente. Le despertó un rumor de voces à su lado. Eran el teniente y el cabo de cuarto que hablaban vivamente.

—Pero... ¿estás seguro? porque, creo que el miedo que tienes es más que otra cosa.

—No, mi teniente, ponga Vd. cuidado.... ¿no oye Vd.?

El teniente callò prestando el oído para distinguir los lejanos rumores y sin duda oyó algo porque conmovido dijo à Miguel:

—Mire, Mercado, váyase con el cabo, allí junto à aquel centinela, à ver si distingue bultos... ya sabe, mucho cuidado, nada de *quien vive*, sino que hacerle fuego al momento.

El oficial siguió al cabo, tropezando con las piedras, sin ver adelante de sí más que las vagas sombras de los árboles y de las rocas; cerca del centinela, trató de explorar con la vista el monte y contuvo el aliento para escuchar mejor, y con secreto espanto creyó oír rumores confusos como de pasos y voces.

Cerca de diez minutos permaneciò allí inmòvil, con los ojos fijos en las tinieblas, temblando involuntariamente à medida que aquel vago ruido aumentaba y se precisaba.

Y no le cupo duda, se acercaba gente porque no podía ser otra cosa.

Fuè à dar parte y su superior inmediatamente despertó à los soldados que dormían, les mandó cargar las armas, formándolos en una fila à través del camino; èl se colocó en el lado derecho y Miguel en el izquierdo dando orden à los tres centinelas avanzados, de que en el momento en que viesan al enemigo, se reuniesen à ellos.

Todos de pié, temblorosos, esperando con angustia en medio de las tinieblas el ataque nocturno de aquel enemigo andaz que revestía en esos instantes á sus ojos formas titánicas, permanecieron mirando hácia atrás como para buscar el camino de la retirada.

De pronto se precisó de tal manera el ruido de los que se acercaban, que se reconocieron perfectamente, toses, risas y palabras sueltas.

¡Aquello era inaudito! ¡Ni siquiera el honor les hacía de guardar silencio al aproximárseles! ¡Tan seguros estaban de su triunfo que se acercaban riendo y charlando como si fueran a un paseo!

—¡Apunten, apunten con cuidado! ¡Allí vienen, allí vienen!

Todos apuntaron sin ver nada, nerviosísimos é inquietos... algunas sombras aparecieron en la parte baja del camino... el teniente gritó:

—¡Fuego! é hizo fuego con su carabina oyéndose terriblemente en el inmenso silencio de la noche la dilatada detonación de una descarga cerrada.

Inmediatamente levantóse una gritería espantosa en los que venían, que retrocedieron.

—¡No tiren... no tiren! ¡Somos de Guaymas! ¡Del Coronel Torres!

—Avance el Coronel Torres ó volvemos á hacer fuego!

—Señor, viene á retaguardia de la columna.

En aquel momento se oyó el toque consolador de *atención, parte y rancho*, la contraseña de aquella columna, y ya se dejó avanzar á los recién llegados.

XVII.

El coronel Torres después del fracaso de su ataque sobre el pueblo, diezmadas sus fuerzas comprendió que ya no tenía objeto su posición del otro lado del valle y determinó incorporarse con la fuerza del General Rangel poniéndose á sus órdenes.

Sin pérdida de tiempo esa noche acometió la temeraria empresa rodeando por los cerros, á riesgo de ser sentido y atacado en su peligrosa marcha por el enemigo que lo hubiera aniquilado en los cordones de la sierra.

Pero, ó los correos que en la tarde mandó al general no llegaron, ó este descuidó mandar advertir la llegada de esta fuerza, el caso fué que se le recibió á tiros por la avanzada que cubría el camino.

Allá en el campamento la alarma fué espantosa; todosse echaron sobre sus armas levantándose precipitadamente en el mayor desorden y gritando por todas partes en medio de la confusión.

—¡Orden...! ¡Orden...! ¡A formarse! ¡Apaguen las fogatas!

Se apagaron instantaneamente; los heridos se incorporaron con los rostros lívidos; un oficial del 11º, aquel de los bigotazos de corsario que decía que el ataque sería cuestión de dos horas se levantó temblando ligeramente, pero dispuesto á todo.

—¡Nos dieron el alvazo compañero, prepare su arma!

Todos de pié, temblorosos, esperando con angustia en medio de las tinieblas el ataque nocturno de aquel enemigo andaz que revestía en esos instantes á sus ojos formas titánicas, permanecieron mirando hácia atrás como para buscar el camino de la retirada.

De pronto se precisó de tal manera el ruido de los que se acercaban, que se reconocieron perfectamente, toses, risas y palabras sueltas.

¡Aquello era inaudito! ¡Ni siquiera el honor les hacía de guardar silencio al aproximárseles! ¡Tan seguros estaban de su triunfo que se acercaban riendo y charlando como si fueran a un paseo!

—¡Apunten, apunten con cuidado! ¡Allí vienen, allí vienen!

Todos apuntaron sin ver nada, nerviosísimos é inquietos... algunas sombras aparecieron en la parte baja del camino... el teniente gritó:

—¡Fuego! é hizo fuego con su carabina oyéndose terriblemente en el inmenso silencio de la noche la dilatada detonación de una descarga cerrada.

Inmediatamente levantóse una gritería espantosa en los que venían, que retrocedieron.

—¡No tiren... no tiren! ¡Somos de Guaymas! ¡Del Coronel Torres!

—Avance el Coronel Torres ó volvemos á hacer fuego!

—Señor, viene á retaguardia de la columna.

En aquel momento se oyó el toque consolador de *atención, parte y rancho*, la contraseña de aquella columna, y ya se dejó avanzar á los recién llegados.

XVII.

El coronel Torres después del fracaso de su ataque sobre el pueblo, diezmadas sus fuerzas comprendió que ya no tenía objeto su posición del otro lado del valle y determinó incorporarse con la fuerza del General Rangel poniéndose á sus órdenes.

Sin pérdida de tiempo esa noche acometió la temeraria empresa rodeando por los cerros, á riesgo de ser sentido y atacado en su peligrosa marcha por el enemigo que lo hubiera aniquilado en los cordones de la sierra.

Pero, ó los correos que en la tarde mandó al general no llegaron, ó este descuidó mandar advertir la llegada de esta fuerza, el caso fué que se le recibió á tiros por la avanzada que cubría el camino.

Allá en el campamento la alarma fué espantosa; todosse echaron sobre sus armas levantándose precipitadamente en el mayor desorden y gritando por todas partes en medio de la confusión.

—¡Orden...! ¡Orden...! ¡A formarse! ¡Apaguen las fogatas!

Se apagaron instantaneamente; los heridos se incorporaron con los rostros lívidos; un oficial del 11º, aquel de los bigotazos de corsario que decía que el ataque sería cuestión de dos horas se levantó temblando ligeramente, pero dispuesto á todo.

—¡Nos dieron el alvazo compañero, prepare su arma!

¡Ca....nallas de tomochis!

Castorena que era el que estaba cenando cerca de él, tomó vivamente una botella à medio vaciar y echò un gran trago; iba luego à preparar su arma, pero un capitán llegó diciendo:

—A sus puestos, à sus puestos; es la columna del coronel Torres.

Afortunadamente no produjo ningun efecto la descarga y avanzó hasta el campamento la fuerza.

Eran poco más de 200 hombres pues el 24º y el 11º habían sido completamente destruidos.

Volvióse à restablecer la calma y Miguel ya tranquilo tornó à su meditación, sentado al pié del árbol, y como el teniente habiendo agotado todos los medios posibles para no dormirse, determinó que vigilase media noche y la otra media noche la haría él; mientras dormía se puso à pasear al par que continuaba en su imaginación el soliloquio.

Y hasta entonces pensó en Julia con un sentimiento indefinible, vago, dulce y melancólico.

Se preguntó si era amor aquello y no pudo contestarse.

Espíritu vasto, había leído novelas romanticas de Víctor Hugo y realistas de Zola y no pudo clasificar su afección. En verdad que la había poseído brutalmente, cediendo él à no sabía que feroces instintos que le despertaba la embriaguez; pero ahora que volvía à pensar en ella y se la representaba como era en efecto, hermosa y linda, aquella visión no le producía ni la menor sombra de un deseo. ¿La amaba con ese amor puro, ideal, conque aman à las vírgenes rubias y pálidas, los soñadores?

No, tampoco, ¿ni como amarla así, si conocía la sucia telaraña en que estaba envuelta?

¡Sí, la pobrecita estaba maculada con la deyección lasciva del macho! ¡Oh,....comprendía vagamente que su sentimiento por ella, era como esa atracción, esa afinidad que suelen tener los infortunados de la vida, las víctimas del destino, los desheredados de la suerte, los inmolados de la fatalidad!

Porque no cabía duda que había seres nacidos para el dolor. Sí, la teoría del sino, de la estrella, de los antiguos, desechable por completo en la forma, era una verdad amarga en el fondo.

Y si no, allí estaban los principios de la ciencia, las últimas palabras de la medicina.

Pensó en Lombroso, en el atavismo, en el medio....sí....los seres debiles, los enfermos deben morir y si viven deben en el mundo desempeñar el triste papel de víctimas! ¡Eso era fatal!....Había encontrado à Julia casualmente y al momento, en su actitud, en sus palabras, en todo, había visto un desgraciado, un infeliz que solo pedía un poco de ternura para su alma ardiente y amorosa y la había amado con ese extraño amor que no podía definir.

Permaneció cavilando hasta que le tocó à su vez dormir, en tanto que el teniente vigilaba.

El día 21 en la mañana debían ser trasportados los heridos para Guerrero con una pequeña escolta del 5º Regimiento y con viveres para dos días.

Miguel se despidió de sus amigos, muy conmovido.

Vió que el capitán Molina estrechaba silenciosamente la mano del teniente coronel, à quien había entregado su reloj de oro y un paquete de billetes de banco que debía remitir à su esposa en caso de que lo mataran. Despues hablaron algunos momentos lamentando la suerte del ba-

tallón, lanzado al combate con tan poco tino, diezmado después por la dispersión y la muerte en el desquiciamiento de la derrota.

El capitán había hecho en ese cuerpo su humilde carrera, y como era soldado por vocación le podía en el alma el inaudito desastre.

—Señor, á mí lo que más me preocupa es la desesperación del coronel, cuando sepa.... porque tiene que saberlo al fin y al cabo.

—No,—le contestó Villedas—yo le pondré nada más en el telegrama: “encuentro el 20 con el enemigo, tantos muertos, tantos heridos y nada más.”

Partió el convoy de heridos abandonando el campamento envuelto en una atmósfera de tristeza y de abatimiento.

El general modificando su plan de ataque había decidido vivaquear con la fuerza sobre el cerro de “La Medrano” que se alzaba casi á pico á la derecha del pueblo; desde su cima podría hostilizarse con un buen tiroteo al enemigo, impunemente. Además, para la pequeña pieza de artillería presentaba ese punto las mejores condiciones.

Lo grave era, que no formando parte de los que completaban la circunferencia del valle, se alzaba aislado de aquellos. Era, pues, preciso bajar al valle y atravesar la llanura para subir á él, y si el enemigo se apercibía de aquello podía muy fácilmente impedir su ejecución.

Se mandó formar á las diferentes fracciones con sus respectivos oficiales, refundiendo las dos Compañías del 9º en una sola, por lo mermadas que estaban.

Los *pimas* y *navojoas* constituyeron la vanguardia, después seguían el 9º y el 11º y los restos insignificantes del 12º y el 24º. “Seguridad Pública” que sólo era un estorbo

para todo, cerraba la retaguardia con algunos ginetes del 5º y los auxiliares de Chihuahua.

La piecésita, como siempre, iba en el centro de una escolta del 9º. Las municiones de boca y guerra con otra escolta de ese cuerpo cerraban la columna.

Esta se puso en marcha tomando por los cerros de la derecha, hasta que el mismo de la Medrano ocultó á la vista el pueblo; entonces descendió al llano destacando al frente y flancos tiradores que protegiesen la marcha; pero afortunadamente el enemigo encerrado en las casas no pudo ó no quiso oponerse y se subió por la espalda al cerro, en cuya cima se acampó muy fácilmente, quedando á cubierto de todo ataque, y completamente invisible para el enemigo.

Era aquello como una fortaleza inexpugnable, desde donde se observaba el pueblo á menos de 600 metros.

Pecho á tierra, tras los árboles y las rocas se tendieron soldados que se relevaban durante el día, para que apuntando con la mayor calma hicieran fuego sobre los que se atreviesen á salir de las casas ó sobre los que se vieran en la torre de la iglesia.

Aquel sistema debía en efecto dar mejores resultados que un ataque decisivo. Así fué, que todo el día se escuchó sin interrupción un tiroteo lento pero molestísimo para los tomochitecos sitiados en sus mismas casas.

Allá, de la torre, se dignaba contestar de cuando en cuando la guerrilla establecida, comprendiéndose que trataba de economizar todo lo posible las municiones.

Del cerro de la Cueva, que quedaba al frente y sobre la izquierda de la posición, al otro lado del Valle, á poco más de 900 metros, partían también algunos proyectiles,

que describiendo enorme parátola descendían silvando sobre el cerro.

El cañón establecido en la más alto, tras un parapeto natural que protegía muy bien á los sirvientes, saludó corientemente al enemigo, enviándole algunas granadas que estallaron en el fondo de las casas.

Vagaban por el llano y la falda del cerro, algunas reces azoradas, pertenecientes al enemigo y se mataron algunas para la distribución de grandes raciones de carne, que con la harina que se repartía, formaba el único alimento.

Los oficiales, que también recibían carne y harina, mandaban hacer tortillas á las mujeres de la tropa, que nunca como entonces fueron tan útiles, pues ellas traían leña que por otra parte abundaba y agua, operación fatigosísima, pues había que descender por las pendientes escabrosas de la derecha del Cerro, al pié del cual por ese lado, pasaba el río; encendían el fuego, asaban ó freían la carne en su misma grasa y echaban tortillas con la masa de la harina.

Había que verlas desgarradas y sucias subir jadeantes, hollando con sus "huaraches" la roca viva, agarrándose para no caer de las ramas de los pinos, jurando y maldiciendo de su perra vida, pero sometiéndose al fin á su condición de bestias.

Al caer la tarde, los oficiales del 9º se reunieron para comer juntos, presidiendo los capitanes que quedaban, Tagle y Molina; éste como siempre tratando de animar la conversacion y dándole á los demás esperanzas de éxito y de revancha.

Le escuchaban atentamente devorando la carne asada y las blancas tortillas; y al fin, sucedía que la conversaci6n

recaía sobre los sucesos del día anterior.

Decían que el General estaba indignado por el comportamiento del 9º del que no esperaba que retrocediese de la manera que lo había hecho, y Castorena aseguró que en la noche había oído por casualidad algo de una conversaci6n de él con el coronel Torres, al que refiriéndole el suceso decíale el General:

—Pero, coronel, figúrese Ud. que no corrían como borregos sino como borregas! Los oficiales del Colegio, muchachitos inexpertos.... la tropa bisoña!....

El Capitán Molina frunció el entrecejo y temblando ligeramente por la cólera.

—Es preciso demostrar que valemos algo, muchachos —dijo— ya veremos.... ¡ah! pero si alguno tuvo la culpa de la derrota no fuimos nosotros.... aquí las responsabilidades son.... pero comprendiendo que obraba mal con aquello que la ordenanza llama murmuraci6n, guardó silencio.

—Pero aquí lo que nos amuela es el número tan grande de desertores que hemos tenido. Eso es muy grave—dijo un teniente poniéndose muy serio.

Miguel entonces tomó parte en la conversaci6n exaltándose mucho.

—Aquí pasa una cosa, dijo, no son desertores los que así los juzga el General, sino dispersos. Hay mucha diferencia. Además, desertores ó dispersos no son tantos en realidad. Son más los muertos porque ¿qué sabemos de todos los que han muerto? En la lista de ellos nada más se han apuntado los que hemos visto ó los que han visto algunos que han dado parte.... pero, ¿no habiéndose levantado el campo, puede saberse á punto fijo cuantos fueron los muertos, cuantos los heridos, cuantos los dispersos y

cuantos los desertores? Ah! y estoy seguro que en el parte se asentarán con aplomo cosas como esas, muy falsas, si muy falsas!

En aquel momento el corneta de órdenes del general tocó "llamada de honor" para que se reuniesen los oficiales.

Era con el objeto de nombrar los *rondines* que debían en la noche recorrer el campamento para vigilar las centinelas y las parejas avanzadas. En la orden del día que se leyó despues de la lista de retreta, á las seis de la tarde, se previno fuese hecho el servicio nocturno con la mayor exactitud.

De nueve á diez de la noche hizo Miguel el rondin que le correspondía, visitando pareja por pareja, teniendo á cada paso que tropezar con las piedras y las escabrosidades del cerro.

En el campamento de los *pimas* supo, oyendo por casualidad algunas palabras de una conversación, que en la mañana había sido fusilado el viejo que traían prisionero de Pinos Altos, el supuesto San José.

El día 22 pasó sin que aconteciera ningún incidente notable. Los tiradores emprendieron su fuego lento desde la madrugada, impidiendo que en el pueblo nadie saliese.

El cañón de cuando en cuando y como por vía de distracción del General y el Doctor de la Brigada que era muy afecto al tiro al blanco, lanzaba granadas que iban á incrustarse en los duros adobes de las casas, abriendo enormes boquetes entre grandes nubes de polvo.

Cuando hacían algunos buenos tiros no podían menos de echarse una copa de coñac, con gran desesperación de Castorena que no encontraba con todos sus billetes un solo trago de sotol.

Se comprendía que el enemigo estaba muy quebrantado y que también había experimentado grandes pérdidas, pues se mantenía á una defensiva absoluta esperando únicamente ser atacado en su misma casa para venderse muy caro.

A veces manifestaba crisis de cólera pues repentinamente descargaba una lluvia de balas sobre lo alto del cerro; sobre todo, despues de cada tiro de cañón, con la esperanza, sin duda, de poder suprimir algunos de los sirvientes.

La cima del Cerro de "La Medrano" ofrecía á las fuerzas federales considerables ventajas, pues era una gran meseta, muy amplia y defendida por naturales rebordes que formaban utilísimos parapetos. Desde la parte mas alta de ella se dominaba todo el valle y se veía extenderse al pié del cerro, el cañón de Tomochic, en cuyo extremo sur levantaba la iglesia su vieja torre, desde la que el enemigo, de cuando en cuando, enviaba algunas balas que pasaban muy alto, silvando sobre las cabezas que bajaban instintivamente los soldados.

El río se veía brillar y convertirse en espejo de fuego á los rayos del sol, que inundaba aquel gigantesco anfiteatro de montañas, dentro del que se preparaban á tremenda lucha un puñado de valientes sublimes que hacían de su querido Tomochic una segunda Numancia.

En primer término, en lo mas alto y frente al pueblo se hallaba abecado el cañoncito al que custodiaba una guardia de veinte hombres; en seguida se encontraba el campamento del 12º y 24º batallones; despues el del 11º. El del 9º estaba en el centro de la meseta y cerca de la única parte accesible del cerro, es decir, en el único punto peligroso, pues desde la salida de Guerrero se daba á aquel batallón

el mas pesado y peligroso servicio, el cual era hecho à despecho de la tropa y oficiales de otros cuerpos, con mucha exactitud.

Y era que el batallón formado de oficiales jóvenes, entusiastas, bastante instruidos y valientes, educados en la disciplina y estudio del Colegio Militar, estaba muy bien disciplinado, en tanto que los otros que llevaban años de vivir en el desierto, no reunían tan preciosas condiciones.

Tras del campamento del 9º batallón, seguía el de los *pinas* y *tarahumazas* y tras este, el de los nacionales de Chihuahua, terminando esta serie de campamentos con el de Seguridad Pública del Estado, pelotón de hombres mal armados sin instrucción militar y pésimamente mandados.

En cuanto al piquete del 5º Regimiento, había emprendido la marcha hacia Guerrero conduciendo cinco oficiales y treinta y tres soldados heridos.

El día 23, comprendiendo el general Rangel, que los tomoches se habían reconcentrado en la iglesia y el núcleo de casas que rodeaban al *cuartelito*—así llamaban los soldados á la casa de Cruz Chávez—y habían abandonado las situadas en los extremos, ordenó que cautelosamente bajaran algunas partidas del 12º, 11º y 24º batallones, para prenderles fuego é ir acorralando al enemigo poco á poco hasta vencerlo por hambre.

Así lo efectuaron, sin encontrar resistencia alguna.

Entraron á ellas, robando cuanto encontraron; arrojando petróleo del que fueron provistos y poniéndoles fuego en seguida.

Y entonces, allá, en el extremo del valle, aquellas chozas aisladas principiaron á arder, alzándose de ellas, negras columnas de humo, manchando como un sucio bor-

ron, la limpidez del cielo azul.

Los soldados regresaban al campamento, cargados con cerdos, gallinas, ropa, instrumentos de música, monturas de las arrebatadas al 5º Regimiento y toda clase de objetos portables de algún valor.

Todo el día duró aquella operación y fué en la noche un espectáculo tristísimo, ver sobre el mar de sombras del valle, las hogueras rojizas de las casas incendiadas alzando en las tinieblas sus pénachos sangrientos.

En la tarde, los tiradores apostados en la cima vieron con gran sorpresa desprenderse de la casa de Cruz un hombre que á todo correr se dirigía al cerro. Al principio hicieron fuego sobre él sin lograr herirlo; pero habiéndose ocultado tras unos arbustos, reapareció llevando en la mano una vara en cuyo extremo ondeaba un pañuelo blanco; entonces suspendieron el fuego creyendo que era un enviado del enemigo que evidentemente se rendía; pero al llegar á la falda, fué de la torre de donde tuvo que ser blanco del fuego; después desapareciendo entre las rocas, dejó perplejos á todos.

Al fin llegó al campamento, sudando, muy fatigado; iba descalzo y sin sombrero, vestido con una camisa sucia y desgarrada y unos viejos pantalones que llevaba arremangados. Era un hombre viejo y flaco pero parecía muy animoso y decidido. Había acompañado al General Rangel el 2 de Septiembre y había sido hecho prisionero. El día 19 de Octubre, Cruz le propuso tomar las armas, y lo hizo con la esperanza de fugarse, lo que había verificado jugando su vida. El general le interrogó largamente.

Traía noticias tranquilizadoras. El enemigo había perdido la mitad de su gente. Cruz Chavez estaba desmoralizado y los víveres escaseaban.

Aquellas noticias cayeron como una lluvia consoladora y fresca en los ánimos, y la hermosa esperanza del triunfo animó á los soldados que creyeron que al día siguiente comerían pollo en el pueblo de Tomochic, cuyas casas miraban arder silenciosamente entre inmensa negrura de la noche.

Los oficiales, paseaban por el campamento, en corrillos de tres ó cuatro, fumando muy contentos y comentando y repitiendo lo que el fugitivo contaba.

Castorena, que había obtenido del Doctor Arellano, un trago de tequila á cambio de una improvisación poética, explicaba la situación en que el enemigo se encontraba á Miguel que le oía en silencio.

Le contaba que los Medrano habían muerto, los Calderón también, Manuel Chávez estaba herido de gravedad, así como cuatro ó cinco de los cabecillas que se curaban en casa de Chávez.

Sólo en el cerro de la Cueva, estaba intacta la fuerza de Pedro Chaparro. Aquel punto tenía gran importancia, pues por su flanco izquierdo tenía inmediatamente el pueblo, dominando, sobre todo, la iglesia que se hallaba cercana; además, era la puerta de la única línea de retirada que quedaba; así es que Cruz, comprendiéndolo, tenía ocupada muy sólidamente su altura.

Había cerca de 20 hombres ocupando la iglesia donde estaban refugiadas todas las familias, y otros 20 en el *cuartelito* ó casa de Cruz, donde estaban las familias de sus hermanos, de los Medrano y la de Bernardo.

Los víveres escaseaban mucho, pues no podían salir á recoger maíz, frijol, papas, ni grano alguno de sus siembras por no ser cazados.

Los ganados andaban dispersos lo mismo que los cerdos y gallinas; pero sobre todo, lo que más les molestaba, era la falta de agua, de la que sólo en la noche se proveían.

Los disparos de la pieza, poco ó nada les importaba, pues su pequeño calibre hacía que sólo abriesen grandes boquetes en las paredes de las casas vacías, matando al estallar la granada, una que otra gallina, en tanto que las demás asustadísimas, cacareaban corriendo por todos lados, entre negras nubes de polvo y pólvora.

Chávez había mandado en las noches recoger sus muertos enterrándolos con miles de ceremonias y procurando ocultarlos á sus subordinados.

Mantenía viva la esperanza de la victoria en el pueblo, haciendo creer que estaba cercano el día de la venganza, pues los muertos, como Nuestro Señor Jesucristo, resucitarían al tercer día y vendrían de nuevo á tomar las armas.

Visitaba todas las noches los prisioneros llevándoles agua y maíz tostado, y después de hacerles rezar con las cabezas bajas, los dejaba en la paz del Señor. Quería ser genroso y clemente y les perdonaba la vida, porque decía que era gran crimen y pecado matar á un inerme, así como acción meritoria hacerlo en leal combate. Animaba también con viril palabra á las mujeres que lloraban consternadas, sin comprender nada de aquella terrible agresión de un extraño enemigo.

A los niños les hablaba de valor, de nombradía y de odio para los hijos de Lucifer ó sean los impíos defensores del Gobierno que trataba de oprimirlos.

Y mientras estas cosas le refería Castorena, sentados ambos oficiales ante una fogata en que un cabo les asaba sus raciones de carne, Mercado absorto pensaba en Julia con una tierna solicitud....

¡A h! ¿qué sería de la desdichada cuando ardiera todo el pueblo?.....

XVII.

Al romperse la alborada de el día 24, el cañon apuntando á la iglesia, hizo su saludo de ordenanza en el momento en que formaban extraña sinfonía los cornetas de las diferentes fracciones, tocando la diana.

Poco después volviéronse á desprender partidas de todos los cuerpos, excepto del 9º, bajando á las cercanías del pueblo ocupando las casas, saqueándolas antes de prenderles fuego, y volviendo con el botín.

Miguel, que ese día daba en lo más alto del cerro la guardia de la pieza, contempló tras del parapeto el espectáculo del incendio. Aquello era horrible. El enemigo debía contemplar también la obra de destrucción; pero permanecía tranquilo y estoico esperando que fuesen á acometerlos en sus puestos.

Solamente del cerro de la Cueva en cuya cima flotaba una bandera roja partían algunas balas, que por lo alto de su cabeza Miguel oía silbar fatídicamente. ¡Le parecía increíble que aquel puñado de hombres sin ningún conocimiento de la táctica, hiciesen emprender á las fuerzas federales, mucho mayores en número, una campaña en toda forma, habiéndolas derrotado las más veces!

En la noche supo Miguel que el General había decidido que se tomara el cerro de la Cueva, y se había nombrado al ayudante del 24º, Fuentecilla para acometer la empresa; pero al fin no fué á él sino al capitán Francisco

Manzano, del 11º á quien se encargó de tan arriesgada operación quien con 70 hombres de dicho cuerpo se desprendió sigilosamente del campamento para ir á sorprender el punto designado. Pero sea que no comprendiese la orden ó que no pudiese obedecerla, no marchó por el camino designado, sino intentó dar un gran rodeo para llegar por la espalda del enemigo, por lo que colérico el general lo mandó devolver, tocándole con su corneta de ordenes *atención, media vuelta y diana*, toque que rompió lúgubremente el silencio de la noche, despertando á la tropa.

Los oficiales de *rondin*, previnieron á las parejas que bordeaban el campamento que no hicieran fuego á la fuerza del 11º que volvía sin haber logrado sorprender al enemigo.

El capitán Molina nombrado de *vigilancia*, observó la llegada de esta, y cuando se instaló en el campamento se dirigió á un subteniente diciendole:

—Pero, hombre compañero, qué les pasó que los hicieron volver.

—No, mi capitán, el general pide imposibles, ni con 1,000 hombres se toma ese cerro; figúrese vd. . . . si nos han sentido nos despedazan.

—¿Dónde está el general, compañero? preguntó el capitán.

—Lo acabamos de dejar allá arriba con el doctor, todavía no se acuesta y ya son más de las doce.

Era en efecto ya muy entrada la noche, pero el general dormía poco y además se hallaba exitadísimo y mal humorado.

Estaba conversando en su tienda con el teniente Marquez, de su estado Mayor, y el Doctor que disertaba sobre lo conveniente de un ataque decisivo sobre el pueblo.

El capitán entró á la tienda y pocos momentos después,

salió.

—No hay novedad, mi capitán, le dijo respetuosamente un oficial que rondaba por el campamento silencioso.

—Gracias, compañero, tengame mucho cuidado con esas parejas—le contestó perdiéndose entre las sombras, tropezando con las peñas y saltando por entre los soldados dormidos al aire libre.

El día 25, inmediatamente después de la diana formó con sus armas la compañía del 9º compuesta solamente de 78 hombres, pues 30 formaba la escolta del parque.

El capitán pasó una revista minuciosa de armas y municiones completando las que faltaban y asegurándose si estaban listas aquellas, y después de dividir en tres pelotones, mandó *por el flanco derecho deblando*, hileras á la derecha, y bajó sin decir una palabra más por la pendiente pedregosa y dura del cerro.

Era una mañana espléndida; el sol aún no aparecía en el horizonte brumoso; pero ya las crestas de los cerros mas altos se coronaban de fuego en tanto que una brisa fresca y ligera barría lentamente los girones de neblina que flotaban sobre el río.

Los soldados, sin capote, desgarrados y sucios, bajaban en silencio, tiritando de frío, con las armas suspendidas del hombro.

Al descender saltando por las peñas, Miguel gozoso de estirar las piernas después de cuatro días de inacción, confiado, ignoraba donde iba y sólo se imaginaba que debía ser á mejor parte á donde los conducían.

Cuando llegaron al llano y avanzaron algún trecho, después de hacer alto, el capitán mandó:

—¡Compañía, columna de compañía!—¡Marchen!

Cuando estuvieron las tres secciones una trás de otra mandó con voz firme:

—¡Al orden de combate!—¡Marchen!

La primera sección avanzó á su frente dispersándose los hombres en tiradores, las otras permanecieron á retaguardia siguiendo el movimiento de la primera; después mandó pecho á tierra.

En aquel momento frente á ellos sonó una detonación, y una bala pasó silbando á tres metros de altura.

Todos comprendieron entonces de lo que se trataba.

El capitán en pié, con la cabeza alta, apoyada la mano izquierda sobre el cañón de su carabina, señaló con el dedo índice de la derecha, la silueta gigantesca del cerro de la Cueva, y dijo:

—Vamos á tomar ese cerro, todos nos van á ver y verán como combate el noveno....subimos como podemos—nadie da media vuelta porque el que lo haga lo mato! Ya lo oyen, señores, autorizo á cualquiera á matar al que dé media vuelta—aunque sea yo!—¡Armen, armas!

Se oyó el ruido seco del acero de las bayonetas al ajustarse á los cañones de los fusiles y hubo después un profundo silencio. Volvieron á silvar las balas, el capitán se caló la carrillera del kepi y gritó:—¡Primera sección, de frente, al paso veloz!—¡Marchen! y los hombres se precipitaron á todo correr, con las armas embrasadas, fija la vista en la cima del cerro que se coronó al momento con el humo de una terrible descarga; las otras secciones en el mismo orden siguieron á la primera y fué un admirable espectáculo, el verlos á la carga alineados como en una parada, recibiendo horrible granizada de balas, á dos fuegos, pues bien pronto estuvieron á la vista de la torre

que quedaba al frente, sobre la derecha y que entonces no economizó sus municiones... lo asaltantes sin cejar en la carrera, en pleno llano avanzaban por un terreno barbechado que los fatigaba atrozmente.

Un soldado del ala izquierda cayó de espaldas con el pecho atravezado, mientras otro herido en una pierna seguía no obstante á grandes saltos aullando ferozmente. Miguel ya no veía nada delante de sí, extraña nube blanca le cegaba y en los oídos sentía horribles truenos de los que claramente distinguía aquel silbar de las balas que en mortíferas ráfagas pasaban á su lado. Las piernas le flaqueaban y sentía en el pecho espantosa opresión... sintió asfixiarse y morirse... ¡un momento de descanso! pero no... oyó la voz del capitán que gritaba:— ¡Adelante, adelante! —¡el que se atrasa se muere! y continuó sin darse cuenta, como llevado por sobrenatural poder; oyó un grito de agonía á su lado y un soldado en el suelo le obstruyó el paso, saltó sobre él sin verlo y continuó la vertiginosa carrera. Bien pronto la torre desapareció tras las primeras lomas de que arrancaba el cerro, y al fin entrando bajo el ángulo muerto de la línea de tiro, gritaron:

—“Pecho á tierra!”... ¡Oh! ya era hora!... ¡qué oasis!... ¡qué fruición aquel descanso!... algo así como un jarro de agua fría para un febril sediento!

Miguel arrojó á un lado su carabina y respiró con toda la fuerza de sus pulmones. Pero el capitán pasados algunos momentos, mandó levantarse y subir por la pendiente del cerro, mandando cargar las armas.

El combate entonces tomó una nueva faz, pues á través de los arbustos y las rocas que erizaban la pendiente que subía al cerro, nutrida granizada batió á los primeros que

avanzaron paralizando la línea de tiradores.

Evidentemente que había que subir con mucha precaución, pues el enemigo que había descendido de la cima para batirlos en la falda, tenía inmensas ventajas sobre ellos; así es que el avance, á partir de aquel instante, fué más lento, teniendo los tiradores que ir ocupando árbol tras árbol y roca tras roca, necesitando para eso que los oficiales y el valiente capitán desarrollasen toda su energía para con la tropa cuyo primer impulso estaba muy debilitado y los soldados vacilaban atemorizados ante el enemigo invisible que los diezmaba.

—¡Entren... entren! ¡Suban! ¡arriba... á ellos!—gritaban los oficiales enronquecidos, en tanto que el capitán Molina, apelaba á todos los medios imaginables para infundir ánimo y proseguir el ataque.

—¡Viva el noveno batallón!... ¡Nos está mirando el once! ¡Arriba muchachos!—mandó tocar ataque, y mientras entre el ruido sordo de las detonaciones, vibraban claras y sonoras las notas de la corneta, él, ébrio de entusiasmo, al ver que se animaba la gente, proseguía gritando:

—¡Otro empuje y llegamos hasta ellos, á la balloneta! ¡Adelante muchachos!—y se lanzó adelantándose magníficamente con la carabina en alto, arrastrando tras él á todos los que lo veían, electrizados con aquel arranque de supremo heroísmo.

Al fin, principiaron á ver en lo alto los perfiles de los terribles *tomoches* haciendo fuego tras los árboles, batiéndose en retirada hacia la cima del monte.

Volviéron asimismo á oír entonces sus gritos de guerra, extraños y feroces:

—¡Viva el gran poder de Dios! ¡Viva María Santísima!

¡Muera Lucifer!—aullaban entre los árboles, distinguiéndose apenas sus terribles figuras entre el humo espeso y exitante de la pólvora que envolvía en sus nubes las altas copas de los pinos y las ásperas peñas del cerro.

—¡Entren!—¡Entren!... ¡arriba!—repetían los oficiales, tras de los árboles, con la garganta seca y los ojos saliendo de las órbitas. De cuando en cuando, un hombre caía rodando, ensangrentando las piedras, el kepí por un lado y el fusil por otro, sin que los compañeros cuidaran de él, sin que lo notasen siquiera, atentos por instinto á la conservación del *yo*, en aquel arriesgado combate.

El orden y el alineamiento de los soldados se había naturalmente perdido; las secciones de retaguardia se habían fundido con la primera y se caminaba hacia arriba en una sola línea ondulante, según los accidentes del terreno.

El capitán iba del centro á los flancos, empujando, gesticulando y dando valor á la gente.

Miguel que marchaba en el ala izquierda, había recordado el aliento, y hacía fuego con su carabina, tratando de cazar á lo lejos un hombre, cuyo gran zarape rojo le presentaba, cuando al hacer fuego tras un montón de piedras, se descubría un buen blanco.

Le llamaba sobre todo la atención, una vocecilla particular, como de niño, que gritaba á su frente:

—¡Viva María Santísima! ¡Mueran los hijos de Lucifer!

Continuaron trepando cada vez más alentados, pues minoraba el fuego del enemigo, cuyos primeros cadáveres fueron encontrando.

Aquellos valientes morían acribillados á balazos, apenas eran descubiertos tras el terreno escabroso y abrupto.

El fuego llegó á cesar casi por completo, y sólo allá, en

el ala izquierda, oía Miguel algunos disparos á su frente, y más cercana la vocecilla aquella que gritaba ya más débil.

¡El gran poder de Dios nos valga! ¡Viva María Santísima!

Un soldado entonces exclamó, señalando un grupo de peñascos:

—¡Allí... allí está... apúntenle todos! y apuntó; pero antes de poder hacer fuego, cayó el fusil de sus manos hechas pedazos por una bala que le desgarró también el capote; lanzó un aullido tremendo; algunos, cerca de él, dispararon, pero otro hombre cayó muerto, y se elevó tras el grupo de rocas la voz tipluda del indomable adversario, cuya carabina asomaba su cañón entre las grietas de las rocas.

—¡Viva el poder de Dios! ¡Mueran los *pelones*!

—¡Fuego sobre él! ¡A la bayoneta! ¡Suban por allí!

Miguel llegó jadeante, con su arma preparada, á donde cuatro ó cinco soldados habíanse detenido observando un cadáver.

Boca arriba, con el cráneo y pecho ensangrentados, los ojos abiertos, los puños crispados y una carabina y un zarape rojo al lado, yacía un cuerpo enclenque, el cuerpo de un niño de trece años.

Su faz lívida la contraía la postrer mueca; parecía reír, y enseñaba sus dos filas de blanquísimos dientes, por los que asomaba rojiza espuma.

El combate había terminado; se hallaban ya en la cima del cerro; la torre del pueblo quedaba á la derecha y desde allí partían algunas balas; los soldados se habían echado en el suelo anonadados por la fatiga; otros registraban los cadáveres, quitándoles las armas.

Escuchóse algo debilitado, del campamento de la Medra

no, el toque del corneta de órdenes del General: *alto el fuego.*

El capitán Molina mandó á su vez tocar *diana* á un soldado que recogió la corneta del que la llevaba y que había sido herido y quedó abandonado en la falda del cerro.

Las notas vibrantes de la *diana* resonando entre las últimas detonaciones, de la fatigosa ascensión á la cima, hicieron lanzar gritos de entusiasmo á los soldados extenuados y jadeantes que respiraban con dificultad un aire azufrado y espeso.

Sobre lo alto de un gran pino ondeaba una bandera roja; la que se veía desde el campamento; era preciso quitarla, y algunos, agazapándose, corrieron hácia el punto: pero salió una detonación al nivel del suelo y el cañón de una carabina asomó de la tierra.

—¡Otro! ¡A él! ¡Mátenlo!—gritaron algunos soldados.

Un sargento hizo fuego violentamente sobre él, oyéndose un grito de dolor; algunos se precipitaron calando la bayoneta; pero como partían gritos desgarradores de aquel lugar, el capitán Molina se adelantó gritando:

—¡Eh! ¡Cuidado.... está herido.... déjenlo ya!

Y en aquel momento surgió de la tierra una enorme cabeza melenuda, asomó una carabina, sonó un tiro, y alzando los brazos, de espaldas, cayó el capitán.... muerto.

Entonces los que aquello vieron, se quedaron inmóviles, sin saber que hacer, y derrepente todos á una se arrojaron sobre el hoyo, y allí, como quien caba la tierra, á bayonetazos, despedazaron un cadáver.

XVIII.

Miguel había presenciado aquello en el momento en que trataba de incorporarse el capitán para comunicarle que un soldado del 11º Batallón, llegaba con una orden del general.

Estupefacto, lo vió caer levantando los brazos, sin proferir un solo grito. No pudo moverse y contempló inmóvil y estúpido, la venganza de la tropa, despedazando el cuerpo del matador del capitán....

Pronto todos supieron la noticia que heló de pavor los ánimos.

—¡El capitán Molina ha muerto! Ya mataron al capitán—se decían los soldados.

Al fin el joven oficial se acercó al cadáver y ante él, permaneció un momento.

Su pequeño cuerpo, envuelto en un capote azul, ceñida á la cintura una canana, yacía á lo largo, el rostro moreno contraído por un gesto horrible, sus ojos negros y pequeños, desmesuradamente abiertos lanzando una última mirada al cielo; los brazos extendidos en cruz; del cuello le salía un chorro de sangre, que formaba un gran charco.... la carabina estaba á un lado.

Aun no se desvanecía el humo de la pólvora y aun se oían algunas detonaciones á lo lejos.

Castorena había llegado al grupo que contemplaba el cadáver; tomó el zarape de un soldado y cubrió el rostro

del infeliz Molina.

El capitán Tagle, el único de los cuatro capitanes que sobrevivía, ordenó que se reuniera la fuerza restante.

Su corneta de órdenes tocó *reunión* y los oficiales y sargentos principiaron á reunir la gente.

Había en aquel momento un gran desórden, los soldados en completa dispersión en el cerro y entre los pinos, descansaban en diversas actitudes; algunos cadáveres en horribles posturas yacían al lado de los heridos que se lamentaban tristemente.

—¡A formarse, á formarse!—gritaban los sargentos levantando á la tropa casi á culatazos.

Los desgraciados se levantaban penosamente y con lentitud unos, otros cojeando y apoyándose en sus fusiles se acercaban al punto de reunión.

Solo Mercado y Castorena quedaron; pero al fin dejaron el cadáver al cuidado de un soldado y uno al lado del otro, empezaron á subir hácia el lugar en que la fuerza se estaba reuniendo; derepente Castorena sacudió fuertemente el brazo de Miguel gritándole:

—¡Míralo, míralo—y señaló á unos dos pasos, un montón rojo de miembros, harapos y cabellos, entre sangre y entrañas despedazadas.

Erizáronsele los cabellos á Miguel, y ante aquel cuadro y un olor nauseabundo que se hacía insóportable, mezclado con el de la pólvora, experimentó náuseas. Iba á volver el rostro; pero su amigo con el puño crispado, lo volvió á sacudir diciéndole:

—¡Pero, míralo, hombre, míralo, él lo mató!... lo mató cuando lo iban á salvar... ¡canalla!... ¡míralo!

Al fijarse de nuevo en él Miguel soltó la caratrina abrió

la boca y completamente idiota, con el pensamiento súbitamente cristalizado y el cerebro inactivo quedó un momento.

¡Había reconocido que aquellos miembros sangrientos, aquellos girones de hombre y de tela, eran los de Bernardo.

—Mi subteniente, que le habla á Vd. el capitán,—le dijo un soldado. Miguel volvió á la realidad; su cerebro volvió á funcionar, y sin embargo anduvo maquinalmente, rumbo al punto de reunión, pensando y repitiendo como único pensamiento: ¡Bernardo! ¡el ogro de la casa del río! ... allí muerto hecho pedazos!

Ante la tropa formada en dos filas, en la cima del cerro, estaban los oficiales y un sargento pasando lista.

Otro sargento á un costado, contaba fusiles, carabinas, cartucheras y cananas halladas en el campamento enemigo... sobre una roca, extendido como un manchón sangriento, yacía la bandera roja que ondeaba sobre el pino, ¡aquella bandera roja que había costado la vida del capitán!... Era un guión del 9º, guión que llevaba un cabo que fué muerto el día 20.

Se nombraron secciones de tiradores que ocuparan la derecha del cerro, con el objeto de hostilizar la iglesia del pueblo que por ese lado quedaba al pié.

A Miguel le ordenaron que se situara con diez hombres extendidos tras un relieve del terreno, y allí sentado, quitándose el kepí por el gran calor que sentía, pues ya era poco menos del medio día, trató de poner en orden sus ideas.

Entonces ya pudo saber que habían tenido catorce muertos y once heridos por diez y seis muertos del enemigo. El jefe, el temido Pedro Chaparro, se había escapado

con el resto de la guerrilla, y se había internado sin duda por la sierra; los que habían quedado en el campo eran los verdaderos hijos de Tomochic, que no huían jamás.

Desde allí se distinguía muy bien el pueblo á su derecha.... contempló absorto y conmovido el vasto anfiteatro de montañas; el valle extenso y cubierto de sembrados y milpas, atravesado por la cinta brillante y blanca del río; y en el centro el cacerío de Tomochic, casi al pié del cerro de la Cueva, la iglesia con su única torre y su arruinado convento de jesuitas.... mientras á su frente como una fortaleza de titanes, el cerro de la Medrano erguía su mole enorme, cargando en su espalda colosal, el campamento y el cuartel general de las tropas federales.

De la torre del templo partían de cuando en cuando algunas balas que silvaban sobre las cabezas de los tiradores de Miguel.

El cerro por aquella parte estaba cortado casi á pico, por la que se veía un espantoso abismo, nadie se atrevía á asomarse, y todos tras la cresta de roca solo contemplaban vagamente las lejanías del horizonte, limitado por los cerros del Noroeste.

El oficial se abandonó recostado contra una peña, á sus pensamientos siempre melancólicos.

¡Conque aquel miserable devorador de carne de doncellas, aquel infame que había llevado á su cubil á la pobre Julia, era el asesino del capitán Molina!

¡Ah!.... ¡y ella?.... la virgencita de ojos negros y melancólicos, la que lo había mirado en un instante de ternura y éxtasis con suprema pasión, la que le había abierto toda la noche de una historia dolorosa de eterno sufrimiento, en el breve relámpago de su mirada.... ¿qué se-

ría de ella?.... ¿Estaría allá abajo, esperando tranquila y resignada como siempre, el desenlace del drama de su vida?

Ah! tristezas ignoradas, de la vida; martirios estériles soportados en la sombra; dolores desconocidos, de almas nobles; calvarios sin gloria; infortunios inéditos de gladiadores anónimos!.... Oh Dios, si tu no conoces y premias esto, si la plegaria muda de tanto sufrimiento no te conmueve.... ¿quiénes serán entonces los bienaventurados?

Pugnaba por aparecer una lágrima en los ojos secos y febriles del joven.... en aquel momento pasó algo grave.

Un cabo y un soldado, sentados junto á un pino, cerca del parapeto natural, tras el que estaban colocados, habían encendido leña para asar unos trozos de carne, por lo que desde allí se levantó espesa columna de humo. En el momento en que el cabo en pié, cortaba unas ramas secas del pino y el soldado se iba á incorporar para traer la carne, una bala salida de la torre atravesó el pecho del primero y se incrustó en el cráneo del segundo.... un solo grito se oyó y los dos rodaron, cadáveres, por entre los guijarros de la pendiente.

Los nacionales de Chihuahua y la fracción del 25º llegaron con el objeto de ayudar á llevar los heridos y á ocupar la posición.

Encontraron entre los cadáveres ya en putrefacción sobre el cerro de "Lino" un hombre aún vivo abandonado sobre el campo el día 20. Tenía tres heridas: una en una pierna, otra en un brazo y un gran rozón en el pecho. Alestargado y casi expirante, su primer palabra fué:

—¡Agua!—y como no había no se la dieron, cayendo otra vez en su letargo.

A la una, la compañía que había tomado la posición la abandonó llevando á retaguardia una fagina conduciendo sobre improvisadas camillas todos los heridos; pero no siguieron el mismo camino del que habían tomado en el ataque, sino que para evitar los fuegos de la torre dieron un gran rodeo, siguiendo por las faldas de los cerros que formaban la gran circunferencia del valle.

Llegaron fatigadísimos al campamento á las tres de la tarde, sin haber tomado durante el día ningun alimento.

Recibieron los oficiales mil felicitaciones de sus compañeros por el triunfo obtenido á gran costa. Miguel supo que el general en la cima del campamento, al presenciar el primer esfuerzo de la carga, cuando la línea de tiradores avanzaban en pleno llano al paso veloz, batidas por dos fuegos convergentes, y con su heroico capitán á la cabeza, supo, que entusiasmado había arrojado su gorra diciendo á los que le acompañaban:

—¡Bravo!.... ¡bien por el noveno! ¡Se vindica! ¡borra lo del día veinte!

En efecto, cuando llegó la camilla que conducía el cadáver del héroe de la jornada, ordenó que se levantase el zarape que lo cubría, y cuando vió el cuerpo ya rígido del capitán, con el rostro amoratado y los ojos obstinadamente abiertos, con su enorme herida en el cuello que le había atravesado la bala, rompiéndole la columna vertebral; ah! entonces Rangel se conmovió hondamente y con nervioso ademán ordenó que lo cubriesen.

—¡Tápenlo, tápenlo!..... ¡Llévenlo y nómbresele una guardia de honor!—exclamó.

Un sargento 2º solicitó espontáneamente ser nombrado y al pié de su cuerpo un centinela de su compañía lo cuidó.

Tomado el cerro de la Cueva, la situación del enemigo era desesperada, no quedaban más que la iglesia y la casa de Cruz ocupadas, y como en esas dos partes se hallaban las mujeres, la mayor parte indudablemente huérfanas ó viudas, debían infundir gran desaliento y desmoralización.

Por otra parte el saqueo é incendio de las casas continuaba, respetándose nada más las cercanas á los reductos del enemigo.

Véanse en el día, levantarse del llano largas nubes negras, formando lentamente espirales que se desvanecían en un gris sucio en el cielo azul; el cañón enviaba cada hora una granada, rompiendo con estruendo el silencio solemne del pueblecillo que parecía desierto. La guardia de tiradores de lo mas alto del cerro intentaba cazar á los que se atreviesen á salir de la iglesia ó de la casa de Cruz Chávez.

A las cinco de la tarde, el corneta de ordenes del cuartel general tocaba *llamada de honor*; el Mayor Bligh jefe del Estado Mayor, leía la orden, nombraba á los oficiales, el servicio de rondines para la noche, relevándose como se acostumbra en campaña, las guardias, á las seis de la tarde.

En la noche el incendio de las casas del pueblo era mas visible; las llamas tenían el cielo negro, de fulgores sangrientos que á veces se avivaban, á veces se extinguían para surgir de nuevo, mas vivos y rojos, apareciendo en el fondo de tinta negra del horizonte, como manchas de sangre luminosa.

En el pueblo, los monótonos ladridos de los perros y una que otra voz lejana y lastimera, eran los únicos ruidos que alteraban el silencio.

Al amanecer del día 26, el 9º acompañó al cadáver de

su capitán á su entierro que debía verificarse en el cementerio del pueblo, el que después del combate de la víspera, se hallaba fuera del alcance de los tiros enemigos. Dicho cementerio estaba cercado con tapias bajas, de piedras amontonadas, era cuadrado y tenía solamente sepulturas humildes, las más sin inscripción alguna, pues á los notables del pueblo se les enterraba en el atrio de la iglesia.

A la puerta hizo alto el cortejo, entrando solamente la camilla con el cadáver, los oficiales, un sargento 2º y seis soldados.

Se depositó el cuerpo en tierra, la que se procedió á cavar con unas barretas que allí mismo se encontraron. A la escasa profundidad de media vara, se dió por terminada la fosa.

Después el sargento cargó su fusil haciendo fuego al aire, por tres veces, y luego el cadáver envuelto en su capote y cubierto con el zarape, se depositó en el fondo, se arrojó tierra sobre él, y sobre ella algunas piedras. Terminada de aquel modo la ceremonia fúnebre, *por el flanco izquierdo doblando*, volvió á su campamento la compañía.

Los oficiales iban al costado de la columna, silenciosos y tiritando de frío; el sol aun no aparecía.

Triste iba Mercado; marchaba saltando entre las piedras y los surcos de los terrenos *barbechados*.

—¡Pobre capitán Molina,—pensaba,—él tan digno, tan estudioso, él que soñaba con las grandes campañas; tan amante de su patria; morir así, obscuramente, sin gloria, en el fondo de la sierra!

¡Derramar con heroísmo la sangre por la patria... sucumbir por los ideales tan caros... inmolarse por la libertad y el honor... eso immortaliza, eso trueca la muer-

te material en imperecedera vida! Pero ser valiente, ser bueno, ser sublime en campaña tan desconocida, en guerra tan desigual! El era joven, recién casado.... en Guerrero recibió la noticia del nacimiento de un hijo.... iba á ascender, y.... morir en aquella penumbra y de aquella manera, bajo el arma de un obcecado!.... ¡Pobre capitán Molina!

Lo había visto descender á la fosa, tan poco profunda, en un cementerio situado al pié de la sierra!.... Cuando destruyeran por completo el pueblecillo, porque eso era indudable, las fieras del desierto irían á saciar su apetito en los restos del héroe!

¡Pobre capitán!.....

Eran las siete, y tras el cerro de Lino, al Oriente, emergió el sol su disco rojo y enorme con una explosión de luz dorada que incendió la cima de los cerros, aclaró el lila del cielo, barrió girones de neblina é hizo centellear el acero de las bayonetas.

Los soldados volvieron los rostros, colocando sobre los ojos una mano á manera de pantalla, para contemplar el astro agigantado, en tanto que tras de ellos, su luz les hacía proyectar larguísimas sombras.

Algunos se pusieron á cantar animados con la alegría de la luz y la esperanza del calor.... el sol ascendía.

¡Pobre capitán!

XIX.

Aquella mañana había llegado un convoy de provisiones de Guerrero, escoltado por un pelotón del 5º Regimiento.

Gran cantidad de harina, algunos botes de petróleo y diez cajas de parque constituían estas.

El teniente de la escolta traía instrucciones por escrito, del general Marquez, que permanecía en Guerrero á la expectativa de los sucesos.

Aprovechando el envío de este convoy no había faltado quien fletara algunas mulas cargadas con barriles de sotol, cigarros, pan, queso, chorizos, sal, azúcar y café.

Desde la salida de Guerrero hasta entonces, no se había dejado de pagar su sueldo íntegro á la tropa, y como no había en que gastarlo, todos se encontraban provistos de dinero.

No era nada extraño, pues, que el campamento, en toda la extensión de la prolongada meseta del cerro, presentara un inusitado aspecto de alegría, un desbordamiento de entusiasmo palpitante en forma de un gran murmullo que se alzaba sordamente en el ambiente fresco y claro de la hermosa mañana.

Cuando la compañía que llegaba de hacer las honras fúnebres á su capitán, estuvo en su lugar en el campamento, un oficial mandó formar pabellones de armas y después por lista se repartió harina, raciones de carne y se

ministró el haber en sucios billetes de los Bancos de Chihuahua.

Nombrada una pequeña guardia, al resto de la tropa se le mandó *romper filas* y soldados y oficiales se dispersaron con gran algazara.

Bien se conocía que ya el sotol había empezado á circular, pues los rostros antes fatigados y serios, estaban radiantes, los gritos se multiplicaban y soldados de todos los cuerpos, soldaderas, paisanos, auxiliares de Sonora y de Chihuahua, con sus pantalones azules y en los sombreros flotando la característica cinta roja, iban y venían en todas direcciones, gesticulando muy animados.

Cerca de la tienda de campaña del general—única del campamento—en el espacio comprendido entre tres pinos chaparrones, estaba la instalación de los efectos llegados en la mañana.

Se había improvisado un mostrador con viejos tablones, subidos con gran trabajo, tras de el que los aventureros, pobres diablos que acompañaban á la fuerza, como ciertas aves al olfatear los cadáveres, no daban abasto á despachar á la compacta muchedumbre de soldados que se agrupaba, gritando y vociferando.

Codeándose, empujándose, disputando con palabras crudas, lograban los mas listos abrirse paso, provistos de botellas, jarros, ánforas y *dama-juanas*,—ávidos de alcohol, después de una abstinencia de una semana.

Los barriles de sotol se vaciaban como si se les desfondara de un golpe; las pilas de cigarros disminuían; los cartuchos de café *torrificado* volaban; desgranabanse las cadenas de chorizos en tanto que una multitud de manos sucias dejaba caer una verdadera lluvia de papeles azules y

verdes entre un griterío y una barahunda de todos los diablos.

Por supuesto que todo se vendía carísimo—un real las cajas de cigarros, un real cada chorizo y siete reales el cuartillo de sotol—y sin embargo parecía que todo se regalaba: tal furia había por ser despachados antes que se agotara todo.

—¡Hé—hè.... ábranse.... ábranse con un canasto!—gritaba Castorena, dando de patadas brutalmente y á diestro y siniestro, para abrirse paso—Venga Vd. mi teniente, ándale Mercado.

Castorena, Miguel y el teniente Torrea, llegaron hasta el tablón del mostrador, después que el grupo se abrió respetuosamente.

El poetastro llevaba un enorme botellón; habían resuelto los tres oficiales almorzar juntos una gallina comprada á una vieja, carne con papas, frijoles con chile, gordas de harina y café con sotol.

—¡Un verdadero banquete!

—Mira, le dijo á Miguel, *eso es lo mas sugestivo*, como diría un filosofo moderno—y señaló los barriles de sotol.

Llegaron unos *piñas* que subían del valle, iban cargados con santos, *pantalóneras*, enaguas, *abultares* (1) acordeones y otra infinidad de objetos sacados de las casas del extremo del pueblo, casas abandonadas que acababan de incendiarse. Habían subido también algunos asnos y caballos que vagaban azorados.

Castorena compró en cuatro reales un magnífico acorde-

(1) "Abultares" ó "abultadores," llaman así en Chihuahua á las enaguas interiores que usan las mujeres del pueblo. Mirriñaques.

on. Los tres oficiales con él á la cabeza, con su botellón de sotol y su instrumento musical se alejaron rumbo al lugar en que un cabo les hervía en una gran olla negra, la gallina.

Eran las diez de la mañana y bajo un sol claro y tibio, se extendía el campamento en plena efervescencia, pintoresco y animado. Entre el abigarramiento de los uniformes sucios y desgarrados, aparecía la nota, verde-oscuro de los pinos que bordaban los relieves de la gran meseta, mientras una vaga nube azulada envolvía todo el cerro, á causa del humo de las fogatas; de trecho en trecho, resplandecían al sol los pabellones de armas como gigantes y exóticas azucenas de pétalos de acero.

El enorme murmullo aumentaba, las tristes canciones de los soldados, acompañadas por las notas de las guitarras y acordeones tomochitecos se alzaban entre las voces tipludas de las soldaderas peleando eternamente, y los gritos imperativos de los oficiales dando órdenes en voz alta.

Un estremecimiento de alegría galvánica sacudía de un extremo á otro, el campamento....había que comer y que beber y se tomaba el desquite de las duras jornadas con escaso *rancho*.

Grupos de soldados glotones, rodeaban los puestos de las *viejás*, que freían en grandes cazuelas, carne de puerco, la que chirriaba en un mar de manteca, saturando el aire de un olor apetitoso que hacía escupir á los que esperaban el almuerzo, no sin calmar su impaciencia con enormes tragos de sotol.

Era un magnífico espectáculo; en aquel momento todos se sentían héroes, todos comían, bebían, cantaban ó charlaban contentos y dispuestos á todo.

Ah! pero nadie se acordaba, en aquel abandono de orgía, de los ausentes, de los compañeros abandonados sobre el cerro, los que inmóviles y en trágicas posturas, sangrientos y horribles, yacerían en el Desierto, al lado de las enormes rocas y los altísimos pinos de la Sierra!

No, nadie quería acordarse en ese instante de alegría y excitación, de las oscuras víctimas del deber....

Hasta Miguel se sintió alegre después del copioso almuerzo que hicieron los tres á la sombra de un arbusto, sentados en el suelo á la turca, ó recostados y tendidos como en un banquete de antiguos soldados romanos.

Derepente cundió con la rapidez del rayo una noticia que los hizo levantarse al acabar de tomar el café.

¡El 11º iba á tomar la iglesia en aquel momento!

En efecto, el general Rangel había hecho tomar el cerro de la Cueva, como cosa indispensable para apoderarse de la iglesia de Tomochic, por hallarse esta completamente al pié de él. Un piquete de nacionales de Sonora lo ocupaba, haciendo fuego incesantemente sobre la torre.

El general en vista de la situación insostenible del enemigo ordenó que ese día el 11º Batallón la tomase, para lo cual debían ocupar primero las casas, que ésta tiene á su frente, para organizar allí faginas provistas de combustible, como rastrojo, ramas secas y paja, y en un momento dado, protegidas por los fuegos de la "Cueva," "La Medrano," y de las mismas casas, debían al paso veloz llegar hasta el átrio, y en la puerta del templo arrojarla ardiendo. El terrible elemento se encargaría del resto de la obra.

Como en la construcción de la iglesia abundaba la madera, obligados los sitiados por el incendio á salir, serían fusilados inmediatamente. Se dió el mando de la fuerza

compuesta de 40 hombres, al capitán 1º Francisco Manzano, quien tomaría sus posiciones en las casas indicadas, esperando que el cañón rompiera su fuego para intentar abrir brecha.

Después de dar un gran rodeo pasando á través de las milpas y tras las asperezas del terreno, la tropa del once, extendida en tiradores, tuvo que atravesar el río; al hacerlo quedaron á descubierto ante la iglesia, y desde las ventanas y arcadas de la torre, mientras los soldados del 11º con el pantalón remangado pasaban el río, una lluvia silvante de plomo cayó sobre ellos, haciendo en menos de tres minutos, cuatro cadáveres y siete heridos; mas después, volviéronse á internar entre los rivazos, las rocas, los grupos de arbustos y extensos sembrados, hasta llegar á las casas abandonadas, muy cerca de la iglesia.

Iban provistos de rastrojo, paja, ramas secas y petróleo, y la tropa estaba muy exitada.

La tropa que ocupaba el cerro de la Cueva, con gran cantidad de combustible y petróleo, debía arrojarlo, favorecida por el viento, en el momento del ataque, cuya señal debía ser un disparo del cañón.

Cuando este á las once de la mañana principió á lanzar sus proyectiles y el corneta de órdenes tocó "fuego," se desprendieron de las casuchas hombres cargados de leña, hachones encendidos y petróleo.

Feróz granizada retronó entonces por donde quiera, contestándose de la torre; pero como á sus ventanillas y azoteas apuntaban los federales para impedir que asomase el enemigo, el fuego de aquella fué lento, y aún así, al llegar al átrio dos ó tres mordieron el polvo.

Grandes llamaradas envolvieron la puerta, y á la igle-

sia toda bien pronto la ocultó negra y espesa nube de humo, entre la que como relámpagos amarillentos brillaban los fogonazos; allá en lo alto de la torre entre el estrépito de las descargas, voces estentóreas gritaban:

—Viva el poder de Dios! ¡Viva María Purísima!

—¡Viva el Supremo Gobierno! ¡Viva el 11º Batallón!

respondían abajo los asaltantes repegados á las paredes para no ser tocados por las balas.

Hubo un terrible momento.... se abrió repentinamente la puerta que empezaba á arder, y carabina en mano, con los rostros ennegrecidos, algunos hombres aparecieron saltando increíblemente por la hoguera en plena inflamación, y descargando su carabina sobre los soldados estupefactos, se lanzaron en vertiginosa carrera fuera del átrio perdiéndose entre las milpas.

Iban á salir otros, pero desprendiéndose ruidosamente de sus viejos goznes, cayó oblicuamente una hoja que obstruyó la entrada como un muro flamígero.

A la expectativa del horrible espectáculo permanecieron desde aquel momento los sitiadores. Ya todo era cuestión de tiempo.

Entonces las fuerzas restantes del campamento lo abandonaron bajando al valle y subiendo al pueblo ocupando las casas adyacentes á la de Cruz, en cuya azotea estaba plantada la bandera con los colores nacionales.

La compañía del 9º, el cuartel general y la pieza se instalaron en la casa de los Medrano, junto al camino real y al pié del cerro de su nombre. Había existido una tienda allí y era la más grande de las de aquel lado. Incendiada el día anterior, el fuego había respetado algunos cuartos y una parte de un portal interior; en la espalda, en la pared

que veía al centro del pueblo se abrieron las claraboyas para observar el *cuartelito* (casa de Cruz) y la iglesia que continuaba ardiendo.

Desde allí Miguel observó el espectáculo del incendio. Las llamas debían haber invadido el interior, pues el humo se escapaba de las ventanas y arcos de la torre, y lo terrible de aquello era, que la mayor parte de las mujeres estaban refugiadas allí. Entonces presenció una cosa siniestra y trágica.... ¡en lo alto una mujer asomó su cuerpo y con violento impulso se arrojó al abismo!

Era ya demasiado, y el general ordenó á su corneta tocar "alto el fuego," conmovido ante la espantosa escena; pero fué muy tarde porque el incendio había tomado tal incremento que grandes lenguas de fuego levantaron su penacho rojo por encima de la cúspide, y bien pronto vino el desmoronamiento.... oyóse un ruido tremendo, una detonación sorda y prolongada.... el techo se desplomó.... y luego gran parte del cuerpo de la torre vino abajo dando paso á volcánica explosión de chispas y llamas! Todo había terminado, y solo la casa de Cruz con sus tres líneas de aspilleras y su altivo pabellón, flameando en lo alto, desafiaba á las fuerzas tristemente vencedoras.

Segun opinión del general, la toma del *cuartelito* era difícilísima y exigía las mayores precauciones.

Evidentemente que con las fuerzas restantes hubiera podido tomarse, pero hubiera costado mucha sangre, y el general con razón, quería economizarla; prefirió perder algunos días más, y no más hombres.

Aquella casa estaba construida con adobes, pero durísimos, al grado que el cañón á 100 metros no abría brecha; la puerta estaba cerrada á piedra y lodo, y como ya ni un

resto de esperanza de salvación quedaba á los sitiados, deberían como nunca defenderse, vendiendo muy caras sus vidas. Además, era tal la situación de aquel reducto, al cual convergían todas las veredas del pueblo, cuyo centro era, que dominaba todas las vías y campos que á él conducían.

Nacionales de Sonora y de Chihuahua, "Seguridad Pública" y 12 Batallón dieron pequeños puestos avanzados, ocupando las casas que rodeaban el *cuartelito*, formándole un cerco estrecho.

Entre tanto, el templo en ruinas y las otras casas del pueblo continuaban lanzando al cielo azul inmensas espirales de humo, surgiendo de sus escombros, y en la noche tiñeron el horizonte negro, como sangrientos resplandores.

XX.

Al día siguiente, el valle apareció aún más triste y silencioso y el caserío de Tomochic, muerto y en ruinas parecía una inmensa tumba.

Solo en la casa de la "Medrano" ocupada por el Estado Mayor y restos del 9º y 11º batallones estaba animada.

Tras la pared que cercaba el fondo del patio, tres ó cuatro tiradores que se relevaban cada hora permanecían á la expectativa, en tanto que en un rincón y tras enorme boquete, estiraba su cuello, silencioso é inmóvil, el cañoncito Hostkiss asestado sobre su montante de cuatro patas.

A las nueve de la mañana, en el momento en que se repartía á la tropa carne y harina, se presentó un hombre flaco y sucio que había llegado corriendo desde la casa de Cruz.

Era uno de los prisioneros que este tenía encerrados en un casuchón dentro del mismo patio de su casa. Todos los que en él se encontraban habían logrado abrir la puerta; pero nadie se había atrevido á ser el primero en salir, temiendo con razón que les hiciesen fuego de cualquier parte.

El coronel Torres, segundo en jefe, le interrogó á solas ordenando después que se le diese de comer poco á poco y con muchas precauciones, pues hacía muchos días no comían sino maíz crudo.

Con gran sorpresa vieron los tiradores que cercaban el

reducto enemigo, aparecer una mujer á la puerta de él...
.....avanzò lentamente, saltó por entre las maderas de la ya destruida empalizada y sin rumbo fijo empezó á vagar entre los sembrados con ademán atônito de loca.

Después se dirigió á la casa de Medrano, tímidamente. El general ordenó que se la respetase.

Cuando un *pima* llegó conduciéndola del brazo, todos se quedaron pasmados ante su cuerpo enclenque y encorbado y su cabeza completamente blanca de canas.

Era una decrepita anciana de ojos vidriosos è inyectados de sangre, vestida con una enagua azul y calzada con viejas *teguas*.

Indudablemente se rendían, pues no podía explicarse que fuese allí, mas que con el carácter de parlamentario aquella vieja que debía ser valerosa por haberse atrevido á salir.

Sin embargo, no era así, y bien pronto se supo que medio loca por la muerte de sus nietos había decidido ir á buscar sus cadáveres y á llevarles alimento á los heridos, muchos tambien hijos y nietos suyos.

Contò tartamudeando, después que comió un plato de sopa que el general le ofreció, que Cruz no la dejaba salir; pero como era la más anciana del pueblo y la que más gente había dado á la causa de Nuestro Señor, el jefe, impotente para detenerla la había dejado salir, encomendándola á la Virgen Santa.

Se trató entonces de que llevase una intimación al enemigo haciéndole comprender lo terrible é irremediable de su situación, siquiera en vista de las mujeres, ancianas y niños, que morían de hambre ó contaminados por la peste que en la casa de Cruz se iniciaba por la putrefacción de

los cadáveres que arrojaban de noche cerca de ella y permanecían insepultos, dando durante el día, un espantoso espectáculo de muerte á las familias amontonadas como un haz de carne viva en aquellas paredes sostenidas por un heroísmo fanático inverosímil.

Comprensible era en efecto la inmensa y desoladora desesperación que habría en aquella casa que debía estar convertida en un hospital, sin médicos, medicinas, ni alimentos... hospital al par que fortaleza que debía ser sepulcro de los que la defendían con el valor inaudito de la fé de los antiguos cruzados, felices con la esperanza luminosa y mística del cielo!

Sí, aquella demencia de fanatismo que se había apoderado furiosamente de aquel Tomochic ignorante, sencillo y heroico, hacía soportar los tremendos horrores de la tragedia del hambre, á sus últimos supervivientes.

Después de mil vacilaciones de la infeliz anciana que temía la cólera del caudillo, quien le había prevenido que jamás tratase nada semejante con los impíos, llevó un pliego firmado por el General Rangel, en que con las mejores razones posibles, se pedía la rendición incondicional de los de Cruz; pero que si se obstinaban en su resistencia, tomaría á sangre y fuego su último reducto, por lo que se le permitía que saliesen las mujeres y niños á los que se tendrían las mayores consideraciones.

A la media hora volvió la anciana con la contestación, en que se negaba enérgicamente á rendirse, negándose tambien á enviar las familias por dudar del cumplimiento de la promesa.

Era en verdad hacer muy poco honor á los sitiadores; mas como se tornó á insistir, sobre todo respecto á la se-

gunda parte, decidióse Cruz á mandar las familias, mientras él y los suyos esperaban la muerte.

Un grupo informe, un montón de enaguas sucias, de harapos desgarrados encubriendo carnes flacas, entre un murmullo sordo de gemidos, toses y sollozos de niños, entró lentamente por la chaparra puerta de la casa, ante la estupefacción de todos los soldados y oficiales que se pusieron en pié para ver aquello tan horrible y consternador.

Ah! con qué profunda emoción presenció Miguel el desfile trágico de los infelices que entraron en sombría procesión.

Nunca había visto ni leído cosa más lúgubre, todos la miraron con respeto, abriendo valla silenciosamente.

Iba á la cabeza un anciano jorobado de grandes cabellos blancos apoyándose sobre los hombros de una muchacha muy flaca, de rostro lívido, y que llevaba vendada una mano herida por alguna bala perdida. A través del vendaje súcio aparecía una gran mancha negra. Había una anciana que marchaba quejándose lastimosamente con el rostro todo ensangrentado por una herida en la cabeza. Una mujer alta, de grandes ojos negros, muy erguida, llevaba en sus brazos un niño de meses que sollozaba. Algunas jóvenes que se adivinaban bellas marchaban envueltas en mantillas de color, ó cobertores á cuadros rojos y negros. Un niño de seis años cojeaba escurriéndole sangre de las rodillas; en sus ojos había dos lágrimas contenidas por una voluntad poderosa.

Después... era una masa confusa de cuerpos raquítricos y rostros huraños, de ojos negros, de miradas febriles

y relampagueantes sobre la lividez de flacas y rugosas mejillas.

Y cerrando esta procesión de desgraciadas que abandonaban los seres queridos que aún les vivían, este rebaño de viudas y huérfanas, este montón de humano infortunio, marchaba lentamente la anciana emisaria, la vieja tartamuda que había dado tanta gente á Cruz.

¡Y considerar que aquel centenar de naufragos y de parias no eran todos los que había; que allá en la casa de Cruz habían quedado algunas mujeres obstinadas, las que aún tenían vivos á sus hijos y esposos!

Instantáneamente Miguel pensó en Julia ¿iría con aquellas infelices? ¿viviría aún?... Intentó observar los rostros de las mujeres; experimentando profunda amargura y oprimiéndosele el corazón con el vago temor de descubrir entre ellas el ser tan simpático y desgraciado que había conocido en Guerrero.

Pero la mayor parte llevaban los rostros cubiertos con abrigo ó girones de mantillas, y bien pronto desaparecieron por el fondo de un portal.

En él había una gran pieza vacía que servía antes de troge á los Medrano. En ella penetraron.

Notó Miguel una lágrima en los ojos del general, que no pudo articular una palabra, indicándole solo con el gesto al Doctor Arellano, que se hallaba á su lado, que entrase para cuidar los heridos.

Les llevaron harina, carne y papas, y se abrió apresuradamente el botiquín para proceder á las primeras curaciones.

Los soldados agrupados, desde lejos contemplaban, mudos, el interior de la pieza de la que salía un fatídico ru-

mor de lamentos, quejidos de niño y toces enfermizas. Aquello desgarraba el alma!

En la puerta se apostó un centinela con la consigna de no dejar pasar á nadie, ni aún á los oficiales.

Ya muy poco faltaba que hacer para acabar con los tenaces enemigos que quedaban en su cuartel decididos á morir allí, altaneros, indomables, desafiando á los federales que no se atrevían á emprender el último asalto; la única señal de vida que daban era aquella bandera que flotaba al viento con sus tres colores que salpicaban con un tono alegre el sombrío panorama. Ya no hacían fuego desde sus aspilleras, ya no gritaban, y era profundamente triste aquella calma silenciosa que se extendía por el valle desierto.

Los ganados abandonados así mismos habían huido por las montañas de la sierra y solamente los cerdos azorados, vagaban gruñendo, y entraban y salían por entre los escombros de las casas, poniendo en fuga las gallinas y devorando hambrientos los cadáveres.

El general comprendía que en la noche deberían los sitiados hacer salidas para recoger maíz, patatas y frijol que producían mucho aquellos terrenos, y á proveerse de agua del río y trató de empezar á impedirlo.

Mandó que toda la fuerza se dividiese en guerrillas, que se extendieran en la noche al rededor de la casa del enemigo, ocupando las que estaban cerca, con el objeto de vigilar é impedir cualquier salida. Cada fracción de aquellas, al mando de un oficial, llevaría un corneta para que contestase la contraseña cuando del cuartel general *corrieran la palabra*, y para impedir cualquier confusión con los nacionales de Sonora ó Chihuahua, que no debían tener

lugar fijo sino marchar vivamente por donde se ordenara, debían contestar con determinada palabra para ser reconocidos cuando estos se acercaran con cualquier motivo, á los puestos sitiadores.

A las seis de la tarde, puesto ya el sol, en la semi-oscuridad de la noche entrante, partieron á los puntos designados de antemano las fracciones nombradas, marchando en orden disperso, agazapándose tras los relieves del terreno y tomando grandes precauciones para no ser vistos del enemigo que seguía silencioso en su fortaleza, cuya masa se delineaba confusamente en la penumbra.

A las ocho de la noche, rompiendo el vasto silencio con penetrantes notas, resonó en el centro del valle el toque de, *atención, parte y diana*, y no bien se había extinguido la última parte de esta cuando allá, en el extremo del cerro de la Medrano, vibró contestado este toque, al par que también el puesto del cerro de la Cueva lo repetía. En seguida vibraron á un tiempo los mismos toques en todos los puestos del valle, produciendo extraña y fantástica sinfonía que los ecos de la Sierra repitieron y multiplicaron hasta perderse en las vastas lejanías, en un vago y melancólico *decrecendo*.

Hacia un frío intenso y Miguel, taciturno, en pie, envuelto en su capote; apostado tras una cerca de un casuchon derruido, contemplaba á su frente, como á unos veinte metros, las negras paredes de la casa de Cruz. Un trozo de luna iluminando el horizonte con lívida claridad, daba un tinte de extrema melancolía al paisaje.

Sentía renacer en su alma la tristeza incomprensible que constituía el fondo de su carácter. Pensó en su madre desgraciada, en su pasado sin una sola alegría, sin un a-

mor; en su porvenir destruido; en la fatalidad sombría de su destino.

¿Era posible que aquellos obsecados que velaban esperando la muerte, y tras ella la vida eterna en el paraíso, fuesen más felices que él que vivía sin esperanza, abatido, viéndolo todo tras un prisma negro?... ¡Ah! ¿y Julia? aquella mujercita tan viva, tan linda, la de ojos oscuros, tan expresivos, tan melancólicos!

En unas cuantas palabras había adivinado una historia dolorosa soportada con dulce resignación, con la sonrisa beatífica del mártir que entreve el cielo! ¡Con estremecimiento de indignación recordaba la incalificable abyección suya de poseerla en un momento de embriaguez, cediendo a los impulsos de bestia, que como una invasión de demencia lo arrebatában en las horas de orgía!

Ella había consentido como cosa inevitable, como resignada a las brutalidades del macho, y experimentando, ante la juventud de Miguel, las primeras voluptuosidades del amor, en el despertamiento de su adolescencia....

Derepente tornó a desgarrar el silencio de la noche, el toque de *atención parte y diana*, cuyas notas metálicas resonaban en un coro gigantesco y fantástico de cornetas marciales.... "atención parte y diana," iba repitiendo cada corneta hasta llegar al del último puesto, allá en la iglesia humeante.... después eran los ecos de las montañas los que repetían la última parte del toque, aquella diana sarcástica que iría a llevar sus acentos a aquel puñado de sublimes fanáticos que repetían en el siglo diez y nueve las legendarias escenas inmortalizadas por la poesía épica!

El joven oficial se estremeció nerviosamente cuando el

muchachon que llevaba como corneta de órdenes se incorporó y con el rostro hacia el cuartel general, dió al viento la contestación del toque que significaba el alerta de los puestos.

Después Miguel tornó a su meditación, paseando a la claridad de la luna en creciente que estaba ya para ocultarse tras el lomo enorme de una montaña.

¡Julia!.... ¿estaba positivamente enamorado de ella o era el sentimiento que experimentaba, una reacción de su naturaleza, una neurosis que ocasionaba en él el prestigio del infortunio y el atractivo de la desgracia en una mujer joven, resignada dulcemente a su martirio fatal?

¡Quien sabe, quien sabe, el hecho era que pensaba en ella, que se desesperaba de no haber podido interrogar y mirar detenidamente a las mujeres llegadas esa mañana.

Cuando pasaron ante él no la había visto, pero bien podía haber pasado sin conocerla.... y Miguel en aquellas cavilaciones, ya sentado, ya paseándose, pasó gran parte de la noche, oyendo cada cinco minutos aquel toque repetido tristemente en el silencio, con intervalos regulares, como los golpes de ingente y formidable péndulo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS

XXI.

A las doce ocurrió un incidente. Ya se había ocultado la luna y reinaba profunda obscuridad; pero pudieron distinguirse algunas sombras que se aproximaron al río. Al momento los tiradores que por aquel lado cerraban el cerco hicieron fuego; las detonaciones tronaron multiplicadas por los ecos de las montañas, como si un carro gigantesco se despeñara entre las rocas, con traqueteo colosal; era un desgranamiento de fuego en la sombra y el silencio.

Inmediatamente los auxiliares de Sonora acudieron velozmente; se creía en una salida del enemigo; pero las sombras desaparecieron y en el lugar en que se les había visto, se encontraron dos tinajas llenas de agua.

Al amanecer del día 28 volvieron las fuerzas destacadas a la casa Medrano, desde cuya espalda permanecía un puesto de tiradores en observación del Cuartelito, cuya bandera tricolor seguía ondeando con el viento frío y ligero que soplaba del Noreste.

Esa mañana llegó otro convoy de provisiones de Guerrero, con una escolta del 5º Regimiento, la que traía también instrucciones del General Marquez.

Naturalmente llegaron barriles de *sotol* y volvió a haber algazara y gran animación en la tropa y oficiales.

Allí, dentro de las cuatro paredes del patio de la casa que había sido de los hermanos Medrano, volvieron a oírse las canciones de los soldados, canciones que acompaña-

das con las notas solemnes de los acordeones, resultaban tristísimas, contrastando su melancolía con los rostros alegres y glotones y aquel barullo y griterío, alzándose bajo un cielo de azul immaculado, lleno de luz y de frescura.

Volvieron las fogatas a levantar sus elevados penachos de humo; ya no solo carne de cerdo guisaban las desarrapadas *viejas*, sino gallos, gallinas y *guajolotes* cogidos en los corrales de las desiertas y humeantes casas; también habían hecho *barbacoa*, chile frito, papas guisadas y tortillas de maíz.

A esto agregado el *sotol* en abundancia y *billetes* con que comprar, se comprenderá la alegría que desbordaba después de la penalidad de las noches de vela, al aire libre, y ante un enemigo mudo, encerrado en una fortaleza.

Solo allá en un rincón del patio, en la puerta de una antigua troge, en la que un centinela se paseaba aburrido con el fusil al hombro, se oía incesantemente un triste y monótono murmullo de palabras, toses, quejidos y llanto de niños. Era el departamento de las mujeres *prisioneras*, como le decían los soldados.

A las diez de la mañana, dispuestos en guerrillas y agazapándose entre los sembrados, unos treinta *pinas*, llegaron por la espalda al departamento que ocupaban los prisioneros que tenía el enemigo; allí horadaron las paredes, logrando salvarlos. Dos habían muerto de sed y los demás—entre ellos el subteniente del 12º Batallón hecho prisionero el día 20—lograron volver salvos al campamento, escoltados por aquellos valientes nativos de Sonora.

Dióseles de comer con muchas precauciones, a causa de su gran debilidad, pues llevaban semanas de estar sostenidos solo con maíz tostado.

En cuanto á los últimos *temoches*, encerrados obstinadamente en la casa de Cruz Chávez, seguían mudos y como enterrados en vida.

Compasión y admiración profunda inspiraba á todos aquel puñado de sublimes héroes, esperando la atroz y lenta muerte del hambre y la sed, ántes que entregarse!

¡Qué situación la suya, qué angustia la de permanecer lejos de sus amadas familias los únicos supervivientes de una raza indomable, creyente y fuerte, al lado de sus cadáveres en putrefacción de las últimas víctimas!

Bajo un pequeño portal de madera de la casa de Medrano, ante la puerta de su cuarto, el general, con una gorra de fieltro, chaquetón de dril y envuelto el cuello en una mascada gris, se paseaba intranquilo y pensativo, golpeando el suelo con una varita.

A veces charlaba con el Dr. Arellano y el teniente Méndez, cuyo cañón *Hotchkiss*, tras la pared obturada de la casa, estaba asestado contra la de Cruz Chávez.

Era preciso apoderarse por hambre, ó mejor dicho, esperar que murieran para dar por terminada tan sangrienta campaña.

Había dicho en conversación con algunos oficiales que en su larga vida de campaña jamás había visto cosa semejante, y que solo los soldados de un regimiento de zuavos que se hizo temible por su bravura temeraria, durante la invasión francesa y los indios *juchitecos* del Estado de Oaxaca, eran comparables con aquellos hombres de los que ya no quedaban ni veinte.

Un sentimiento de compasión hizo que tratara de hacer convencer por última vez á aquellos obsecados que se rindieran.

Ah! debía ser inútil, pues bien comprenderían que no se les perdonaría la vida y tenían que entregarla muy cara!

—¡Que le hablen á *Chabolé*!—gritó el general.

“Chabolé” era un viejo jefe de los indios de la Sierra de Sonora, temerario cazador de hombres y fieras, hombre que con un poco de “pinole” una botella de “Bacanora” (especie de aguardiente,) una carabina y cartuchos, andaba veinte leguas diarias en plena Sierra.

Conocía muy bien á Cruz Chávez con quien había conducido mulas hasta la frontera de los Estados Unidos.

—“Chabolé” ¿serás capaz de ir á hablarle á Cruz?—le preguntó el General Rangel.

—¡Válgame Dios, como no, mi jefe!

Dióle instrucciones y “Chabolé” tomó una botella de sotol, arrió su carabina á la pared, encargándola al primero que vió y se encaminó tranquilamente al cuartel enemigo, en medio de la admiración general.

Con gran sorpresa, desde el Cuartelito lo dejaron acercarse hasta que llegó junto la empalizada, semi destruida; la saltó y desapareció.

Después de veinte minutos de ansiedad para los que lo vieron desaparecer, regresó muy tranquilo, y silvando un aire nacional se acercó al general, movió la cabeza y le dijo socarronamente:

—¡Que no se rinden hasta que Dios les quite el alma!

Hé aquí lo que después se supo de su entrevista:

Cuando se halló cerca de las paredes, gritaron por dentro:

—¡En el nombre del Poder de Dios qué quieres?

El sin hacer caso, gritó:—¡Oye, Cruz!....!Cruz!....

¡No me oyes!....!Soy “Chabolé”!....!Vengo á darte un abrazo y un trago y á decirte que te rindas!

—¡Acércate y entra! contestaron.

Chabolé se acercó y después de esperar algún tiempo hasta que le abrieron, entró. No vio nada porque estaba oscura la pieza.

—Dame el abrazo y el trago.

Se dieron un abrazo en las tinieblas, notando el valiente emisario que se habían cubierto las aspilleras por dentro, sin duda por precaución; oyó algunos quejidos de mujer y un murmullo de rezo.

Cruz tomó la botella, bebió y le dijo, empujándole suavemente hacia la puerta, cerca de la que estaban:

—Bueno, ahora vete y diles que no nos rendimos, hasta que Nuestro Señor se lleve nuestras almas.

Aquella tarde un suceso imprevisto conmovió al campamento. Entre los prisioneros recogidos en la mañana lo había sido uno que pertenecía al cuerpo de "Seguridad Pública" caído el día 2 de Septiembre en poder del enemigo; era de los que tomaron las armas contra las fuerzas del Gobierno. Había logrado el día anterior, con pretexto de ir á llamar á algunos compañeros, llegar á la casa que servía de prisión y allí esperó con los demás, á quienes suplicó no lo delatasen; pero no fué así, y después de breve consejo de guerra extraordinario, fué sentenciado á la pena capital.

A las cuatro y media de la tarde, ante las fuerzas en cuadro y después del toque de "bando" fué fusilado.

Volviéronse á tomar esa noche las mismas disposiciones de la anterior, y á Miguel le tocó ocupar una de las alas de la iglesia, en la parte correspondiente á las ruinas del antiguo convento.

Un viento húmedo y frío soplaba del norte, acumulando

inmensos nubarrones sobre el cielo que oscurecía gradualmente.

Era una tarde, de una tristeza infinita, y bien pronto una lluvia lenta y menuda descendió sobre el valle desierto y melancólico.... Por entre las rotas techumbres de la iglesia surgían enormes humaredas que iban á confundirse con las nubes. Era un cuadro de inmensa desolación.

En el camino, Miguel había encontrado cadáveres abandonados sobre el campo, en completo estado de putrefacción y tan despedazados por los puercos y hechos girones los trajes, que era imposible reconocer á primera vista á que bando pertenecían.

En el átrio, bajo la lluvia que arreciaba, hizo alto la sección que debía establecerse tras los muros del convento que veían al *cuartelito*, para vigilarlo por aquel lado.

El teniente dividió su fuerza, ordenando á Miguel se fuera al mando de algunos hombres hacia los últimos departamentos de la izquierda, los que debían estar en ruinas hacia mucho tiempo, pues no obstante estar destechados, no presentaban escombros como los adyacentes á la iglesia, que aun ardían.

Un olor nauseabundo le indicó un montón de cadáveres medio carbonizados que obstruían el paso en una puerta que había que atravesar; fué preciso hacerlos á un lado con un trozo de viga y por allí desfiló la tropa enfilando á un viejo claustro hasta llegar al lugar designado.

Aquellas eran las ruinas del viejo convento edificado por los jesuitas en el periodo colonial, cuando mas se explotaban los minerales de aquella parte de la Sierra.

¡Qué tristes y sombrías aparecían á los ojos del nervioso oficial, bajo la lóbreguez de un cielo gris plomo, en un ambiente nebuloso y frío, en la neblina parda de la tarde lluviosa y espirante!

Violentas ráfagas heladas, cortaban como cuchillos los rostros cárdenos de los soldados, envueltos en sus capotes azules, caladas las capuchas, avanzando como en una fatídica procesión de monges, al lado del trágico desastre del incendio de la iglesia, que continuaba lentamente..... mientras llovía.

Allí hubo que relevar un pequeño destacamento del 11º establecido desde la mañana, cuyos hombres habían trabajado todo el día en amontonar los cadáveres que había, arrojándoles vigas y viejas puertas para quemarlos.

Habían abierto también claraboyas, tras las que se apostó la tropa.

Al poco tiempo oscureció por completo.

Miguel, abrumado de fatiga, entumido por el frío, chorreando agua, se sentó en una piedra, contemplando con extraño pavor el edificio oscuro. Las tinieblas eran densísimas, y sólo allá á lo lejos se advertían fulgores rojizos y constelaciones de chispas. De cuando en cuando se oían ruidos lejanos; algún trozo de techo que se hundía, alguna pared que se desmoronaba.

A las ocho sonaron las notas de las cornetas en el silencio de aquella noche oscura y lluviosa: *atención, parte y diana*, repetidos veinte veces en los contornos del valle.

El oficial acurrucado en un rincón al lado del corneta encargado de contestar la contraseña dormitó á ratos, despertando á cada momento con grandes sobresaltos nerviosos, creyendo que lo sorprendían en aquella falta ó que el enemigo se le echaba encima.

Pero no; la lluvia siguió calmándose hasta las dos de la madrugada, hora en que el frío se hizo insoportable, al grado que algunos pobres diablitos de soldados se quejaban dolorosamente, como si tuviesen los pies gangrenados.

XXII.

A la mañana siguiente, el viento, soplando con gran fuerza, barrió con las nubes y la lluvia cesó por completo.

Entonces pudo la tropa encender grandes fogatas para secarse, calentándose un poco y asando los trozos de carne de que iban provistos.

Llegó un ayudante del general, diciendo que esa mañana á las diez, se tomaría el cuartel, debiendo la fuerza que ocupaba la iglesia, permanecer á la expectativa sin abandonar el puesto, limitándose su papel á evitar toda fuga del enemigo por el espacio que abarcara el alcance de sus fuegos.

El oficial se preparó á presenciar el asalto tras las claraboyas practicadas en la vetusta pared del convento.

En la casa de Cruz seguía el silencio mortal de los días anteriores.... vió acercarse grupos de soldados, cargados con rastrojo y ramas secas, como para la toma de la iglesia.... el cañon desde la casa Medrano hizo tres disparos y luego fué el asalto; los soldados á los gritos de—¡Viva el once batallón! se precipitaron cargados de combustible, hacía las paredes de la casa cuyas aspilleras se cubrieron de humo de pólvora, oyéndose algunos disparos.

Los asaltantes, tras la empalizada que cercaba el cuartelito y tras montones de piedras, hicieron alto y se correspondió al tiroteo, apuntando á las aspilleras para quebrantar la resistencia; después se precipitaron á la carga, lan-

zando esos gritos que tanto animan á nuestros soldados:

—¡Viva el once batallón! ¡Viva México!

Y allá, tras las paredes acribilladas à balazos contestaron como siempre aquellos gritos que causaban pavor y presagiaban la muerte:

¡Viva el gran poder de Dios! ¡Viva María Santísima!
¡Vengan los del once! ¡A ver si ahora corren!

Tres soldados se precipitaron sobre una de las esquinas, y allí rápidamente, mientras un fuego nutridísimo de los suyos despostillaba los adobes, ellos subiendo uno sobre otro, agarrándose de las piedras salientes é hincando las rodillas en los huecos treparon á la azotea de solo cinco metros de altura; y cuando el primero puso el pié en ella, alzándose con las manos ensangrentadas, todos prorrumpieron en aplausos, bravos y vivas á su batallón. Después, aquel dió la mano á otros y á otros... se les pasaron unas barretas de acero y principiaron á horadar el techo; después subieron los oficiales; uno corrió á quitar la bandera cuya asta se alzaba al borde de una pared; los de abajo arrojaron á los de arriba rastrojo y leña seca; se la encendió, y ardiendo, por un gran boquete abierto, lanzaron al interior aquellos combustibles.

Los sitiados que ya apenas contestaban, hacían fuego de cuando en cuando, de abajo hacia arriba, por la chimenea, desde donde también en sentido inverso enviaban los asaltantes una lluvia de plomo y fuego.

Después... de las oradaciones del techo salieron lentamente columnas de humo negro, las detonaciones cesaron... los que estaban en la azotea saltaron á tierra.

¡Ni un solo cadáver, ni un solo herido había costado incendiar la inexpugnable fortaleza tomada por hambre!

Partió entonces del cuártel general el toque de "diana," que repitieron en diversos tonos todas las cornetas, en señal del término de la campaña. Aquellas notas bélicas tan alegres, sonaron lúgubrementes en medio de aquel campo de tristeza y de las ruinas del pueblecillo incendiado.

La campaña estaba terminada; el último reducto ardía presa de inmensas y silvantes llamas que el fuerte viento de aquella mañana avivaban, en tanto que precipitadas resonaban en el ambiente puro las dianas, contrastando su atronador regocijo con la desolación de aquel panorama de ruinas y muerte.

Secciones de soldados con camillas improvisadas llegaron á la casa que ardía; á barretazos se echó abajo la puerta; algunos *pinas* penetraron al interior de aquel horno, apareciendo después, negros de humo y de cenizas cargando los heridos *tomoches* como fardos de carne humana, semi palpitante aun; fardos sangrientos y calcinados que surgían silenciosos de un ambiente de infierno.

Contemplando los trágicos progresos del incendio del último reducto de Tomochic, había soldados del 11º, 24º y Auxiliares de Chihuahua. Algunos instalaban en las camillas á los infelices que sacaban del interior.

Un oficial llegó á caballo, á comunicar al capitán Herrán, de orden del general Rangel, que á toda costa salvara á los que aun quedasen vivos en el cuartelito, esencialmente á las mujeres.

Algún trabajo costó aquello; pues la mayor parte de los héroes morían al recibir el aire frío del exterior; otros, moribundos casi, contemplaban con mirada vidriosa á sus vencedores, y los más fuertes levantaban los brazos con los puños crispados incorporándose con gesto de amenaza.

Todos flacos como esqueletos, llevaban la ropa con cuajrones de sangre, negros de carbón y humo.

Los cadáveres eran echados á un lado, en montón, arrojándoles vigas ardiendo para calcinarlos: los heridos fueron llevados en las camillas á una casa próxima.

Ninguno pudo ir por su pié, pues si había cuatro ó cinco que no estaban heridos, estaban tan débiles por el hambre y la sed que se desvanecían cayendo en tierra.

El general que se negó á presenciar tan espantoso espectáculo, envió al Dr. Arellano.

Bajo un portalito semi destechado por el incendio que lo había respetado en parte, perpendiculares á las paredes ennegrecidas; tendidos boca arriba como en el *descanso* de un anfiteatro ó cual si estuviesen expuestos en una *Morgue* terrible, estaban en fila los últimos siete tomochitecos, retorciéndose, lívidos, contemplando con miradas de moribundo las lejanías del valle querido que se extendía desierto y melancólico.....

Y confundida entre los harapos desgarrados que los envolvían, también manchada de sangre, presa del último hipo, extendidos los brazos nudosos y flacos, había una mujer, ¡una mujer que se había batido también!

Tenía las manos quemadas por la pólvora y una canana vacía le cruzaba su pecho desnudo..... ¡Era la mujer de Cruz Chávez!

El gran caudillo, el pontífice héroe, estaba á su lado, inmóvil el alto cuerpo, con una pierna hecha pedazos, un brazo atado con una venda azul con manchas de sangre; la cabeza de crespa y alborotada melena, descubierta; rodeándole su rostro flaco de nariz de águila, la gran barba negra que lo hacía aparecer aun mas imponente.

Así, imponente en su actitud trágica de gladiador héroe al lado de su esposa y de su hermano desmayado de hambre; así lo vió Miguel, cuando pasó con su tropa, frente de aquella casa. Volvió el rostro para no mirar aquel espectáculo horrible, aquel enfilamiento de moribundos, colección de vivos mucho mas tétrica que una de cadáveres..... para no ver aquello inverosímilmente espantoso como pesadilla abominable de cerebro enfermo!

.....
Allá, en el campamento que se había ensanchado apenas principió el incendio del cuartelito, había una algazara inmensa, un desbordamiento de entusiasmo, gritos y carcajadas. Aquello mas parecía feria que campamento... ¡ya no había peligros ni fatigas; ya no se batirían mas; todo había concluido!

El sotol circulaba, y tropa, oficiales, paisanos y soldados, enardecidos por el triunfo, bebían y brindaban por sus cuerpos y sus jefes, por los nacionales de Sonora, por el general Rangel y por el Gobierno.... hasta por los muertos y por los vencidos.

Miguel, sombrío, contemplaba con rostro de idiota el lejano horizonte de las montañas, el cielo de una limpieza purísima, maculado por el humo del incendio, la casa en plena ignición, los escombros de las casuchas casi demolidas; el río pasando impassible á lo lejos; á su derecha y acá en primer término, los grupos alegres y bulliciosos de los soldados y oficiales que festejaban la victoria.

Derepente sonó una detonación, luego otra y otras más..... después, nada.

Se incorporó volviendo á la realidad como al despertar de un sueño.

Todos flacos como esqueletos, llevaban la ropa con cuajrones de sangre, negros de carbón y humo.

Los cadáveres eran echados á un lado, en montón, arrojándoles vigas ardiendo para calcinarlos: los heridos fueron llevados en las camillas á una casa próxima.

Ninguno pudo ir por su pié, pues si había cuatro ó cinco que no estaban heridos, estaban tan débiles por el hambre y la sed que se desvanecían cayendo en tierra.

El general que se negó á presenciar tan espantoso espectáculo, envió al Dr. Arellano.

Bajo un portalito semi destechado por el incendio que lo había respetado en parte, perpendiculares á las paredes ennegrecidas; tendidos boca arriba como en el *descanso* de un anfiteatro ó cual si estuviesen expuestos en una *Morue* terrible, estaban en fila los últimos siete tomochitecos, retorciéndose, lívidos, contemplando con miradas de moribundo las lejanías del valle querido que se extendía desierto y melancólico.....

Y confundida entre los harapos desgarrados que los envolvían, también manchada de sangre, presa del último hipo, extendidos los brazos nudosos y flacos, había una mujer, ¡una mujer que se había batido también!

Tenía las manos quemadas por la pólvora y una canana vacía le cruzaba su pecho desnudo.....;Era la mujer de Cruz Chávez!

El gran caudillo, el pontífice héroe, estaba á su lado, inmóvil el alto cuerpo, con una pierna hecha pedazos, un brazo atado con una venda azul con manchas de sangre; la cabeza de crespa y alborotada melena, descubierta; rodeándole su rostro flaco de nariz de águila, la gran barba negra que lo hacía aparecer aun mas imponente.

Así, imponente en su actitud trágica de gladiador héroe al lado de su esposa y de su hermano desmayado de hambre; así lo vió Miguel, cuando pasó con su tropa, frente de aquella casa. Volvió el rostro para no mirar aquel espectáculo horrible, aquel enfilamiento de moribundos, colección de vivos mucho mas tétrica que una de cadáveres..... para no ver aquello inverosímilmente espantoso como pesadilla abominable de cerebro enfermo!

.....
Allá, en el campamento que se había ensanchado apenas principió el incendio del cuartelito, había una algazara inmensa, un desbordamiento de entusiasmo, gritos y carcajadas. Aquello mas parecía feria que campamento... ¡ya no había peligros ni fatigas; ya no se batirían mas; todo había concluido!

El sotol circulaba, y tropa, oficiales, paisanos y soldados, enardecidos por el triunfo, bebían y brindaban por sus cuerpos y sus jefes, por los nacionales de Sonora, por el general Rangel y por el Gobierno.... hasta por los muertos y por los vencidos.

Miguel, sombrío, contemplaba con rostro de idiota el lejano horizonte de las montañas, el cielo de una limpieza purísima, maculado por el humo del incendio, la casa en plena ignición, los escombros de las casuchas casi demolidas; el río pasando impasible á lo lejos; á su derecha y acá en primer término, los grupos alegres y bulliciosos de los soldados y oficiales que festejaban la victoria.

Derepente sonó una detonación, luego otra y otras más..... después, nada.

Se incorporó volviendo á la realidad como al despertar de un sueño.

—¿Qué sucede? preguntó á un oficial que silbaba muy tranquilo un aire de zarzuela alegre.

—Nada, hombre, no te asustes, ya se acabó todo, los acababan de fusilar.

—¿A quiénes?....

—A quienes ha de ser, pen....co, á los últimos *tomoches*.

¡En efecto, así tendidos y moribundos como estaban, los acababan de fusilar! ¡Con el último tomochiteco había terminado la campaña de Tomochic!

* * *

En la tarde se nombraron faginas para efectuar la incineración de los cadáveres tendidos en el valle y las faldas de los montes. Se les amontonaban unos sobre otros, se les arrojaban grandes leños y se prendía fuego; era una cosa repugnante el espectáculo aquel, la fetidez insoportable que se desprendía invadiendo todo el valle.....

Agotada la leña, aquellos fatídicos montones continuaban ardiendo lentamente con su propia grasa, dispersando los miembros, trasformando los calcinados cuerpos, ennegreciendo cráneos pelados de espantosas cuencas y abriendo las bocas de los rostros, con gestos de ingentes carcajadas.

Hondamente preocupado con el pensamiento de Julia, Miguel intentó esa tarde interrogar á alguna de las mujeres prisioneras que salían á llevar agua á las enfermas; pero en el momento de ir á hacerlo, se mandó formar la fuerza del 9º para instalarla en otro lugar, allá en el límite del valle en una casa, al pié de la Sierra, y fuera del cacerío.

El 11º, 12º y 24º con el Estado Mayor, también cambia-

ron de instalación acampando en unos amplios corrales, al lado del cerro de la Medrano; cerca de estos quedaron los nacionales de Sonora, Seguridad Pública y 5º Regimiento.

A cargo de este piquete se dejaron una gran cantidad de caballos, mulas, asnos, reses y carneros, animales todos recogidos en los campos abandonados.

Las *viejas* entraron desenfrenadamente á saco en aquellas cuantas casas destruidas á sangre y fuego, sacando cuanto encontraban, exponiéndose á que algun techo se desplomara sobre ellas.

El subteniente Mercado quedó cerca del general para llevar órdenes en la noche á la nueva casa que ocupaba el 9º; y como esta distaba cerca de una legua del cuartel general, se le prestó un caballo con una montura de tropa.

Para llevar una orden tuvo que atravesar por entre las ruinas y el incendio aún no extinguido, y pasó á galope contemplando con pavor la dantesca escena, evitando las asquerosas hogueras, en que ardían los cadáveres amontonados.

XXIII.

Fué un espléndido día, el día 30.

Heló fuertemente en la madrugada, pero el sol apareció tras las montañas en un cielo de un azul purísimo. Sin embargo, continuó sobre el campo el sombrío espectáculo del desastre, y los mismos contornos tristes de las casas arruinadas y la iglesia en escombros, ardiendo silenciosamente, vomitando negras humaredas, hirió la imaginación del oficial predisponiéndole más que nunca á la tristeza. Esa mañana después de almorzar unos trozos de carne de res con papas cocidas y un poco de café caliente, comprado carísimo á las viejas soldaderas, fué al mando de 20 hombres á hacer algunas excavaciones en la iglesia, donde creíase encontrar el tesoro de Cruz.

Solo cadáveres horriblemente aplastados bajo las piedras, campanillas, viejos papeles y trozos de metal se encontraron.

Allá en el cuartelito, otra fagina removía también los escombros, hallando cadáveres de hombres, mujeres y niños, carabinas, fusiles, bayonetas, pistolas y un prodigioso número de cartuchos quemados. Se encontró también un kepi de teniente coronel.

Se pudo reconocer sobre las paredes de las destechadas casas las huellas del plomo de los proyectiles, y los anchos boquetes abiertos por el cañoncito, pudiéndose comprender perfectamente la inutilidad de sus descargas sobre a-

quellos durísimos adobes.

Dado el número de granadas y botes de metralla lanzados, sólo un pequeñísimo número habían hecho efecto sobre el pueblo ¡Ah! lo más terrible, lo que causaba dolorosísima impresión en el ánimo, eran los destrozos y estragos del incendio que sólo dos casas había respetado!

La lenta combustión de los cadáveres continuaba en todos sus detalles siniestros. El viento llevaba las cenizas y avivaba las llamas de las fúnebres hogueras, en torno de las que vagaban, gruñendo sordamente, cerdos voraces que se cebaban en los trozos de carne aun intactos por el fuego.

Tanta repugnancia causaba aquel espectáculo que las viejas ya no guisaban con manteca de puerco, ni comían su carne.

En cambio, flacos, mohinos y azorados vagaban los perros, de casa en casa, aullando dolorosamente y huyendo despavoridos en cuanto veían acercarse los soldados, que muy afectos á estos animales les arrojaban carne, que desdeñaban, no obstante el hambre que los devoraba.

La casa que ocupaba la fuerza del 9º Batallón, era la de Reyes Dominguez, fuera del núcleo del cacerío.

Se la había respetado, porque este fué uno de los pocos que no siguieron la causa de Cruz Chávez, de quien era cuñado; pues estaba casado con una hermana de aquel.

Reyes hacía mucho tiempo que se encontraba en Guerrero con su familia y un viejo francés que había sido maestro de escuela en Tomochic.

En cuanto supo el desastre, muy favorable para él, se trasladó en día y medio á su casa, donde por supuesto se encontró sin su ganado y sin los granos que tenía alma-

cenados.

En el fondo del patio, donde estaba la habitación, se instalaron los oficiales, tendiendo en los ladrillos cueros de res, zaleas y cobertores; y como en la tarde habían llegado otros de los demás cuerpos, un capitán de nacionales, entre trago y trago de enorme botella de sotol puso el monte para que se divirtieran los muchachos, como él dijo.

Formóse una gran rueda en el suelo; sobre un cobertor morado, arrodillados unos, á la turca otros y muchos recostados, los oficiales ante las cartas de los albuces se acaloraron, dejando y recogiendo billetes, según la suerte se les presentaba, entre los gritos de las disenciones y disputas, allá en el fondo del cuarto invadido por azul y espesa nube de humo de cigarros y puros.

—¡As de copas á la puerta viejo!

—¡Carámba, que suerte tiene el poetastro!

—¡Aquí me falta un peso que iba á la vieja, mi Capitán

—y Castorena extendió imperiosamente la mano.

El capitán, un charrote de cara de bronce, le arrojó un billete.

—Pongan claro su dinero señores, el dinero habla—y el juego siguió.

Miguel en pie, había jugado algunos billetes que había perdido, así es que se retiró, yendo á pasear fuera de la casa, esperando que fueran las seis de la tarde para entrar de guardia.

En el patio la tropa estaba muy contenta y descansaba, charlando y comentando los últimos acontecimientos, al lado de sus mujeres.

A las cinco de la tarde volvió el campamento á conmoverse con el espectáculo de la procesión de las mujeres y

niños que fueron trasladados á la casa de Reyes Domínguez: en la puerta del cuarto que ocuparon se apostó nuevamente un centinela.

Después de pasar revista á los doce hombres que debían entrar de guardia, Mercado relevó el servicio á las seis de la tarde.

A las cinco había llegado un correo de Guerrero, el que traía entre otras cosas, correspondencia particular para algunos oficiales.

Eran las siete de la noche, cuando un capitán le entregó una carta.

Al ver el sobre quedó consternado. Era letra de su madre.

Lo rompió temblando y acercándose á un farol, puesto sobre una gran piedra, cerca de la puerta, á su luz semirojiza y escasa leyó, inclinándose un poco:

“Octubre 19 de 1892.

“¡Ojalá que el cambio de guarnición te alegre un poco y sanes de tus enfermedades! Dicen que Chihuahua tiene un temperamento muy sano.

“Pensaba no escribirte para no amargar mas tu vida, pero es preciso que te comunique que soy muy desgraciada y que no me pertenezco; que Leandro arrepentido ha vuelto y me lleva lejos de México, al extranjero, ¡quién sabe dónde! Sé bueno y perdona á tu madre que te quiere con toda su alma.

“Piensa en Dios, único consuelo de los que sufren... ora y ten fé.

Tu madre

ANGELA.”

El infeliz Miguel preso de horrible vértigo experimentó un ansia infinita, se le oprimió el pecho, se le nublaron

los ojos y sollozó. Sollozó en un rincón del portal, tras del centinela de la puerta, anonanado por aquel golpe terrible. ¡Ya no había nada en el mundo! Todo era falso en la vida.... la realidad era horrible.... su misma madre lo abandonaba voluntariamente.... dejándolo solo....

¡Sólo! ¡Qué siniestra palabra! Ella reasumía todo el infortunio de su vida desventurada, encerraba la amargura, el desencanto, el tedio infinito á que se vería perpetuamente condenado!

Mucho tiempo permaneció así, abismado, sin comprender nada de lo que pasaba á su alrededor; después fué preciso sobreponerse y tuvo al fin conciencia de su situación.

Salió al campo para refrescarse, paseándose ante el cuerpo de guardia, carabina en mano, como se prevenía para el servicio.

Un grupo de oficiales charlaban afuera con el propietario de la casa, Reyes Dominguez.

Se discutía el origen de la sublevación de Tomochic, comentábase aquella violación de una muchacha por una autoridad de Guerrero; los impuestos excesivos; el cuadro mural de la iglesia que intentaba llevarse el Gobernador Carrillo; los atropellos de la soldadesca del primer destacamento y la ambición de algunos que atizaron los rencores del pueblo que empezaba á ser fanatizado por Cruz Chávez.

Después, Reyes contó al corrillo de Oficiales que le rodeaba, las costumbres de los tomochitecos, costumbres verdaderamente patriarcales. Eran excelentes labradores, comían sobriamente, casi no bebían alcohol, vestían muy bien, teniendo abrigos de telas americanas, para el frío. Como todos eran cazadores y algunos habían hecho la gue-

rra á los salvajes, á nadie le faltaba su carabina y su par de cananas.

Se dejaban crecer el pelo y la barba, tenían ojos negros muy hermosos y casi todos eran altos y robustos.

Entonces la conversación recayó naturalmente, sobre la manera como murieron los últimos que sacaron moribundos del cuartelito incendiado.

Los trasladaron del portal en que estaban en fila al llano, diciéndoles que rezaran porque los iban á fusilar; Cruz rogó que lo colocaran junto á su hermano; así lo hicieron.

Uno que apenas podía hablar murmuró:

—Cruz, Cruz.... polvitos.

—Déle á Nicolás,—dijo Cruz á un soldado del 12º— Este le llevó un escapulario que contenía unos polvos de la Santa de Cabora.

Cerca de los moribundos estaban un capitán y un oficial del 5º Regimiento con un pelotón de soldados con las armas cargadas.

—¡Hínquese!—le dijeron al que estaba en un extremo, mientras un soldado acercándose alzó su carabina muy tembloroso.

—¡No puedo!... Iba á incorporarse; pero el soldado á boca de jarro le disparó haciéndole pedazos el cráneo y chamuscándole los cabellos; el cuerpo rebotó quedando boca abajo.

En ese momento otro soldado hizo fuego sobre Cruz, el que si se pudo arrodillar; cayó de espaldas con el pecho atravesado, quedando con la boca abierta y los ojos viendo al cielo.

Al último que fusilaron le dieron dos balazos, porque al soldado le temblaba tanto la mano, que á un paso apun-

tándole al pecho le hirió en el estomago; el tomoche recostado, dió un salto y gritó:

—¡Viva el poder de Dios!

Después le volvió á disparar metiéndole la bala en la cuenca del ojo.

¡Así refirió un teniente la muerte de los últimos *tomoches*!

Miguel estremecido, se apartó del círculo de oficiales, y paseándose meditó silenciosamente en el enorme desastre de aquella tragedia colosal, desarrollada en un hueco de la Sierra Madre, en medio de una República..... en plena paz.

¿Quién podría nunca sospechar en lo de adelante, lo inmensamente trágico del nombre de Tomochic, oscuro cerro perdido en las soledades de Chihuahua y casi desconocido hasta entonces?

Las cifras que los oficiales del estado mayor apuntaban, eran de una dolorosa elocuencia, y no obstante, era fácil dudar de su exactitud. Aplicando el tanto por ciento de muertos y heridos en aquella pequeña pero terrible y sangrientísima campaña, á cualquiera otra mayor en escala, hubiera resultado algo que hubiese helado de pavor. De más de mil hombres no restaban ni cuatrocientos! De más de cien tomochitecos hábiles para tomar las armas, no que daba ni uno!

Sobrevivían solamente del desventurado pueblo, 114 mujeres y niños. Infinidad de cadáveres de éstos se habían hallado en los escombros humeantes de la iglesia y de algunas casas.

Miguel, aterrado ante estas consideraciones, continuaba paseando, á la luz de la luna que resplandecía en la mitad de un cielo azul oscuro.

Sus compañeros se habían retirado á causa del frío ya intolerable, y él quedó solo ante la puerta cerrada tras de la que estaba el cuerpo de guardia.

El oficial tenía á su frente el valle inmenso y solitario, como una ciudad mortuoria en la que brillaban tristemente las hogueras en que ardían los cadáveres.

En las habitaciones ocupadas por las desgraciadas familias, se oía, como siempre, el vago rumor de los sollozos de los niños y las voces débiles de los viejos que rezaban por las almas de los muertos.

XXIV.

Al fin cansado y muerto de frío, el subteniente penetró al portal del cuerpo de guardia, mandando al cabo de cuarto que atrancara solidamente la puerta.

Se sentó, envuelto en su capote y calándose la capucha, en un apolillado taburete, cerca de un buen fuego que levantaba sus llamas, esparciendo en torno un agradable calor que confortaba los ateridos miembros del sargento de guardia y del cabo, que dormían envueltos en sus zarapes, sentados en el suelo, con las piernas cruzadas.

En el patio, al aire libre, dormía la tropa con sus mujeres, al lado de sus maletas y los pabellones de armas correctamente alineadas. Allá en los rincones una que otra fogata moribunda, alzaba melancólicamente sus últimas llamas del montón de carbones y cenizas, avivadas por las ráfagas que soplaban del Norte, llevando las emanaciones pestilentes, de los cadáveres, y el olor particular de las casas incendiadas.

Así, dormitando ligeramente ante el fuego que chisporroteaba, pasó largo tiempo, hasta que la luna hubo traspuesto los montes.

De repente una voz del fondo del patio, gritó:

—¡Cabo de cuarto!

—¿Qué ocurre?...—contestó éste incorporándose y refunfuñando.

Era el centinela apostado en la puerta del departamen-

to de las mujeres. Cambiaron algunas palabras en voz baja y regresó el cabo, diciendo á Miguel:

—Mi subteniente, una de las prisioneras, que está muy mala, quiere agua, porque se les acabó; dicen que se está muriendo.

—A ver, vaya usted á conseguirla con alguna vieja y llévela inmediatamente. Sargento, le encargo mucho cuidado, voy á ver que sucede.

Atravesó el patio, tropezando con los soldados tendidos en el suelo, hasta llegar al aposento de las infelices.

Allí contempló un espectáculo de horrible miseria.

Una linterna de vidrios opacos y sucios, al nivel del suelo, alumbraba con escaso y amarillo fulgor, una estancia de unos treinta metros cuadrados, cuyas paredes muy bajas, se adivinaban en la penumbra lejana.

Aquella linterna teñía de amarillentos fulgores á infinidad de figuras yacentes que proyectaban sombras colosales y fantásticas, allá en el fondo negro y opaco del cuarto impregnado de un hedor insoportable.

Montones de harapos, significaban mujeres dormidas, en tanto que otras sentadas en angustiosa inmovilidad parecían ánimas sufriendo resignadas los martirios del purgatorio.

La voz de un niño que se quejaba dolorosamente, surgía de un rincón, en tanto que un ronquido sofocado hacía volver la vista al centro del cuarto, donde el anciano jorobado, de rodillas ante un arcón olvidado, con los brazos cruzados sobre la tapa y la frente sobre ellos, se había quedado dormido, probablemente en medio de su oración. Una mujer, en pie en otro rincón, hablaba, dirigiéndose á otra tendida en el suelo.

Miguel creyó reconocer aquella voz. Se acercó, avanzando de puntillas, y muy quedo dijo:

—Ya van á traer el agua, ¿quién se está muriendo?

—Sí.... Sí.... agua, tantita agua, señor, señor—contestó allá en el fondo de la pieza una voz débil y dulce, con un tono suplicante.

El joven conmovido, se detuvo abriendo los ojos en la penumbra, experimentó tal sacudimiento nervioso que los cabellos se le erizaron, conteniéndose la respiración... y este pensamiento llenó solo su cerebro: ¡Julia!

Sí, era Julia, no le cabía la menor duda; y con el pecho oprimido, se acercó hasta llegar donde la mujer en pie, le contemplaba sin contestar una palabra. Era Mariana.

—Julia ¿es usted?—murmuró tratando de ver el rostro de la desventurada que se quejaba muy debilmente y que de súbito se incorporó, apartando con un movimiento nervioso la manta miserable que la envolvía.

Entonces vió un rostro huesoso y lívido que le miró ternamente con sus ojos negros orlados de grandes círculos oscuros. Había dejado descubierto su seno flaco y pobre que no bastaba á ocultar una camisa sucia y ensangrentada.

—Pero no,—dijo el oficial, esta no es Julia,—pero ella murmuró:

—Señor, me muero, tengo sed, tantita agua.

En aquel momento entró el cabo con un jarro de agua, que Miguel le arrebató bruscamente, y arrodillándose en el suelo, al lado de la enferma, con el acento meloso con que se habla á un niño enfermito que se resiste á tomar un brebaje amargo, le dijo:

—Muy poquita, Julia.... mucha le hace daño,.... así
[.... ¡ya!.... ahora sí, ¡ya!.... acuéstese usted,—y cuan-

do la pobre volvió á recostarse trabajosamente, boca arriba, con los ojos abiertos, jadeante y escupiendo una saliva negra, Miguel preguntó á Mariana, en pie, soñolienta y atontada:

—¿Pero qué le ha pasado? ¿Qué tiene? ¿Está herida?...

—Sí, le dieron un balazo en el pecho.

—Cállese Mariana, no se lo diga, no, no quiero,—y un violento acceso de tos le cortó la palabra; luego una gran postración la privó, haciéndole bajar los párpados; respiraba fatigosamente, extendiendo los brazos como para apartar funestas visiones.

—Sí señor, dijo al fin la anciana con voz lenta y cascada que sonaba lúgubrementemente en el silencio de la pieza, si señor, Cruz le dió su carabina para que lo ayudara, y el otro día que la había puesto detrás de un agujero para tirar para allá,—y señaló con un movimiento de cabeza, un punto vago de la habitación, entró una bala, y ya vé usted, Dios se la va á llevar.

Julia, bajo la tosca manta, se estremeció, balbuceando con infinita desesperación:

—¡No quiero morir.... soy muy mala, señor, me voy al infierno.... no quiero.... no quiero!.... ¡perdón!....

Miguel, aterrado ante la infeliz moribunda, no hallaba que decir, ni que hacer en tan supremo instante, en que principiaba un espantoso delirio.

—Julia.... Julia.... por Dios.... acuéstese!.... ¿no me conoce?

Se había incorporado, y casi desnuda trató de ponerse en pie, como para huir de él; pero la retuvo dulcemente, tocando su carne que ardía al calor de intensa fiebre; y entonces ella, mirándole con ojos extraviados, ríe con risa



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



